

Colombia Solar

historias que encendieron el cambio



Colombia Solar:

Historias que encendieron el cambio



Colombia Solar: historias que encendieron el cambio.

Ministerio de Minas y Energía

Bogotá D.C.

Julio 2026

Investigación y redacción

Equipo de comunicaciones y prensa Ministerio de Minas y Energía

Diagramación

Camila Marin Feria

Diseño de portada y contraportada

Mateo Gaviria Mendieta

Colombia Solar:

Historias que encendieron el cambio



Con Dignidad,
¡CUMPLIMOS! 

Tabla de Contenido

Prólogo: La historia la escriben los pueblos	9
El mejor ICFES de Uribe, Meta nació donde antes solo había velas	11
Después de un siglo, la luz dejó de tener precio	13
El día que el ahorro empezó en el techo para 500 familias en Barranquilla.....	14
De pagar 190 mil a tan solo 70 mil pesos en sus facturas de energía: el ahorro que llegó con los paneles solares	16
El poder de la energía limpia con la factura cero pesos en Cali.....	18
Una factura en cero, un futuro de esperanza por coser.....	20
Bajo el mismo sol, una nueva esperanza	21
<i>El Parcerito</i> : la historia de un negocio que no se apagó	23
El sabor de una tradición que crece con energía solar	24
La tienda donde la solidaridad también se sostiene con energía	25
La tienda que sostiene los sueños de una familia.....	26
La luz que cambió mi vida	27
Donde el sol también alivió las preocupaciones	28
Un respiro para seguir adelante.....	29
Cuando la luz también trae esperanza	30
Cuando ahorrar energía también significa tranquilidad.....	31
Un futuro que rueda con el sol	32
La nueva energía del mar	34
Campo Gala: la esperanza de una energía diferente	35
Vista Hermosa: el futuro también se construye bajo el sol	36
La luz que sostuvo La Primavera.....	38
Cuando encender la luz dejó de ser una preocupación.....	40
El viento y el sol para volver a Koomana	41
Liderazgo femenino que construye el futuro solar de Pivijay	43
Rita Llanos: una visión educativa para el progreso solar de Pivijay.....	44
El líder que guía a Pivijay hacia la luz del sol	45

La energía limpia que transforma hogares y emprendimientos en el oriente de Cali..	47
Acela Ramírez, una tendera que en el sol encontró alivio para sus cuentas	49
Un motor para pescar futuro en Tumaco	50
El hospital de Simití donde la energía también cuida la vida.....	51
Onesa y la energía que une a Bocas del Palo, en el Pacífico colombiano.....	53
La luz que unió generaciones en Adelita de Char y Las Malvinas.....	55
La cosecha de la luz en el campo del Valle del Cauca	56
Una luz ahora ilumina a quienes nunca dejaron de cuidar la vida.....	57
El futuro más allá del atardecer.....	59
La energía que le quitó la última palabra a la noche	60
Una luz para tejer el futuro.....	61
La energía para sembrar memoria y cosechar futuro.....	62
Una isla que decidió no apagarse.....	63
La historia que empezó a moverse con el sol.....	64
El sabor de una tierra que volvió a encenderse	65
La energía para una generación que quiere llegar más lejos	66
Cuando la energía se volvió comunidad.....	67
Donde antes había incertidumbre, hoy hay futuro	68
El murmullo del río también cuenta nuestra historia	69
La oportunidad que tardó 27 años en llegar	70
Donde el legado encontró un nuevo camino	71
El sueño que aprendió a esperar	72
Cuando miles de sueños encontraron el mismo camino.....	73
El camino que aprendió a sostener el futuro	74
El niño que volvió con el futuro entre las manos	75
La luz que nació en el socavón	76
El oficio que dejó de ser invisible.....	78
El cuaderno que abrió un futuro.....	79
Cuando la educación no encuentra barreras	82
El calor que transforma vidas	85
Donde el mar encuentra esperanza	87
La semilla de un mejor mañana	89

La ciencia al servicio de la esperanza	92
Cuando la ciencia camina el campo	94
Guardianes de un territorio vivo	97
Entre la esperanza y la ciencia	100
Cuando Kay decidió quedarse	102
Cuando la noche dejó de poner límites	104
Cuando las noches volvieron a descansar	105
Donde el río ruge y el sol ilumina la dignidad.....	106
Donde la luz también aprendió a tejer	107
Donde la noche dejó de detener la vida	108
El día en que Cumaribo encendió la esperanza, el sol se quedó para siempre.....	109
La luz que devolvió el silencio a la selva en Guachalito	111
Tejer el futuro sin soltar las raíces, los hilos que cruzaron fronteras	113
Donde antes había humo, hoy hay luz	115
El sancocho, el tintico y el cambio que llegó al fogón	117





La historia la escriben los pueblos

Y es con el pueblo colombiano con quien hemos escrito estas historias y escribiremos muchas más. El pueblo, titular constitucional de la soberanía, el sujeto de las grandes transformaciones nacionales, de los avances democráticos y sociales. Los hombres y mujeres que se levantaron por la independencia y se unieron a Bolívar en la guerra de liberación que culminó en la fundación de nuestra República.

Es el pueblo que lloró a Uribe Uribe, a Galán, Pizarro o Bernardo Jaramillo y Jaime Garzón, el de las movilizaciones que apoyaron las reformas de López Pumarejo, el que consagró a Gaitán como el mayor líder popular de nuestra historia, el que llevó a Petro a la presidencia, a pesar de la persecución que ha sufrido, de la violencia de la que el pueblo colombiano ha sido víctima.

A ese pueblo que ha salido por cuatro años a las calles y plazas de grandes ciudades y de aisladas veredas a encontrarse con el primer gobierno popular que han elegido y que ha cumplido para que seamos un país más libre, más justo, pacífico, más democrático.

Las historias que publicamos en este volumen resumen una jornada intensa y cálida por las regiones, antes lejanas para la élite de Bogotá, pero que han sido y seguirán siendo el centro de nuestra lucha, de nuestras acciones y de nuestro corazón.

Regiones de gentes generosas y resistentes que por muchos años demandaron que se les reconocieran sus derechos y que, gracias a Petro, al Estado y un grupo comprometido de servidores públicos han hecho realidad el Estado social de derecho para millones de ciudadanos y ciudadanas que hoy tienen energía eléctrica barata y limpia gracias a programas como Colombia Solar y Comunidades energéticas.

Como Ministro de Minas y Energía y antes como agente interventor de Air-e, llevo 22 meses recorriendo a Colombia, inaugurando granjas solares enormes, pero sobre todo entregando miles de pequeñas soluciones para hogares, comunidades, veredas, corregimientos, municipios, barrios populares, empresas familiares, tiendas de barrio o en plazas de mercado. Soluciones que han mejorado de manera radical los ingresos de cientos de miles de personas que antes se debatían entre pagar la factura de la luz o comer.

O llevando energía eléctrica a centenares de lugares donde no se le esperaba como lo vivió doña Etilvia Orozco a sus 106 años en Becerril, Cesar o a centenares de mujeres en La Guajira que gracias a la electricidad que les llevamos en este gobierno alimentan mejor a sus hijos e hijas, empiezan a generar ingresos propios, cosiendo, preparando alimentos o prestando servicios en el sector turístico, por ejemplo.

No lo dudamos, la paz es fruto de la justicia y al reducir la pobreza energética de 1.4 millones de personas en 2024 y 2025, al lograr que el Estado llegue a centenares de lugares antes marginados o en manos de armados ilegales, al entregar decenas de hogares, negocios, escuelas y hospitales energizados estamos sembrando paz.

Al entregar el gobierno el 7 de agosto de 2026 cumplimos con absoluta normalidad el principio constitucional de alternabilidad después de años de rumores diciendo que no se entregaría el gobierno. Ha sido igual en el sector energético, semanalmente los gremios de las grandes empresas generadoras, comercializadoras o térmicas aparecían en medios anunciando el inminente apagón, escondiendo sus responsabilidades.

Nunca ocurrió, logramos dejar en operación y conectados al Sistema Interconectado Nacional 4.4 nuevos gigavatios de energía solar, pusimos en vigencia todo el marco regulatorio para acelerar el avance en firme y con estabilidad de la Transición Energética Justa, bajamos el precio del kilovatio al menos un veinte por ciento. Como Ministro invité al empresariado del sector a que conversáramos y acordáramos una hoja de ruta, el derecho a la energía en tiempos de crisis climática es un problema de Estado.

Nuestro modelo no es estatista, pero sí es distinto, la ciudadanía debe participar, por eso quizás otro resultado que me alegra es el de que gracias a un nuevo liderazgo popular y gubernamental hay un debate público abierto y amplio en el que muchos participamos entendiendo la energía como derecho humano y no como mercancía. Y eso significa que el Estado y el gobierno deben ser más activos cumpliendo su papel. Por eso anhelamos, entre otras cosas, que pronto, comunidades indígenas puedan ser socias de proyectos de energía limpia superando el viejo modelo de consulta previa. Hemos dejado el camino para ello en La Guajira.

En el centro de Bogotá, en el lugar en donde fue asesinado en 1948, una placa borrosa recuerda a Jorge Eliécer Gaitán. La placa cita una frase del Caudillo sobre la naturaleza del liderazgo político que termina así:

“El dirigente de los grandes movimientos populares, es aquel que posee una sensibilidad, una capacidad plástica para captar y resumir en un momento dado, el impulso que labora en el agitado subfondo del alma colectiva. Aquel que se convierte en antena hasta donde ascienden para buscar expresión, para luego volver metodizadas al seno de donde han salido, las demandas de lo moral, de lo justo, de lo bello en el legítimo empeño humano de avanzar hacia mejores destinos”.

Como se verá pronto, más que una idea de líderes como Gaitán o como Petro, ambiciosas transformaciones como la Transición Energética, son el nombre de las luchas y los pensamientos de grandes movimientos sociales desde hace más de cien años en Colombia por justicia, libertad o democracia y soberanía energética.

Este gobierno, este ministerio y su comprometido equipo, a quien agradezco infinitamente, y liderados por Gustavo Petro, han escuchado y convertido en mandato los anhelos del pueblo colombiano a quién nos debemos.

Edwin Palma Egea

Ministro de Minas y Energía

Julio de 2026

El mejor ICFES de Uribe, Meta nació donde antes solo había velas

En la vereda El Diamante, en Uribe, Meta, las noches estuvieron iluminadas durante décadas por la tenue luz de las velas y las lámparas de ACPM. Allí nació y creció una mujer campesina cuya historia ha estado profundamente ligada a esa tierra. Su padre fue uno de los fundadores de la vereda El Diamante hace más de sesenta años, y ella aprendió desde niña que vivir lejos de todo también significaba aprender a resistir.

En ese mismo lugar crió a su hija mayor, **Karol Manuela Bejarano**, su mayor orgullo y la persona en quien siempre vio la posibilidad de un futuro diferente.

Karol creció entre los trabajos de la finca, los libros y el esfuerzo silencioso de una madre que nunca dejó de insistir en que la educación podía abrir caminos donde antes solo había obstáculos. Era una joven disciplinada, responsable y apasionada por la lectura. Comprendía que estudiar era la mejor oportunidad para transformar su vida.

El camino no fue sencillo. Durante gran parte de su bachillerato tuvo que permanecer en el casco urbano para asistir al colegio, mientras su madre continuaba trabajando sola en la finca. El mal estado de las vías hacía imposible recorrer todos los días la distancia entre la vereda y el pueblo. Solo podían reunirse los fines de semana y durante las vacaciones, cuando Karol regresaba para ayudar en las labores del campo.

La distancia nunca debilitó el sueño que compartían. Mientras una trabajaba la tierra, la otra cultivaba el conocimiento. Ambas sabían que cada sacrificio tenía un propósito.



El esfuerzo dio fruto. Karol Manuela obtuvo el mejor resultado en las pruebas ICFES del municipio de Uribe, Meta, un logro que llenó de orgullo no solo a su familia, sino también a toda una comunidad que vio reflejada en ella la fuerza y la perseverancia de quienes nacen en el campo.

Poco tiempo después, otro cambio comenzó a transformar la vida en la vereda. La llegada de la energía solar puso fin a décadas de espera y llevó luz a hogares que durante generaciones solo habían conocido la oscuridad al caer la noche.

Con la electricidad también llegaron nuevas oportunidades. Gracias al acceso a internet, madre e hija pudieron mantenerse en contacto todos los días mientras Karol iniciaba su vida universitaria. Las llamadas dejaron de depender de un viaje o de la suerte. La distancia seguía existiendo, pero ya no significaba silencio.

La transformación alcanzó a toda la comunidad. Las familias mejoraron su comunicación, los estudiantes encontraron nuevas herramientas para aprender y las labores del campo pudieron organizarse con mayor tranquilidad, incluso cuando el sol se ocultaba. La luz permitió aprovechar mejor cada jornada y brindó mayor seguridad para quienes trabajan la tierra.

Hoy, cuando esta madre mira la finca donde creció y recuerda las noches iluminadas por una vela, comprende cuánto ha cambiado su vida. Ya no espera promesas. Ve resultados que se reflejan en su hogar, en su comunidad y, sobre todo, en el futuro de su hija.

Porque en la vereda El Diamante la energía no solo iluminó las casas. También fortaleció los sueños que durante años parecían demasiado lejanos. Y entre todos ellos, uno brilla con fuerza propia: el de Karol Manuela, la joven campesina que demostró que desde el rincón más apartado de Uribe podría surgir el mejor ICFES del municipio y un ejemplo para las nuevas generaciones.



Después de un siglo, la luz dejó de tener precio



A sus ciento seis años, la piel de **Etilvia Orozco** es un mapa de la historia de Becerril, Cesar. Ha visto pasar gobiernos, ha visto cómo los bosques cedieron su espacio al pavimento ardiente y cómo el sol del Caribe se volvía cada vez más implacable, atrapando el calor en la tierra. Durante más de un siglo, su mundo se apagaba religiosamente al caer la tarde, quedando reducido a la parpadeante y tímida llama de un mechón de gas o al goteo silencioso de una vela. Para Etilvia, la noche no era sinónimo de descanso, sino de una penumbra calurosa que se soportaba por pura costumbre.

“Antes no vivía bien”, recuerda ahora, con la sabiduría que solo dan los años. Las nuevas generaciones no conciben la vida sin el zumbido de un ventilador, pero ella aprendió a dormir con el sudor pegado a la frente. Sin embargo, el clima cambió; el pavimento se tragó la frescura de las montañas y el calor se volvió un enemigo silencioso que no dejaba respirar.

Entonces, cuando el almanaque de su vida ya sumaba más de cien páginas, ocurrió el milagro de los cables y los interruptores. La energía eléctrica llegó para transformar su cotidianidad.

Ese cambio fue posible gracias al programa **Colombia Solar**, impulsado por el Ministerio de Minas y Energía del Gobierno del presidente Gustavo Petro, una iniciativa que lleva energía solar a los hogares para que las familias puedan generar su propia electricidad y dejar atrás el peso económico del recibo de luz y ahora su **factura es cero**. En territorios donde durante décadas la energía fue un privilegio, los paneles solares representan mucho más que una solución tecnológica: son una herramienta para cerrar brechas históricas y devolver dignidad a quienes esperaron toda una vida por este derecho.

En la casa de Etilvia, el mismo sol que durante más de un siglo soportó sobre su espalda es ahora el que alimenta los paneles solares que iluminan su hogar. Hay una profunda justicia en esa transformación: después de ciento seis años de espera, no solo llegó la electricidad, sino también la tranquilidad de saber que la luz ya no representa una preocupación para su bolsillo. La energía del sol, convertida en bienestar, le permite vivir esta etapa de su vida con mayor serenidad y demuestra cómo las políticas públicas pueden transformar la vida cotidiana de quienes durante décadas permanecieron olvidados.

Hoy, la casa de Etilvia se siente distinta; se siente fresca, viva. El cambio no fue solo un asunto de cables, sino de dignidad. Ver a los niños dormir tranquilos bajo el arrullo de un abanico, poder calmar la sed con un vaso de agua fría gracias a una pequeña nevera y tener la libertad de encender el aire cuando la temperatura sofoca, le ha cambiado la vida por completo. El progreso llegó tarde, pero llegó a tiempo para abrazarla.

Aferrada a la existencia y con el corazón lleno de gratitud, Etílvira mira el foco encendido en su techo como quien mira un pequeño sol propio. Está agradecida por la luz que hoy ilumina sus días y, con una sonrisa que desafía al tiempo, pide que esa energía no se apague, porque a sus ciento seis años, todavía le queda mucho resto de vida por vivir. Y quizás el mayor milagro no sea únicamente haber visto llegar la electricidad después de un siglo de espera, sino haber alcanzado a vivir el momento en que la luz dejó de ser un lujo para convertirse en un derecho, y el sol de toda su vida comenzó, por fin, a trabajar a su favor.



El día que el ahorro empezó en el techo para 500 familias en Barranquilla



Hay líderes que conocen a sus vecinos por el número de la casa. **Yanet Lara** los conoce por sus historias. Sabe quién madruga para salir a trabajar, quién hace cuentas cada fin de mes para alcanzar a pagar los servicios y quién ha tenido que escoger entre cubrir una factura o comprar algo más para el hogar. Por eso, cuando vio instalar los primeros paneles solares sobre los techos de Villas de San Pablo y del conjunto Parques de Bolívar 2, entendió que no solo estaban llegando equipos; estaba llegando un alivio que durante años parecía imposible.

Como líder social, había escuchado muchas promesas. Pero esta vez el cambio podía verse en los techos. El sol que durante años calentó las calles de Barranquilla comenzaba a convertirse en una oportunidad para quienes siempre lo habían soportado sin recibir nada a cambio. Ahora esa misma luz alimentaría los hogares y permitiría que cientos de familias produjeran parte de la energía que consumen.





“

Hoy agradezco al Gobierno del Cambio y al presidente Gustavo Petro por este programa de energía solar que llega a Villas de San Pablo y que beneficiará a muchas familias. Este gran pilotaje inicia aquí con quinientas familias beneficiadas y ya vemos en Parques de Bolívar la mayoría de los paneles instalados.

Dice Yanet con la emoción de quien sabe que está presenciando el comienzo de una transformación para su comunidad.

En esta primera etapa, más de quinientas familias de estratos 1, 2 y 3 de Villas de San Pablo y Parques de Bolívar 2 hacen parte del programa Colombia Solar, una iniciativa impulsada por el Ministerio de Minas y Energía, en articulación con Gecelca, que busca llevar energía limpia a los hogares y permitir que las familias generen su propia electricidad desde los techos de sus viviendas. El propósito va mucho más allá de instalar paneles solares: busca que la factura de energía deje de ser una carga tan pesada y que ese dinero pueda quedarse en los hogares para cubrir otras necesidades.

Para muchas familias, la reducción en el valor de la factura de la luz representa mucho más que un ahorro. Significa tener un poco más para alimentar a sus hijos, comprar los útiles escolares, adquirir los medicamentos que hacían falta o simplemente vivir con la tranquilidad de que el recibo de energía ya no será motivo de angustia al final de cada mes. La transición energética cobra sentido cuando se convierte en bienestar cotidiano.

Yanet lo resume mientras observa los techos transformados por el brillo de los paneles solares. Allí donde antes solo caía el sol, hoy también nace esperanza. Cada vivienda que comienza a producir su propia energía demuestra que la transición energética puede empezar en los barrios populares, poniendo a las personas en el centro y haciendo que los beneficios lleguen primero a quienes más los necesitan.

Las más de quinientas familias beneficiadas son apenas el comienzo de una apuesta más grande: que la energía deje de ser un privilegio y se convierta en una herramienta para mejorar la calidad de vida de millones de colombianos. En Villas de San Pablo y Parques de Bolívar 2, el cambio ya empezó. Se escucha en la tranquilidad con la que las familias esperan la próxima factura de energía, se refleja en la confianza con la que miran el futuro y se siente cada mañana, cuando el mismo sol que siempre iluminó sus casas empieza, por fin, a trabajar también para ellas.

De pagar 190 mil a tan solo 70 mil pesos en sus facturas de energía: el ahorro que llegó con los paneles solares



En el barrio Potrero Grande, al oriente de Cali, **Olga Mosquera** encontró en la venta de bolis una forma de sacar adelante su hogar. Desde su casa prepara, congela y comercializa estos productos todos los días, un trabajo que depende por completo del funcionamiento permanente de sus congeladores y, por tanto, del consumo de energía eléctrica.

Durante mucho tiempo, las facturas de energía fueron una de sus mayores preocupaciones. Mes tras mes, el recibo llegaba con valores que oscilaban entre los 180 mil y los 190 mil pesos, una carga difícil de asumir para un emprendimiento que necesita mantener los equipos encendidos y abrir constantemente los congeladores para atender a sus clientes. Convencida de que el cobro era demasiado alto, Olga acudía con frecuencia a presentar reclamaciones por el valor de sus facturas.

La historia comenzó a cambiar con la llegada del proyecto Hogares Energéticamente Sostenibles, impulsado por el Ministerio de Minas y Energía y el FENOGGE, que permitió la instalación de paneles solares en su vivienda.

Desde entonces, la factura de energía se redujo a cerca de 70 mil pesos mensuales. Ese alivio económico no solo disminuyó los gastos de su hogar, sino que también le permitió fortalecer su emprendimiento. Con el dinero que antes destinaba al pago de la electricidad, Olga ha podido aumentar la producción de bolis y responder a una mayor demanda de sus clientes.

“

Estoy muy contenta porque me favoreció mucho la colocación de los paneles solares. Es un ahorro grande. Pasar de pagar 180 o 190 mil pesos a pagar 70 mil es una diferencia enorme, y ese dinero ahora lo ahorro para mí, cuenta Olga Mosquera.



Hoy, mientras sus congeladores continúan funcionando con energía proveniente del sol, Olga mira su negocio con mayor tranquilidad. Para ella, los paneles solares no solo redujeron el valor de la factura de energía. También le dieron la posibilidad de producir más, fortalecer su emprendimiento y seguir construyendo un mejor futuro para su familia.

El poder de la energía limpia con la factura cero pesos en Cali



Ana Banguero suele decir que de la energía se deriva el progreso, el desarrollo y la industria. Lo afirma desde su propia experiencia en el barrio Llano Verde, al oriente de Cali, donde, además del sector Potrero Grande, más de dos mil familias pagan cero pesos en su factura de energía, es decir, han evidenciado una disminución del 100%.

El modelo beneficia al usuario final y tiene un efecto significativo en las finanzas públicas. Gracias a la autosuficiencia energética que proveen los sistemas solares, para el Estado esto se traduce en \$1.279 millones al año en ahorro para el Fondo de Solidaridad del sector eléctrico.

Doña Ana ha visto cómo la energía solar puede significar bienestar, organización comunitaria y nuevas oportunidades. Gracias al ahorro que obtienen, algunos hogares logran cubrir también el costo del servicio de agua, llegando incluso a no pagar nada por ambos servicios.

Su vida ha estado marcada por la capacidad de volver a empezar. Ana fue desplazada del casco urbano de Toribío, Cauca, donde trabajaba como inspectora de tránsito. Al llegar a Llano Verde encontró un nuevo hogar y también la oportunidad de reconstruir su proyecto de vida.

“Este barrio es el lugar que ahora es mi hogar, donde he tenido la oportunidad de crecer como persona y recuperar la esperanza”, cuenta.

Allí, junto a su esposo, creó una pequeña empresa de confección de prendas de vestir y uniformes. Desde su casa trabaja, produce y aporta al sustento familiar. También recicla y da una segunda vida a prendas que otros desechan, convencida de que el cuidado del ambiente empieza por las decisiones cotidianas.

Esa sensibilidad ambiental viene de tiempo atrás. Antes de llegar a Llano Verde, Ana trabajó como guardaparques, una experiencia que marcó su relación con la naturaleza. Además, en sus momentos libres escribe poesía: tiene más de 30 poemas compilados y uno de ellos fue publicado por una editorial mexicana. En su historia conviven el trabajo, la creación, el liderazgo comunitario y una profunda conciencia sobre el valor de los recursos.

Poreso, cuando el proyecto Hogares Energéticamente Sostenibles, impulsado por el Ministerio de Minas y Energía y el FENOGE, llegó a Llano Verde con la instalación de 500 paneles solares, Ana entendió que no se trataba solo de una intervención técnica. Para ella, era una oportunidad para demostrar que la transición energética también puede transformar la vida de las comunidades.

El sistema fotovoltaico permitió reducir el costo de la energía eléctrica en los hogares beneficiados. Además, la energía que las familias no alcanzan a consumir se entrega a la red de Emcali y ese saldo a favor se redime directamente en la factura del agua. Es un beneficio concreto y mensual que se siente en la economía de cada hogar.

“Somos afortunados aquí en el barrio”, afirma Ana. Y los beneficios respaldan esa percepción: con una vida útil aproximada de 25 años, el ahorro acumulado para las familias de Llano Verde será significativo. Cada hogar con sistema fotovoltaico también contribuye a reducir emisiones contaminantes y a fortalecer una relación más responsable con el ambiente.

El proyecto también dejó aprendizajes comunitarios. Los vecinos empezaron a comprender mejor el uso eficiente de la energía, el funcionamiento del sistema solar y la importancia de cuidar los recursos. Para Ana, ese cambio cultural es tan valioso como el ahorro económico, porque una comunidad que aprende a usar mejor la energía también gana autonomía y conciencia sobre su propio futuro.

Con la misma fuerza con la que escribe sus poemas, Ana resume lo que este proceso ha significado para ella:

*Al Gobierno nacional le diría:
muchas gracias por el beneficio
tan grande que nos ha dado. Ojalá
esto no solamente sea en Llano
Verde, sino para todo el país. Que
Colombia se convierta en una
fábrica de energía.*

Para Ana Banguero, la energía solar no llegó únicamente a reducir una factura. Llegó a confirmar una convicción que ha guiado buena parte de su vida: cuando una comunidad recibe oportunidades, aprende, se organiza y cuida su entorno, también puede transformar su destino.



Una factura en cero, un futuro de esperanza por coser

En la ciudad de Cali, en el barrio Potrero Grande, se ha tejido una historia de resiliencia, esperanza y una nueva luz impulsada por el sol. Allí vive **Luz Dary Clavijo**, una mujer que ha dedicado gran parte de su vida a la costura. En su clínica de ropa confecciona y arregla todo tipo de prendas para los vecinos del sector, un oficio que aprendió de su madre, quien le cosía la ropa cuando apenas era una niña.

La costura ha marcado su historia. Gracias a este conocimiento ha diseñado vestidos para sus hijas y ha construido un emprendimiento reconocido en su barrio, donde sus clientes valoran la calidad de cada arreglo y la dedicación que pone en su trabajo.



Pero el camino no ha sido fácil. Aunque su negocio ha logrado consolidarse, los altos costos de la energía comenzaron a afectar sus ingresos. A esta situación se sumó uno de los momentos más dolorosos de su vida: la intempestiva muerte de su esposo en noviembre.

Fue entonces cuando una nueva oportunidad llegó a su hogar. Meses atrás, al escuchar sobre una iniciativa para reducir los costos de la factura de energía, decidió inscribirse. Su vivienda fue una de las 1.800 seleccionadas para hacer parte del programa Hogares Energéticamente Sostenibles y, en diciembre, los paneles solares llegaron para transformar tanto su hogar como su negocio.

Además de representar un alivio económico, la instalación de los paneles se convirtió en una luz de esperanza en medio de un momento difícil. La posibilidad de reducir el valor de la factura de energía en cero pesos le permitió mirar el futuro con más tranquilidad y optimismo.

“Para mí fue el mejor regalo que me han hecho y la mejor ayuda que he recibido en mi vida. Con los paneles estoy muy feliz y muy contenta. Imagínese que el recibo me llega en cero pesos, después de que pagaba 150 mil o 90 mil pesos”, cuenta Luz Dary.

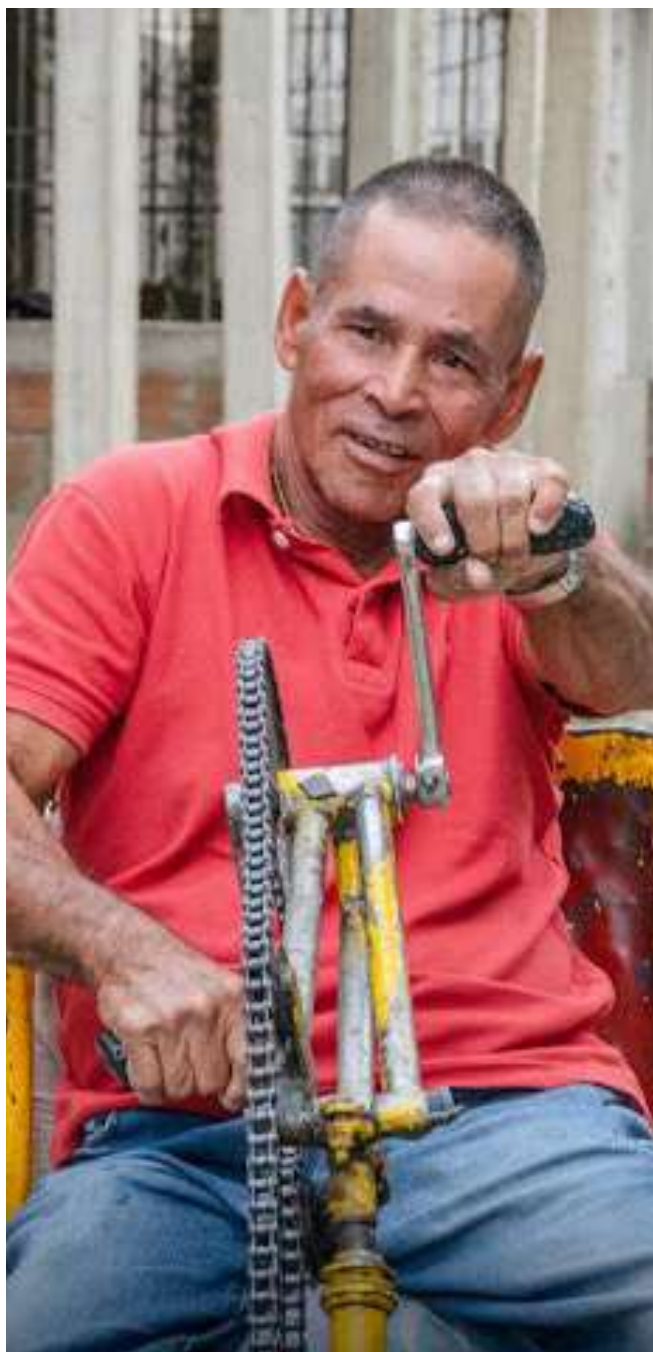
Gracias a ese ahorro, hoy proyecta nuevas metas para su emprendimiento. Sueña con comprar otra máquina de coser, ampliar su negocio y seguir apoyando el cuidado de su mamá de 86 años, la misma quien le enseñó su oficio.

Ahora, con estos paneles, se iluminan nuevos sueños, seguir creciendo y ampliando la clínica de ropa, cuidar de su familia y seguir confeccionando esta historia de resiliencia ante las dificultades de la vida, demostrando que incluso en los momentos más difíciles siempre es posible encontrar una nueva luz para seguir adelante.

Bajo el mismo sol, una nueva esperanza



La historia de don Álvaro, quien pasó de pagar \$300.000 a solo \$52.000 en su factura de energía gracias al programa Colombia Solar.



Don Álvaro sabe que hay batallas que no se eligen. Vivir con una discapacidad le ha enseñado a enfrentar cada día con fortaleza y determinación. Pero había una preocupación que llegaba puntual todos los meses: la factura de la energía.

Entre \$250.000 y \$300.000 debía pagar por el servicio, una suma que obligaba a ajustar el presupuesto y a rendir cada peso para sacar adelante su hogar.

Entonces apareció una oportunidad inesperada. Recibió una invitación para conocer Colombia Solar, el programa del Gobierno nacional que lleva energía limpia a los hogares para reducir el costo del servicio y mejorar la calidad de vida de miles de familias.

Don Álvaro no dudó. “Si el panel va a beneficiar; voy pa’ allá: colóquenlo”, recuerda con una sonrisa.

Meses después abrió nuevamente la factura. Lo hizo con la costumbre de siempre, pero esta vez el resultado fue diferente. Donde antes encontraba cobros cercanos a los \$300.000, ahora el recibo marcaba apenas \$52.000 por dos meses de servicio.

No era solo un ahorro. Era la tranquilidad de saber que el dinero alcanzaría para otras necesidades del hogar. Era dejar atrás la angustia de cada recibo y recuperar la calma.

La transformación también cambió su manera de cuidar la energía. Cada noche apaga las luces que no necesita, desconecta los equipos y hasta el internet. Entendió que la transición energética también se construye con pequeños hábitos.

Cuando habla de lo que ha significado este cambio, lo hace con la sencillez de quien habla desde la experiencia:

“Hasta ahora, por lo menos a mí me ha beneficiado mucho este servicio.

Nosotros tenemos que economizar y apropiarnos de lo nuestro”.

La historia de don Álvaro demuestra que la transición energética va mucho más allá de instalar un panel solar. Significa aliviar la economía de un hogar, devolver tranquilidad a una familia y abrir la puerta a nuevas oportunidades.



Hoy, el cambio no se resume únicamente en una factura que pasó de \$300.000 a \$52.000. El verdadero cambio está en la esperanza que volvió a su casa. Porque bajo el mismo sol que siempre iluminó su techo, don Álvaro encontró algo mucho más valioso que el ahorro: la certeza de que un futuro mejor también puede comenzar en el lugar que llamamos hogar.

El Parcerito: la historia de un negocio que no se apagó

La historia de **Ángel María Soto**, un comerciante samario que encontró en la energía solar una oportunidad para proteger el patrimonio de su familia

A Ángel María Soto López le tomó años construir lo que hoy sostiene a su familia. Hace dieciséis años llegó a Santa Marta desde Bucaramanga con una convicción clara: salir adelante a través del trabajo honesto. Venía con una enseñanza que heredó de su padre y que lo ha acompañado toda la vida: los negocios se levantan con paciencia, constancia y palabra cumplida.

Empezó en un pequeño local arrendado, donde poco a poco fue construyendo clientela y ganándose un lugar en la zona. Pero el camino no fue sencillo. Año y medio después tuvo que dejar ese espacio y volver a empezar. Aun así, nunca perdió de vista su mayor sueño: tener un lugar propio donde pudiera construir no solo su negocio, sino también su hogar.

Ese sueño comenzó a hacerse realidad gracias a un crédito bancario que aún sigue pagando. Con ese préstamo compró un lote y, junto a su esposa, levantó durante dos años la edificación que hoy alberga en el primer piso su tienda y estadero *El Parcerito* y, arriba, la casa donde viven. Era el resultado de años de sacrificio y esfuerzo familiar.

Sin embargo, cuando parecía que todo empezaba a estabilizarse, apareció una nueva preocupación: el alto costo de la energía.

En Santa Marta, donde el calor obliga a mantener encendidos equipos de refrigeración gran parte del día, las facturas comenzaron a superar los dos millones de pesos mensuales. Para un negocio

que depende de conservar frías sus bebidas y productos, ese gasto empezó a convertirse en una amenaza real para su estabilidad.

Para reducir costos, Ángel tomó decisiones difíciles: apagó tres neveras, dejó de usar la lavadora en casa y redujo el uso del aire acondicionado. Pero esas medidas también afectaron el negocio. Los clientes empezaron a quejarse porque las bebidas ya no estaban frías y las ventas comenzaron a bajar. Por primera vez, Ángel pensó que podía perder el patrimonio que tanto le había costado construir.

Fue entonces cuando llegó una oportunidad que cambiaría su historia.

Ángel fue seleccionado como beneficiario del proyecto *Energía Solar para Economías Populares* en la región Caribe, una iniciativa liderada por el Ministerio de Minas y Energía y FENOGÉ, que busca fortalecer pequeños negocios mediante la instalación de sistemas solares fotovoltaicos financiados en su totalidad.

Aunque al principio dudó, el proyecto se hizo realidad. Los paneles solares fueron instalados en la terraza de su vivienda y el cambio fue inmediato. La factura, que antes superaba los dos millones de pesos, bajó en marzo de 2026 a 681.020 pesos, alcanzando un ahorro entre el 50% y el 70%.

Ese alivio le permitió recuperar la tranquilidad. Hoy puede mantener encendidas sus neveras, conservar su mercancía, atender mejor a sus clientes y cumplir con mayor calma las cuotas de su crédito.

Ahora, además, monitorea desde su celular el rendimiento de los paneles y cuida personalmente su mantenimiento, consciente de que allí no solo hay tecnología, sino una nueva oportunidad para sostener su negocio.

Para Ángel, la energía limpia no solo redujo una factura. Protegió el patrimonio que construyó con su esposa, devolvió estabilidad a su familia y le permitió seguir adelante con un negocio que representa toda una vida de esfuerzo, arraigo y esperanza.

El sabor de una tradición que crece con energía solar

Cada mañana, antes de que lleguen los primeros clientes, en El Rancho Comunero comienzan a encenderse las estufas, a organizarse los ingredientes y a prepararse los almuerzos típicos santandereanos que, durante más de 25 años, han acompañado la rutina de cientos de personas en Santa Marta.

El restaurante nació gracias a la visión del padre de **Diana Gómez**, un santandereano que encontró en la ciudad una oportunidad para salir adelante sin alejarse de las recetas y los sabores con los que creció. Con el paso de los años, el negocio se convirtió en mucho más que un restaurante familiar: se transformó en el sustento de varias familias y en un lugar reconocido por quienes buscan comida casera y tradicional.

Pero, detrás del movimiento diario de la cocina, existía una preocupación constante. Para conservar carnes, bebidas y alimentos refrigerados, el restaurante depende permanentemente de neveras industriales, ventiladores y distintos equipos eléctricos. Las facturas de energía, que llegaban a oscilar entre 1.300.000 y 1.500.000 pesos mensuales, se habían convertido en uno de los gastos más difíciles de asumir.

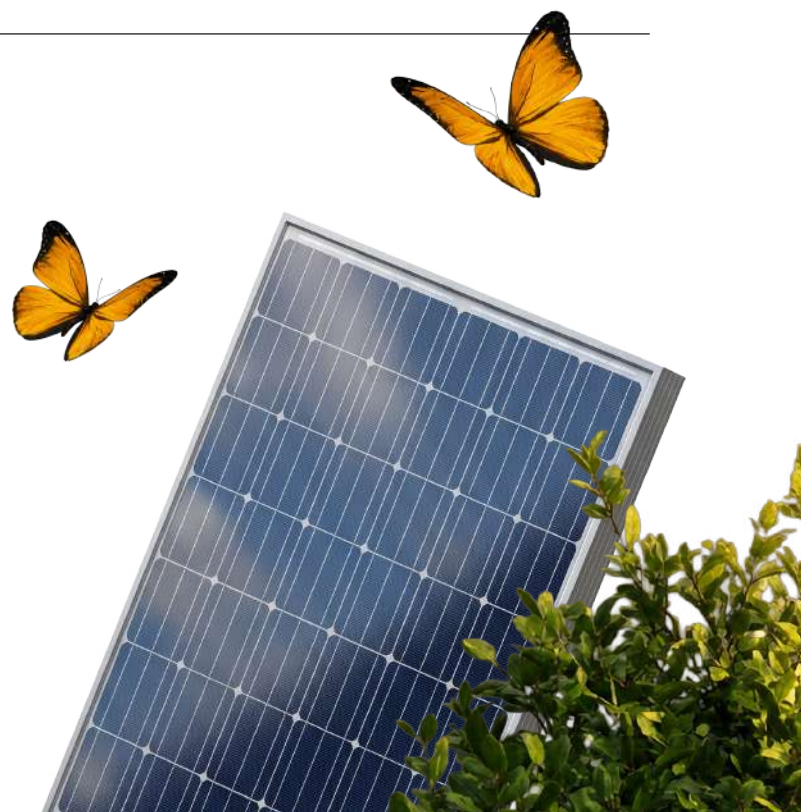
Por eso, cuando Diana y su familia conocieron la posibilidad de acceder a un sistema solar fotovoltaico financiado en su totalidad, pensaron que era algo demasiado lejano para un negocio como el suyo.

La historia comenzó a cambiar con la llegada del proyecto Energía Solar para Economías Populares en la región Caribe, una iniciativa liderada por el Ministerio de Minas y Energía y el FENOGÉ para fortalecer pequeños negocios mediante la instalación de sistemas solares fotovoltaicos.

Desde entonces, la factura de energía del restaurante se redujo a cerca de 800 mil pesos mensuales. Ese alivio económico permitió que parte de los recursos que antes se destinaban al pago de la energía hoy puedan reinvertir en el crecimiento del negocio y en la generación de empleo.

Actualmente, Diana monitorea desde su celular el rendimiento de cada panel solar, revisa el ahorro energético y supervisa, en tiempo real, el funcionamiento del sistema. Su experiencia ha sido tan positiva que otros comerciantes suelen acercarse para preguntarle si el proceso realmente funciona. Ella responde mostrando la factura y la aplicación instalada en su teléfono.

Para Diana, la energía solar no solo transformó los costos del restaurante. También les devolvió tranquilidad y la posibilidad de seguir fortaleciendo un negocio familiar que, durante más de dos décadas, ha mantenido vivos los sabores de su tierra en Santa Marta.



La tienda donde la solidaridad también se sostiene con energía

En el barrio Cevillar, en Barranquilla, las puertas de la Tienda La Nueva Sede permanecen abiertas desde temprano. Allí, entre productos de la canasta familiar, conversaciones cotidianas y vecinos que llegan buscando lo necesario para el día a día, **Ana Milena Arteaga** ha construido mucho más que un negocio: ha sostenido el hogar donde vive junto a sus padres y sus animales de compañía, dos perros y dos gatos que también hacen parte de la rutina de la tienda.

Barranquillera de raíces santandereanas, Ana Milena convirtió ese pequeño establecimiento en un punto de confianza para la comunidad. En momentos difíciles, muchas familias del sector encuentran en ella una mano amiga a través del “fiado”, una práctica que mantiene vivo el espíritu solidario de los negocios de barrio y que permite que sus vecinos puedan acceder a productos básicos cuando más lo necesitan.

Pero detrás de esa cotidianidad también existía una preocupación constante. Las facturas de energía llegaron a alcanzar los 800 mil pesos mensuales, una carga que empezó a afectar la estabilidad económica de su hogar y del negocio que representa el sustento de toda su familia.

La historia comenzó a cambiar cuando Ana Milena fue seleccionada como una de las primeras beneficiarias del proyecto Energía Solar para Economías Populares en la región Caribe, una iniciativa liderada por el Ministerio de Minas y Energía y el FENOGÉ para fortalecer pequeños negocios mediante la instalación de sistemas solares fotovoltaicos.



Desde la instalación de los paneles solares, el cambio en su economía ha sido significativo. La factura de energía, que antes alcanzaba los 800 mil pesos, hoy ronda los 200 mil. Ese alivio financiero le ha permitido reinvertir en la tienda, fortalecer el bienestar de sus padres y mirar el futuro con mayor tranquilidad.

Aunque ahora cuenta con autogeneración solar, Ana Milena mantiene un compromiso permanente con el uso responsable de la energía. Cuida el consumo, evita desperdicios y promueve hábitos de ahorro dentro de su hogar y su negocio.

Para ella, los paneles solares representan mucho más que una reducción en la factura. Representan la posibilidad de proteger el patrimonio familiar y seguir sosteniendo, desde una tienda de barrio, una red de solidaridad que durante años ha acompañado a toda una comunidad.

La tienda que sostiene los sueños de una familia

Sandra Gómez e Israel Ramírez levantan todas las mañanas la reja de la Tienda Villa Nueva con la misma convicción con la que durante años han trabajado para sacar adelante a su familia. Desde ese pequeño negocio, ubicado en la misma casa donde viven, han construido mucho más que una fuente de ingresos: han levantado el proyecto de vida que les ha permitido sostener su hogar y acompañar los estudios universitarios de su hijo.

Entre neveras, productos de la canasta familiar y largas jornadas de trabajo, Sandra e Israel han hecho de la tienda un lugar esencial para su comunidad y para su propia historia. Allí también comercializan carnes y pollo, por lo que mantener la cadena de frío resulta indispensable para el funcionamiento diario del negocio.

Pero en Barranquilla, donde las altas temperaturas obligan a mantener los equipos de refrigeración encendidos gran parte del tiempo, el costo de la energía eléctrica comenzó a convertirse en una preocupación constante. Las facturas, cada vez más altas, representaban una carga difícil de asumir para una familia que depende completamente de su negocio.

Aun así, nunca dejaron de trabajar. Con esfuerzo y disciplina continuaron atendiendo la tienda, convencidos de que cada día detrás del mostrador los acercaba un poco más a sus metas familiares.

La historia comenzó a cambiar cuando se convirtieron en beneficiarios del proyecto Energía Solar para Economías Populares en la región Caribe, una iniciativa liderada por el Ministerio de Minas y Energía y el FENOGÉ para fortalecer pequeños negocios mediante la instalación de sistemas solares fotovoltaicos.

Con la llegada de los paneles solares, el cambio se sintió rápidamente. La reducción en la factura de energía alivió los gastos del hogar y del negocio, permitiéndoles continuar trabajando con mayor tranquilidad y sin la preocupación constante por los altos costos del servicio eléctrico.

Sandra e Israel siguen atendiendo la Tienda Villa Nueva con la misma dedicación de siempre, pero con la certeza de que la energía solar se convirtió en una aliada para proteger el negocio que sostiene a su familia y seguir construyendo oportunidades para el futuro.



La luz que cambió mi vida

A sus 81 años, **Pedro Pablo Gómez Montero** sigue levantándose cada día en Luruaco, Atlántico, para trabajar la tierra. Vive junto a su nieto en una casa sencilla, rodeada de cultivos y del esfuerzo diario con el que ambos intentan salir adelante sembrando rosas, una labor que durante años les ha permitido sostener el hogar.



Pero, aunque en su vivienda no había lujos ni muchos aparatos eléctricos, había una preocupación que no lo dejaba tranquilo: el alto costo de la energía. Gran parte de lo que Pedro lograba conseguir con su trabajo terminaba destinado al pago del recibo de la luz, que alcanzaba los 130 mil pesos mensuales. Para alguien que vive del campo y de cosechas cada vez más difíciles, ese gasto representaba una carga muy pesada.

“Después de pagar los servicios, muchas veces me quedaba sin nada”, recuerda Pedro Pablo Gómez Montero.

Su realidad comenzó a cambiar con la llegada del programa Caribe Cambia Tu Energía, una iniciativa orientada a promover el uso eficiente de la energía en los hogares. Gracias al programa, en su casa reemplazaron cinco bombillas tradicionales por iluminación LED, un cambio sencillo que terminó transformando su vida cotidiana.

Hoy, la factura de energía llega cercana a los 70 mil pesos mensuales, un alivio que le ha permitido vivir con mayor tranquilidad y sentir que el esfuerzo de su trabajo vuelve a reflejarse en su hogar.

Pedro suele decir que ahora su casa parece “de día a toda hora”. Pero, para él, el cambio más importante no fue únicamente la claridad de los espacios, sino la tranquilidad de dejar atrás la preocupación constante que sentía cada vez que llegaba el recibo de la luz.

A sus 81 años, agradece que una ayuda que podría parecer pequeña haya tenido un impacto tan grande en su calidad de vida y en la tranquilidad con la que vive junto a su familia.



Donde el sol también alivió las preocupaciones



Durante años, en Cartagena, **Ana Arango** luchó incansablemente por sacar adelante a su familia. Cada jornada de trabajo era un paso más hacia ese propósito, pero al final de cada mes una misma inquietud volvía a instalarse en su mente: ¿cuánto costará mantener las puertas abiertas?

Mantener encendido un equipo de refrigeración era un lujo que Ana Arango no siempre podía darse, y tampoco Daniela, la mujer a quien le arrienda parte de su casa para que saque su emprendimiento adelante. Cada mes, la factura de energía representaba una preocupación para estas dos mujeres, para su hogar y para el pequeño spa de uñas y peluquería de la joven Daniela, es aquí donde reafirmaron que la energía, más que un servicio, era un costo que limitaba las posibilidades de crecer.

Fue entonces cuando el sol empezó a iluminar su vida de una manera distinta. Una de sus clientas le habló del programa Energía Solar para Economías Populares y de unos paneles solares que estaban siendo instalados en los techos de las viviendas para aliviar el costo de la energía. Aquella conversación quedó grabada en la

memoria de Ana. Con la misma determinación que siempre la había acompañado, buscó la manera de comunicarse con FENOGE y descubrió que el proyecto era liderado por el Gobierno Nacional, a través del Ministerio de Minas y Energía.

Después de comunicarse con FENOGE, los paneles solares fueron instalados gratuitamente sobre el techo de su casa, algo que parecía imposible de creer y materializar comenzó a hacerse realidad. Doña Ana, con gran sorpresa recibió su primera factura en cero pesos, y con una gran sonrisa que todavía refleja incredulidad, afirma que “*Hoy no consumo energía. Pago cero pesos en luz*”.

La verdadera transformación no estaba únicamente en una factura, en un signo peso o un valor por cada kW. Se reflejaba en la serenidad con la que su familia afrontaba cada fin de mes, en las nuevas oportunidades para su hija y en la posibilidad de que Daniela siguiera haciendo crecer su emprendimiento sin el peso de un servicio que antes condicionaba cada decisión.

Todo este cambio también estuvo acompañado de un giro en la concientización del uso eficiente de la energía, de realizar grandes cambios al interior del hogar de la señora Ana y del spa de Daniela.

“Por tener paneles solares no significa que podamos desperdiciar la energía; al contrario, aprendimos a usarla mejor”, explica la señora Ana Arango.

La historia de Ana demuestra que la transición energética cobra verdadero sentido cuando llega a los hogares. Allí, sobre el techo de una vivienda, la energía solar deja de ser una tecnología para convertirse en una oportunidad que impulsa las economías populares y transforma la calidad de vida de las familias.



Un respiro para seguir adelante

Agleidys Ortiz Roa comienza todas las mañanas pensando en cómo sacar adelante a sus cinco hijos. Vive en el Atlántico y, como madre cabeza de hogar, ha aprendido a sostener su casa a partir del esfuerzo diario y del trabajo que encuentra preparando y vendiendo deditos y empanadas.

De eso depende todo en su hogar: la comida, los gastos de la casa y la tranquilidad de sus hijos.

Pero durante mucho tiempo hubo una preocupación que hacía más difícil cada jornada. La factura de la energía llegaba demasiado alta para alguien que vive del rebusque y de lo que logra vender cada día. Había momentos en los que debía elegir entre comprar ingredientes para seguir trabajando o pagar el recibo de la luz.

Antes, la factura de energía alcanzaba los 180 mil pesos mensuales, una carga difícil de sostener para una familia que depende completamente del trabajo diario de Agleidys. Su realidad comenzó a cambiar con la llegada del programa Caribe Cambia Tu Energía, una iniciativa orientada a promover el uso eficiente de la energía en los hogares.

Gracias al programa, en su vivienda reemplazaron cinco bombillas tradicionales por iluminación eficiente LED, un cambio sencillo que terminó teniendo un impacto importante en su vida cotidiana.

La factura de energía se redujo a cerca de 90 mil pesos mensuales. Ese alivio le ha permitido organizar mejor sus gastos, comprar con mayor tranquilidad los ingredientes para su negocio y asegurar la alimentación de sus hijos sin la presión constante que antes sentía cada vez que llegaba el recibo.

Aunque continúa trabajando todos los días con el mismo esfuerzo, Agleidys siente que ahora el dinero rinde un poco más y que puede mirar el futuro con mayor tranquilidad.



Para ella, este cambio no solo mejoró las condiciones de su casa, sino que también le dio un respiro para seguir adelante.



Cuando la luz también trae esperanza

En el barrio Candelaria Sur, en Valledupar, **Lucidia Sardo Moscote** es una de esas personas que todos conocen. No solo porque lleva gran parte de su vida viviendo allí, sino porque siempre ha estado dispuesta a servir. Desde hace cuatro años integra la Junta de Acción Comunal y, entre reuniones, actividades comunitarias y responsabilidades familiares, se ha convertido en una voz cercana para muchas personas de su comunidad.

Tiene 46 años, tres hijas y una vida construida junto a su esposo, maestro de obras, y su suegra. Como en tantos hogares colombianos, ha habido momentos en los que el dinero apenas alcanzaba para cubrir lo necesario. Hubo temporadas en las que el salario de su esposo fue el único ingreso de la casa y cada gasto debía medirse con cuidado.

Por eso, cuando llegó al barrio el programa Caribe Cambia Tu Energía, las dudas aparecieron de inmediato. Entre vecinos comenzaron a circular rumores sobre posibles aumentos en las facturas y muchas familias prefirieron desconfiar.

Lucidia entendía ese temor. En su casa mantenía encendido durante las noches un bombillo amarillo en la parte exterior de la vivienda para sentirse más segura, aun sabiendo que eso incrementaba el consumo de energía. Pero, con el tiempo, la realidad fue distinta a la que muchos imaginaban.

Tras la instalación de diez bombillas LED en su hogar, el cambio empezó a sentirse poco a poco. Las facturas disminuyeron y la preocupación constante por el costo de la energía comenzó a desaparecer. Lo que antes representaba un gasto cercano a los 300 mil pesos mensuales hoy ronda los 120 mil pesos.

Para Lucidia, el ahorro significó mucho más que una reducción en el recibo. Significó poder destinar esos recursos a otras necesidades de su familia y vivir con menos angustia frente a los gastos del mes.

También cambió la percepción del barrio. Lo que inicialmente generaba desconfianza terminó convirtiéndose en una experiencia positiva que muchos vecinos reconocen como una ayuda real para sus hogares.

Ahí está el verdadero impacto de este cambio: no solo en las bombillas o en el ahorro energético, sino en la tranquilidad que llega cuando un hogar siente que, por fin, el esfuerzo alcanza un poco más.

Cuando ahorrar energía también significa tranquilidad



En la casa de **Isaac Ramón Loperena Anaya**, en el barrio Amaneceres del Valle de Valledupar, las prioridades cambiaron con el tiempo. A sus 62 años, después de enfrentar el cáncer y alejarse temporalmente del trabajo, la tranquilidad del hogar empezó a depender de algo muy sencillo: que las cuentas alcanzaran y que los gastos pudieran manejarse con un poco menos de preocupación.

Junto a su esposa y sus tres hijos, Isaac aprendió a administrar cada recurso con cuidado. Sin ingresos estables y con gastos médicos constantes, la factura de la energía se había convertido en una carga difícil de asumir. Mes tras mes, el recibo llegaba cercano a los 250 mil pesos, afectando la economía de una familia que debía priorizar su bienestar y su salud. Por eso, la llegada del programa Caribe Cambia Tu Energía representó una ayuda importante para su hogar.

A través de esta iniciativa, en su vivienda reemplazaron nueve bombillas tradicionales de alto consumo por iluminación LED, una alternativa más eficiente que permitió reducir significativamente el valor de la factura de energía. Ahora el recibo ronda los 130 mil pesos mensuales, un ahorro que ha significado un alivio real para la familia.

Pero el cambio no solo estuvo en el ahorro económico. Para él, el programa también dejó un aprendizaje sobre el uso eficiente de la energía y sobre cómo pequeñas decisiones dentro del hogar pueden generar un impacto importante en la economía familiar.

Isaac reconoce que ese cambio ayudó a que su familia pudiera vivir con mayor tranquilidad y con menos preocupación por los gastos mensuales, demostrando que acciones sencillas también pueden transformar la calidad de vida de los hogares.



Un futuro que rueda con el sol



José Ángel Corrales empieza sus días antes de que salga el sol. A las cinco de la mañana, en su casa del barrio Villas de Mompos, ya está despierto para acompañar la rutina de su familia: preparar el desayuno, alistar a sus dos hijos para la escuela y organizar, junto a su esposa, una jornada marcada por el trabajo, la disciplina y la esperanza de salir adelante.

Como muchas familias momposinas, José Ángel conoce de cerca las dificultades para acceder a oportunidades laborales estables. Durante un tiempo trabajó como mototaxista, una labor que exige disposición diaria, paciencia y vocación de servicio para atender tanto a habitantes como a turistas.

Tiene una hija de nueve años y un hijo de dos. En ellos piensa cada vez que busca una oportunidad para mejorar los ingresos del hogar y construir un futuro con mayor estabilidad. Por eso, cuando conoció el proyecto Ecomovilidad Sostenible: Vehículos Eléctricos Solares para Turismo Local, impulsado por el Ministerio de Minas y Energía y el FENOG, entendió que podía convertirse en una alternativa concreta para su familia y para el turismo de su municipio.

La iniciativa llegó a Mompos, Bolívar, un territorio donde el patrimonio histórico, el turismo y la vida cotidiana se encuentran a orillas del río Magdalena. Sus calles empedradas, sus iglesias coloniales y su valor como distrito histórico y patrimonio de la humanidad han convertido al municipio en un destino reconocido por visitantes de Colombia y del mundo.



El proyecto contempla el uso de vehículos eléctricos solares para recorridos turísticos en Mompox. Estos vehículos cuentan con una autonomía aproximada de 70 kilómetros y sus baterías se recargan en una central alimentada por paneles solares. No requieren combustible, reducen el ruido y evitan emisiones contaminantes, lo que los convierte en una alternativa de movilidad limpia para un municipio donde el patrimonio, el ambiente y la tranquilidad hacen parte esencial de la experiencia turística.

“Estoy muy emocionado con este proyecto”, afirma José Ángel. “Todos los beneficios son muy positivos para nosotros, los momposinos. No tenemos que sacar de nuestro bolsillo para pagar combustible. Tendremos un aire más puro, un ambiente más saludable y menos contaminación auditiva. Eso es algo que Mompox necesita”.

Para él, este proyecto representa mucho más que una nueva fuente de ingreso. Significa la posibilidad de ofrecer a los turistas una forma distinta de recorrer el municipio, más limpia, silenciosa y coherente con el espíritu tranquilo de Mompox. También representa una oportunidad para fortalecer la economía de su familia y proyectar un futuro con mayor estabilidad.

En un territorio donde la historia, el río y el turismo hacen parte de la vida cotidiana, la energía solar comienza a abrir nuevos caminos. Para José Ángel, esos vehículos no solo transportarán visitantes: también llevarán consigo la esperanza de una movilidad más sostenible, de un turismo más responsable y de nuevas oportunidades para las familias momposinas.



La nueva energía del mar

En Pesquera Marifer, cada salida al mar empieza con una cuenta clara: cuánto combustible se necesita, cuánto puede costar la jornada y cuánto debe regresar para que el negocio siga funcionando. Para **Emer Centeno Castillo**, propietario de esta pesquera familiar en San Andrés de Tumaco, esa cuenta hizo parte de su vida durante años.

El negocio nació del oficio que aprendió de su padre. Desde joven, Emer entendió que la pesca exige paciencia, disciplina y respeto por el mar. Con el tiempo, esa enseñanza se convirtió en una forma de vida y en el sustento de su familia. Durante catorce años, Pesquera Marifer ha recibido langostino, tití, pescado y marisco, y ha reunido alrededor de su actividad a pescadores y mujeres que llegan a diario a pelar camarón.

Pero sostener una pesquera también implica enfrentar gastos que no dan espera. Durante mucho tiempo, las embarcaciones funcionaron con motores de dos tiempos a gasolina, una tecnología costosa y altamente contaminante. Cada salida podía representar cerca de 220 mil pesos en combustible, un valor que afectaba directamente las cuentas del negocio y reducía el margen de ganancia de quienes viven de la pesca.

La llegada del proyecto NautiGLP, Pacífico Sostenible abrió una alternativa distinta. Esta iniciativa, liderada por el Fondo de Energías No Convencionales y Gestión Eficiente de la Energía (FENOGE), en alianza con Montagas y con el apoyo del Ministerio de Minas y Energía, permitió reemplazar motores de dos tiempos por motores de cuatro tiempos impulsados con Gas Licuado de Petróleo (GLP).

El cambio se reflejó de inmediato en la operación. El gasto por salida bajó de 220 mil a cerca de 157 mil pesos, un ahorro aproximado del 29 % que alivió las finanzas de la pesquera y le dio mayor tranquilidad a la familia de Emer. Además, los nuevos motores reducen en un 60 % las emisiones de óxidos de nitrógeno y en un 70 % el material particulado, aportando a una actividad pesquera más limpia y responsable con el entorno.



Para Emer, esta transformación no se resume únicamente en gastar menos. Significa poder seguir trabajando en el oficio que heredó de su padre, con una tecnología más eficiente y menos contaminante, y con la posibilidad de cuidar el mar del que depende su sustento.

Pesquera Marifer representa una forma concreta de entender la transición energética en el Pacífico: no como una promesa lejana, sino como una solución que mejora los ingresos, protege el ambiente y fortalece los oficios que sostienen a las familias costeras.

Campo Gala: la esperanza de una energía diferente

En una tierra donde cada día ha sido una lucha por salir adelante, el sol empezó a convertirse en la promesa de un futuro más digno para toda la comunidad.



En Campo Gala, una vereda de Barrancabermeja, **Melisa Meza Mejía** organiza cada día alrededor de lo más importante para ella: su familia. Entre las labores del hogar y las preocupaciones cotidianas, gran parte de su tiempo está dedicada al cuidado de su hijo de 15 años, quien vive con una enfermedad del corazón. Como muchas madres, su rutina gira en torno a garantizar bienestar, estabilidad y tranquilidad para quienes dependen de ella.

Pero en medio de esas responsabilidades, hay una preocupación que nunca desaparece: hacer que los recursos alcancen.

En su hogar, la energía es mucho más que un servicio. Es lo que permite conservar alimentos, iluminar la casa, atender las necesidades de su hijo y sostener las tareas básicas de cada día. Por eso, cuando las facturas aumentan, la preocupación también crece. Cada incremento significa ajustar gastos, reorganizar prioridades y, muchas veces, aplazar otras necesidades.

Y esa realidad no es solo de Melisa.

Durante años, muchas familias de Campo Gala han vivido esa misma carga. El costo de la energía ha sido una dificultad constante, reflejando la necesidad de encontrar alternativas más sostenibles, accesibles y estables para la comunidad. En un territorio donde el bienestar de las familias depende de recursos limitados, hablar de energía también significa hablar de calidad de vida.

Por eso, la llegada del programa de Comunidades Energéticas, impulsado por FENOGE y el Ministerio de Minas y Energía, abrió una nueva conversación en la vereda. La posibilidad de contar con una granja solar empezó a verse como algo más grande que una obra de infraestructura: una oportunidad real para transformar la relación de la comunidad con la energía.

Para Melisa, esa posibilidad representa tranquilidad. Significa imaginar un futuro en el que las familias puedan organizar mejor sus gastos, atender sus necesidades con mayor estabilidad y vivir con menos incertidumbre. Significa pensar que el acceso a energía limpia puede convertirse en una herramienta para fortalecer el bienestar de quienes habitan el territorio.

Hoy, en Campo Gala, esa expectativa empieza a tomar forma alrededor del sol. La comunidad sigue de cerca el proceso con esperanza, entendiendo que una granja solar puede traer alivio económico, mayor estabilidad y una oportunidad para avanzar hacia un modelo energético más justo y comunitario.

Todavía hay camino por recorrer, pero para una comunidad que durante años ha buscado mejores condiciones, hablar de energía solar ya es hablar de futuro. Y para Melisa, como para muchas otras familias, ese futuro empieza a sentirse más cercano.

Porque algunas transformaciones no comienzan cuando se enciende la luz, sino cuando una comunidad vuelve a creer que también puede ser parte del cambio.

Vista Hermosa: el futuro también se construye bajo el sol

Entre el trabajo del campo y la construcción de una granja solar, Brayan encontró una nueva forma de sembrar oportunidades sin alejarse de su tierra.



A las cuatro de la mañana, cuando gran parte de Vista Hermosa, en Meta, todavía duerme, **Brayan Garzón** ya está despierto. A sus 21 años, su día empieza mucho antes de que salga el sol, entre el sonido del campo y las tareas que comparte con su familia. Antes de dirigirse a su trabajo, acompaña a sus padres en el ordeño de las vacas y ayuda en las labores de la finca, una rutina que ha marcado su vida desde pequeño.

Pero hoy, además del trabajo en el campo, Brayan tiene otro destino.

Cuando termina esa primera jornada de la mañana, cambia las botas de caucho por su uniforme y se dirige a la granja solar de Vista Hermosa, donde hace parte del equipo que construye uno de los proyectos que empieza a transformar la relación del territorio con la energía.

Para él, este trabajo significa mucho más que un ingreso económico. Es la oportunidad de aprender un oficio nuevo, de conocer una tecnología que antes parecía lejana y de demostrar que los jóvenes del campo también pueden hacer parte de la transición energética. Entre estructuras, paneles y jornadas de aprendizaje, Brayan ha descubierto que el futuro no siempre está lejos ni obliga a abandonar la tierra donde uno creció.

Sus padres lo ven con orgullo. Saben que este proyecto representa para su hijo la posibilidad de crecer, formarse y construir un camino propio sin tener que dejar atrás a su familia ni su territorio. Para ellos, verlo trabajar en la granja solar también es una señal de cambio para Vista Hermosa, un municipio que durante años ha buscado nuevas oportunidades para su gente.

Y es que la granja solar no solo representa generación de energía limpia. También significa empleo, transferencia de conocimiento y fortalecimiento de capacidades locales. Permite que jóvenes como Brayan encuentren en su propio municipio una oportunidad para aportar al desarrollo de su comunidad y ser parte de una transformación más grande.

En cada jornada de trabajo, Brayan entiende que lo que está ayudando a construir va más allá de la infraestructura. Cada panel instalado representa una posibilidad distinta para su región: más desarrollo, más estabilidad y nuevas oportunidades para quienes quieren quedarse y salir adelante desde su propio territorio.

Su historia refleja una de las caras más importantes de la transición energética: la de una nueva generación que encuentra en estos proyectos una forma de construir futuro sin renunciar a sus raíces.

En Vista Hermosa, el sol ya no solo ilumina la tierra. También empieza a abrir caminos para jóvenes como Brayan, que han encontrado bajo su energía limpia una nueva manera de soñar y de crecer.



La luz que sostuvo La Primavera



Después de décadas levantando su tienda con esfuerzo, Darío encontró en la energía solar un alivio que le permitió seguir sosteniendo el negocio y el hogar que construyó con su familia.

Hace más de treinta años, **Darío Amaya** salió a buscar un futuro para su familia. Como tantos hombres del Caribe colombiano, su camino estuvo marcado por el trabajo duro, la incertidumbre y la esperanza de encontrar un lugar donde echar raíces. Pasó por distintos rincones de la región, trabajó en Barranquilla, vivió en el barrio 7 de Abril y, después de mucho esfuerzo, decidió establecerse en Soledad, Atlántico.

Fue allí donde levantó La Primavera, la tienda que con el tiempo se convirtió en mucho más que un negocio. Durante más de veinte años, ese pequeño establecimiento ha sido el sustento de su hogar, el fruto de jornadas largas y la prueba de que los sueños también se construyen detrás de un mostrador, atendiendo clientes, organizando mercancía y haciendo rendir cada peso.

Como muchos tenderos de la región Caribe, Darío aprendió a abrir cada día con disciplina, a conocer a sus clientes por su nombre y a sostener su negocio con paciencia y constancia. Pero detrás de esa rutina diaria había una preocupación que nunca desaparecía: el alto costo de la energía.

Mes tras mes, buena parte de lo que lograba ganar terminaba en el pago de facturas que se hacían cada vez más difíciles de asumir. Para Darío, el recibo de la luz dejó de ser solo una cuenta; se convirtió en una carga que amenazaba la estabilidad de todo lo que había construido. “La ganancia de uno es para pagar el recibo de la luz”, decía, resumiendo en una sola frase una realidad compartida por muchos pequeños comerciantes de la región.

Y aun así, nunca dejó de abrir.

Cada mañana levantaba la reja de La Primavera con la misma convicción de siempre: seguir adelante, sostener a su familia y cuidar el negocio que durante años se convirtió en el centro de su vida.

La historia comenzó a cambiar en 2024, cuando La Primavera fue seleccionada como la primera de cien tiendas beneficiadas por el proyecto Energía Solar para Economías Populares, una iniciativa liderada por el Ministerio de Minas y Energía y FENOGE para llevar energía renovable, ahorro y sostenibilidad a pequeños negocios de estratos 1, 2 y 3 mediante sistemas solares subsidiados.

Para Darío, la llegada de los paneles solares fue algo que nunca imaginó.

Pero el cambio se sintió rápido. La reducción en los costos de energía trajo alivio a la economía del negocio y abrió una posibilidad que durante años parecía lejana: pensar en invertir, fortalecer la tienda y proyectarse con más tranquilidad hacia el futuro.

“Me siento súper contento. Tengo un buen ahorro de energía y es algo que puedo invertir en el negocio o en otra cosa”, cuenta con la satisfacción de quien ve, después de tanto tiempo, que el esfuerzo empieza a dar un respiro.

Hoy La Primavera sigue abriendo sus puertas todos los días en Soledad, Atlántico, con la misma disciplina de siempre, pero con una certeza distinta. Darío sabe que el sol no solo ilumina el techo de su tienda: también ayuda a sostener el proyecto de vida que construyó durante décadas.

Porque para él, la energía solar no fue solo una solución para bajar una factura. Fue la oportunidad de seguir cuidando su negocio, de proteger el sustento de su familia y de entender que, a veces, la luz también puede convertirse en una forma de esperanza.



Cuando encender la luz dejó de ser una preocupación

Durante años, Bellanira midió cada uso de la energía por miedo a la factura; hoy, gracias a la energía solar, su hogar volvió a ser un lugar de calma y tranquilidad.



En la casa de **Bellanira Guzmán**, algo tan simple como encender un ventilador o prender la licuadora podía convertirse en una preocupación. Lo que para muchos hace parte de la rutina diaria, para ella significaba pensar dos veces antes de hacerlo, medir el consumo y preguntarse cuánto más podría subir la factura de la luz.

Aunque en su hogar vivían una o dos personas, el recibo mensual llegaba a 230 mil e incluso 240 mil pesos, una cifra difícil de sostener y que poco a poco fue convirtiendo la energía en una carga constante dentro de casa.

Con el tiempo, Bellanira empezó a cambiar su rutina para intentar controlar ese gasto. Dejaba de usar los ventiladores, evitaba prender la licuadora y limitaba el uso de algunos electrodomésticos, no porque no los necesitara, sino por miedo a que la factura volviera a dispararse.

Sin darse cuenta, la energía, que debía hacer más cómoda la vida, terminó robándole tranquilidad.

Cada decisión cotidiana estaba atravesada por esa preocupación. El calor, las tareas del hogar y las pequeñas necesidades del día a día empezaron a sentirse más pesadas cuando todo dependía de cuánto podría llegar en el próximo recibo.

Por eso, cuando recibió la noticia de que sería beneficiaria de un sistema solar fotovoltaico, sintió una alegría inmensa. Sabía que los paneles podrían ayudarle a reducir el consumo, pero nunca imaginó cuánto iba a cambiar la manera de vivir su hogar.

Después de la instalación, la diferencia empezó a sentirse rápido. La factura bajó de cerca de 240 mil pesos mensuales a un promedio de 100 mil pesos, un alivio que transformó por completo la economía de su casa.

Pero para Bellanira, el verdadero cambio no estuvo solo en los números.

Hoy ya no siente que cada electrodoméstico encendido sea una amenaza para su presupuesto. Puede usar con más tranquilidad los equipos de su hogar, hacer sus tareas diarias con menos preocupación y dejar atrás esa sensación de estar calculando cada movimiento para no excederse.

Su historia hace parte de Hogares Energéticamente Sostenibles, una iniciativa impulsada por el Ministerio de Minas y Energía y FENOGÉ para llevar soluciones solares fotovoltaicas a hogares colombianos, reducir el costo de las facturas y mejorar la calidad de vida a través de energías limpias.

Para Bellanira, la energía solar significó mucho más que una reducción en el recibo. Fue la oportunidad de recuperar la calma, reorganizar su vida y sentir que su casa volvía a ser un lugar de tranquilidad.

Por eso, cuando alguien le pregunta si vale la pena, su respuesta es simple y sincera: aprovechar la oportunidad.

Porque a veces el verdadero alivio no está solo en ahorrar, sino en volver a vivir sin miedo a encender la luz.

El viento y el sol para volver a Koomana

Desde La Guajira, Óscar encontró en las energías renovables una forma de convertir su aprendizaje en esperanza para llevar agua y electricidad a la comunidad que lo vio crecer.



Óscar Enrique Ríos Jusayu tiene apenas 20 años, pero carga un sueño que nació mucho antes de que entendiera cómo funciona un panel solar o una turbina eólica. Es un sueño que creció con él, en medio de la tierra seca de Koomana, una comunidad indígena wayuu de la Alta Guajira, cerca del Cerro de la Teta, donde desde niño aprendió que vivir sin energía constante y con acceso limitado al agua no es una excepción, sino parte de la vida cotidiana.

Allí entendió temprano que cada necesidad exige esfuerzo. Que para muchas familias conseguir agua significa caminar, sacar baldes de un pozo y cargar con ellos hasta la casa. Que la electricidad, cuando llega, no siempre alcanza. Y que esas carencias, repetidas durante generaciones, terminan moldeando la vida de toda una comunidad.

Hoy vive en Riohacha junto a su madre y su abuela, a quienes acompaña y cuida porque necesitan atención especial. Aunque las distancias hacen que no pueda volver con frecuencia a Koomana, el vínculo con su territorio sigue intacto. Y es precisamente ese lazo el que lo llevó a pensar su futuro de una manera distinta.

Cuando terminó el colegio, tomó una decisión que cambiaría su camino: formarse para encontrar soluciones reales para su gente.

Óscar ingresó al SENA de La Guajira para estudiar como técnico en instalaciones de paneles solares fotovoltaicos, una formación que finalizó en abril de 2026 y que hoy espera certificar. Pero su aprendizaje no se quedó allí. También fortaleció sus conocimientos en el primer laboratorio eólico de Colombia, inaugurado en el Centro Industrial y de Energías Alternativas del SENA Regional La Guajira, como parte del programa AcTec, liderado por el Ministerio de Minas y Energía y FENOGÉ.

Entrar a ese laboratorio le abrió una puerta que antes parecía lejana.

Por primera vez pudo entender cómo funcionan la energía solar y la energía eólica, cómo se instalan estos sistemas y, sobre todo, cómo pueden convertirse en respuestas concretas para territorios como el suyo.

“La experiencia en el laboratorio ha sido muy positiva. He aprendido cómo usar la energía eólica y solar y cómo se utilizan realmente. Eso ha cambiado bastante mi proyecto de vida”, cuenta.



Antes veía las energías renovables como algo distante. Hoy las ve como una herramienta para transformar su comunidad.

Su meta es clara: estudiar Ingeniería Eléctrica y regresar algún día a Koomana para implementar sistemas solares y eólicos que mejoren el acceso a la electricidad y ayuden a enfrentar una de las dificultades más profundas de la zona: la falta de agua.

Porque en Koomana la sequía no es un problema ocasional; es parte de la rutina. Y uno de los aprendizajes que más marcó a Óscar fue descubrir que la energía renovable también puede mover sistemas de bombeo y abastecimiento.

“Por medio de la energía solar, gracias a un motor que trabajamos en el laboratorio, se puede obtener agua sin tener que jalarla directamente del pozo”, explica.

También sabe que La Guajira tiene algo que muchos territorios no: viento.

Esa brisa constante que ha acompañado siempre a su comunidad, y que para muchos es solo paisaje, para Óscar representa una oportunidad. Una posibilidad real de llevar electricidad a comunidades que históricamente han estado desconectadas.

“

En mi comunidad hay bastante brisa y gracias a eso se puede manejar electricidad con sistemas eólicos. Para mí sería importante que existiera un proyecto sobre eso, porque muchos indígenas y muchas familias podrían tener energía gracias al viento”, dice.

Hoy sigue estudiando y fortaleciendo sus conocimientos. Aunque todavía no trabaja, sabe que su formación ya empezó a cambiar su vida y la forma en que imagina el futuro de su territorio.

Porque para Óscar, aprender sobre energía no es solo una oportunidad personal. Es la posibilidad de volver a Koomana con algo más que conocimientos: con herramientas para cambiar la vida de su comunidad.

Y en su historia, el viento y el sol no son solo recursos de la tierra. Son la promesa de un futuro distinto.

Liderazgo femenino que construye el futuro solar de Pivijay



Pero Dayana no habla solo de su propio camino. Habla también de la gente que la rodea. La granja solar fue construida en gran parte con mano de obra local: vecinos, padres de familia y jóvenes de Pivijay que encontraron en el proyecto una oportunidad laboral y una forma de aportar al desarrollo de su municipio.

Cada mañana, cuando **Dayana Urzola** se ajusta el casco para ingresar a la obra, sabe que su trabajo exige atención, carácter y responsabilidad. Como técnica profesional en Seguridad y Salud en el Trabajo, SST, acompaña la construcción de la granja solar de Pivijay, Magdalena, desde un rol característico: cuidar que las jornadas avancen con seguridad para quienes hacen parte del proyecto.

Dayana es pivijayera y eso le da un sentido especial a su trabajo. No llega a una obra cualquiera. Llega a un proyecto que se levanta en su propio municipio, con manos de la región y con la expectativa de aportar a una nueva forma de producir energía en el Caribe colombiano.



Su presencia también tiene un valor simbólico. Es la única mujer en el equipo de construcción operativa, un espacio donde la mayoría son hombres y donde ha tenido que demostrar, con conocimiento y firmeza, que las mujeres también tienen un lugar en los proyectos de infraestructura, ingeniería y energías renovables.



Trabajar junto a personas de su tierra le ha dado al proceso un sentido de pertenencia distinto. Para ella, cada jornada representa algo más que avanzar en una obra, significa ver cómo el talento local puede participar directamente en la transición energética y cómo un proyecto de energía limpia también puede abrir oportunidades para la comunidad.

“Es un lindo trabajo”, dice Dayana con sencillez. Sabe que su aporte puede parecer pequeño frente al tamaño de la granja solar, pero también entiende que cada tarea bien hecha suma. Cada indicación de seguridad, cada recorrido por la obra y cada cuidado diario hacen parte de un esfuerzo colectivo.

La iniciativa, impulsada por el Ministerio de Minas y Energía y el FENOGÉ, representa para Pivijay una oportunidad de avanzar hacia soluciones energéticas más sostenibles y de reconocer el papel de las comunidades en la construcción de estos proyectos.

Para Dayana, la granja solar es infraestructura. Aún más, es trabajo local, aprendizaje y orgullo por ver que su municipio hace parte de un cambio que también se construye desde el territorio.

Rita Llanos: una visión educativa para el progreso solar de Pivijay

En Pivijay, Magdalena, **Rita Llanos** ha visto cómo la energía influye en la vida diaria de una comunidad. Como rectora del Instituto Pedagógico María Auxiliadora, sabe que en un municipio caluroso la electricidad no es un lujo: es una condición necesaria para estudiar, trabajar y sostener las actividades cotidianas.

Desde su labor educativa, Rita conoce de cerca lo que ocurre cuando el servicio falla. Los cortes de luz no solo interrumpen una clase o apagan un ventilador. También afectan la concentración de los estudiantes, alteran la jornada escolar y dificultan el funcionamiento normal de la institución.



Por eso, para ella, hablar de energía es hablar de bienestar y de oportunidades. Una comunidad con un servicio más estable puede organizar mejor sus actividades, proteger sus espacios de aprendizaje y mantenerse conectada con herramientas que son fundamentales para la educación.

La llegada de la granja solar de Pivijay representa, desde su mirada, una posibilidad importante para el municipio. Más allá de la infraestructura, Rita ve en este proyecto una oportunidad para que la comunidad se acerque a nuevas formas de producir energía y para que los estudiantes comprendan, desde su propio territorio, el valor de las energías limpias.



La iniciativa, liderada por el Ministerio de Minas y Energía y el FENOGGE, busca aportar soluciones energéticas sostenibles para población vulnerable y avanzar en modelos que permitan aprovechar el potencial solar de territorios como Pivijay.

Como rectora, Rita también entiende el proyecto como una lección. Cada panel instalado puede convertirse en una conversación con sus estudiantes sobre cuidado del ambiente, transición energética y futuro. No se trata solo de mirar una granja solar a la distancia, sino de reconocer que la energía también puede enseñar.

Para Rita Llanos, Pivijay tiene una identidad marcada por su cultura, sus costumbres y la fuerza de su gente trabajadora. Por eso, espera que esta apuesta contribuya al bienestar de la comunidad y abra nuevas posibilidades para un municipio que quiere seguir avanzando sin dejar atrás su esencia.



El líder que guía a Pivijay hacia la luz del sol

Jorge Pertuz Orozco conoce a su comunidad caminándola. Sabe quién vive en cada sector, qué familias necesitan más apoyo y cuáles han tenido que enfrentar durante años los efectos de un servicio eléctrico inestable.

En Pivijay, Magdalena, su liderazgo se ha construido escuchando, orientando y acompañando a sus vecinos con paciencia. Por eso, cuando se anunció la llegada de la granja solar al municipio, Jorge asumió un papel clave como enlace entre el equipo social del FENOGE y la comunidad. Su tarea no fue solo compartir información. También consistió en ayudar a que las familias entendieran el alcance del proyecto, resolvieran dudas y participaran con confianza en el proceso.

En muchas zonas del municipio, la energía ha sido una preocupación cotidiana. Los apagones inesperados, el bajo voltaje y las fallas en las redes han afectado la vida diaria de las familias y, en algunos casos, han causado daños en electrodomésticos adquiridos con mucho esfuerzo. A eso se suma el peso de las tarifas, que para los hogares representa una carga difícil de asumir.

Jorge ha visto esa realidad de cerca. La escucha en las conversaciones con sus vecinos y la reconoce en las preocupaciones que aparecen cada vez que llega una factura o se va la luz. Por eso entiende que una solución energética no se mide nada más en la infraestructura, también en la tranquilidad para las familias.

Durante las jornadas de socialización, Jorge ha explicado con claridad el funcionamiento de los Sistemas Solares Fotovoltaicos y la importancia de la granja solar para el municipio. Su cercanía con la comunidad ha sido fundamental para que la información llegue mejor y para que el proceso avance con mayor confianza entre los habitantes.



Jorge dice que este proyecto representa una oportunidad de alivio para hogares vulnerables y una forma de aprovechar el sol de Pivijay en beneficio de la propia comunidad. También significa demostrar que los procesos de transición energética necesitan liderazgo local, personas capaces de tender puentes entre las instituciones y la gente.

La iniciativa, impulsada por el Ministerio de Minas y Energía y el FENOGE, busca aportar soluciones energéticas sostenibles para población vulnerable y avanzar en modelos que acerquen la energía limpia a los territorios.

Jorge se siente orgulloso de hacer parte de este proceso. Sabe que su papel como enlace ha sido importante porque le permitió acompañar a su comunidad en una apuesta que puede mejorar la vida cotidiana de muchas familias.

Reconoce que la energía solar llega con paneles y con información, confianza y trabajo comunitario. Y en Pivijay, ese camino se ha recorrido de la mano de líderes como él.



La energía limpia que transforma hogares y emprendimientos en el oriente de Cali

En 2025, **Sandra Montoya** decidió empezar a construir su emprendimiento desde casa. Así nació Nery Samar, un proyecto familiar que poco a poco comenzó a crecer gracias al esfuerzo diario y al propósito de sacar adelante a su familia.

Desde entonces, su vivienda dejó de ser el lugar donde comparte con los suyos, para convertirse en el espacio donde cada día trabaja para fortalecer su negocio, generar ingresos y abrir nuevas oportunidades. Pero, como ocurre en muchos hogares colombianos, el costo de la energía era una preocupación constante.

Jorge Ramírez, esposo de Sandra, recuerda que el servicio funcionaba bajo un sistema prepago y que mensualmente debían recargar cerca de 50 mil pesos para mantener los electrodomésticos en funcionamiento y apoyar las actividades del emprendimiento.

Aunque parecía un gasto cotidiano, con el paso de los meses ese valor empezó a sentirse cada vez más en la economía familiar. Por eso, cuando conocieron la posibilidad de acceder a energía limpia y más asequible, nunca imaginaron que podrían tener paneles solares instalados en su propia vivienda.

Mucho menos que ese beneficio llegaría a su hogar a través de una iniciativa liderada por el Ministerio de Minas y Energía, el FENOGÉ y EMCALI para llevar soluciones solares a hogares de estratos 1 y 2 del oriente de Cali.



Desde la instalación de los paneles solares, Sandra y Jorge empezaron a notar la diferencia. El consumo de energía se redujo cerca de un 50%, lo que permitió que las recargas que antes alcanzaban para un mes ahora duren casi dos meses completos. Ese ahorro se convirtió en un alivio para la economía del hogar y en una oportunidad para destinar recursos a otras necesidades de la familia y al fortalecimiento del emprendimiento.



Pero el impacto no se queda en una cifra. Para la pareja, la energía solar también representa tranquilidad, bienestar y nuevas posibilidades para seguir creciendo desde casa.

Sandra asegura que proyectos como este llevan mucho más que ahorro a las comunidades. Significan vida, salud, educación, alegría y esperanza para cientos de familias que pueden vivir con mayor tranquilidad.

La iniciativa culminó la instalación de 1.997 sistemas solares en hogares vulnerables de los barrios Llano Verde y Potrero Grande, en el oriente de la ciudad. Actualmente, avanza la habilitación de medidores bidireccionales y del sistema de facturación, con el propósito de completar la operación del proyecto y garantizar sus beneficios para los hogares participantes.

Mientras Nery Samar continúa creciendo desde casa, la energía solar se ha convertido en una aliada para impulsar el emprendimiento familiar y los sueños de una comunidad que empieza a construir un futuro más sostenible.

Acela Ramírez, una tendera que en el sol encontró alivio para sus cuentas

Cuando **Acela Ramírez** habla de la energía solar, no piensa primero en paneles, cables o tecnología. Piensa en su tienda, en las cuentas de cada mes y en la tranquilidad que empezó a recuperar desde que el sol también se convirtió en una fuente de apoyo para su negocio.

Durante años, sacar adelante su tienda en Santa Marta significó convivir con una preocupación constante: el costo de la energía. Cada recibo obligaba a hacer cuentas, revisar gastos y pensar cómo mantener el negocio funcionando sin que el pago de la luz se llevara las ganancias.

Para una tendera, la energía no es un gasto menor. De ella dependen las neveras, la conservación de los productos, la atención a los clientes y buena parte de la operación diaria. Por eso, cuando las facturas suben, también aumenta la presión sobre el negocio y la economía del hogar.



La historia de Acela empezó a cambiar con la llegada de '*Energía Solar para Economías Populares*', una iniciativa liderada por el Ministerio de Minas y Energía y el FENOGÉ para llevar soluciones solares a pequeños negocios y aliviar los costos de energía de las economías populares.

Ver los paneles solares instalados en su negocio fue, para ella, una señal concreta de cambio. La energía solar dejó de ser una idea lejana y se convirtió en una herramienta real para sostener su trabajo, reducir gastos y mirar el futuro con mayor confianza.

Desde entonces, Acela siente que su tienda respira con más tranquilidad. Ya no abre cada mañana pensando únicamente en el peso del recibo de la luz, sino en la posibilidad de seguir creciendo, atender mejor a sus clientes y cuidar el esfuerzo de tantos años.



Su historia muestra que la transición energética también ocurre en lugares cotidianos, en una tienda de barrio, detrás de un mostrador, en las cuentas que una familia hace para salir adelante. Ella dice que el sol ilumina su negocio y le ayuda a sostenerlo.

Un motor para pescar futuro en Tumaco

Harold Arboleda no habla del motor como si fuera solo una máquina. Para él, ese equipo representa trabajo, sustento y una oportunidad para que más familias de Tumaco puedan salir adelante desde lo que saben hacer: vivir del mar.

“Esto no es que nos den el pescado, es que nos enseñen a pescar y nos den la herramienta para pescar”, dice al explicar lo que significó ser beneficiario del programa NautiGLP.



En su caso, esa herramienta llegó en forma de un motor que hoy le permite fortalecer su actividad pesquera y salir al mar con mejores condiciones. Pero Harold insiste en que el beneficio no se queda en una sola persona. Cada embarcación moviliza al menos a dos trabajadores directos y, alrededor de la pesca, también se activan otras labores en el muelle, donde mujeres cabeza de familia participan en la cadena productiva.

Por eso, para él cada motor entregado puede generar entre seis y siete empleos directos e indirectos. Se trata de mejorar una faena de pesca y de impulsar una economía comunitaria que sostiene hogares, familias y oficios en el territorio.

La llegada del motor también cambió la vida en su casa. Harold cuenta que su esposa está feliz y agradecida, porque entiende que esta herramienta beneficia a quien sale al mar y a quienes esperan en el hogar el sustento de cada jornada.



Harold resume el impacto con gratitud. Está convencido de que estos son los proyectos que benefician a una comunidad, generan desarrollo y traen paz y tranquilidad. Esos que no reemplazan el esfuerzo de la gente, sino que lo fortalecen con mejores condiciones para trabajar.

En Tumaco, el motor que recibió Harold impulsa una embarcación y mueve una red de familias, empleos y esperanzas alrededor del mar.



El hospital de Simití donde la energía también cuida la vida

Enrique Bastidas conoce bien los pasillos del Hospital San Antonio de Padua. Como enfermero profesional de esta institución en Simití, Bolívar, ha visto de cerca lo que significa atender pacientes en una zona donde el calor es intenso y donde cada equipo médico, cada sala y cada servicio necesita funcionar con estabilidad.

Por eso habla con entusiasmo del proyecto de paneles solares que llegó al hospital. Para él, esta transformación es una mejora en la infraestructura, es una ayuda concreta para brindar una atención más segura, más cómoda y más confiable a los pacientes.

“Estamos muy contentos porque el proyecto nos ha ayudado a mejorar la atención a los pacientes, el manejo de equipos biomédicos, asistenciales y de cirugía, y también la refrigeración de vacunas y medicamentos”, cuenta Enrique.

Desde su labor diaria, Enrique ha visto cómo la energía solar fortalece el funcionamiento de equipos fundamentales para la atención. También ha permitido fortalecer servicios como la refrigeración de vacunas, medicamentos y ampollas, así como el uso de aires acondicionados en espacios donde los pacientes necesitan estar en mejores condiciones.

En una zona calurosa como Simití, esos cambios se sienten. Los pacientes pueden recibir atención en ambientes más cómodos, el personal de salud trabaja con mejores condiciones y la institución cuenta con mayor respaldo para sostener servicios esenciales.



Con esta intervención, el Hospital San Antonio de Padua se convirtió en el primer hospital público autosostenible energéticamente de la región Caribe y el segundo del país. La iniciativa, liderada por el Ministerio de Minas y Energía y ejecutada por el FENOGÉ a través del programa Colombia Solar, permitió implementar sistemas solares fotovoltaicos y medidas de eficiencia energética para que el hospital genere el 100% de la energía que consume.

El proyecto beneficia a más de 22.000 personas, entre pacientes, personal médico y administrativo. Para Enrique, ese ahorro también habla de responsabilidad. Reducir el gasto energético permite que la institución sea más eficiente y pueda fortalecer su operación.



Además, el proyecto contribuye al cuidado del medio ambiente, con una reducción estimada de 187,3 toneladas de CO₂ al año. La transformación incluyó la renovación de luminarias, equipos de refrigeración y climatización por soluciones más

eficientes, así como la capacitación del personal para operar y mantener el sistema. El hospital recibió paneles solares, y con estos una capacidad instalada para sostener mejores condiciones de atención en el largo plazo.

Enrique lo resume desde su experiencia como enfermero: ahora el hospital cuenta con mejores condiciones para cuidar. Para conservar vacunas, operar equipos, atender pacientes y ofrecer espacios más adecuados en medio del calor de Simití.

En el Hospital San Antonio de Padua, la energía solar dejó de ser una tecnología lejana y empezó a sentirse en la vida diaria de quienes cuidan y de quienes necesitan ser cuidados.

Para Enrique, esa es la verdadera transformación. Un hospital público que ahorra energía, protege el ambiente y brinda una atención más digna para su comunidad.

Onesa y la energía que une a Bocas del Palo, en el Pacífico colombiano

Onesa Montenegro habla de Bocas del Palo como quien habla de una casa grande. Una casa conformada por familias, estudiantes, niños, jóvenes, adultos mayores, caminos, cultivos, libros, cancha y memoria comunitaria. Allí, en este territorio de comunidades negras de Jamundí, Valle del Cauca, la vida se entiende desde cada hogar y de lo que se construye entre todos.



Por eso, cuando habla de la Comunidad Energética de Bocas del Palo, no la describe únicamente como un proyecto de paneles solares. Para ella, esta iniciativa representa una oportunidad para que la energía limpia llegue a los lugares donde la comunidad cuida su futuro: la escuela, la cancha, la biblioteca, los cultivos y los espacios de encuentro.

“Queremos que nuestros niños y jóvenes tengan más espacios para aprender, leer, jugar y crecer en comunidad”, expresa Onesa.

En el Consejo Comunitario de Comunidades Negras de Bocas del Palo se desarrolla la primera Comunidad Energética del Pacífico colombiano. La iniciativa combina energía solar, producción agrícola sostenible, movilidad eléctrica, iluminación comunitaria y fortalecimiento cultural, con una idea central: que la transición energética también responda a las necesidades reales de los territorios.

Uno de los componentes principales es la instalación de un Sistema Solar Agrovoltaico, que promueve el autoconsumo energético y favorece una producción agrícola más sostenible.



Para la comunidad, esto significa cuidar la tierra, fortalecer la soberanía alimentaria y abrir nuevas posibilidades para las familias que dependen de la producción local.

El cambio también llega a los espacios donde los niños y jóvenes comparten buena parte de su vida. La implementación de iluminación LED en la cancha deportiva comunitaria permite que este lugar sea más seguro y pueda ser usado durante más tiempo por estudiantes, deportistas, familias y procesos comunitarios.



Para Onesa, una cancha iluminada representa mucho más que luz. Significa que los niños pueden jugar con mayor tranquilidad, que los jóvenes tienen un espacio para encontrarse alrededor del deporte y que la comunidad educativa cuenta con mejores condiciones para promover actividades que fortalezcan la convivencia.

La entrega de un vehículo eléctrico también tiene un papel clave. Este vehículo respalda iniciativas culturales como La Bolsa Viajera, un programa de lectura que acerca libros, historias y conocimiento a niñas, niños, estudiantes y familias del territorio. En una comunidad donde la educación y la cultura son herramientas para proteger la identidad, la movilidad sostenible se convierte en una forma de llevar oportunidades más lejos.

Así, la energía limpia se siente en la vida diaria de Bocas del Palo: en una biblioteca que llega a más hogares, en estudiantes que acceden a nuevas experiencias, en una cancha que se convierte en punto de encuentro, en familias que fortalecen su producción y en una comunidad que ve cómo sus proyectos empiezan a conectarse entre sí.

En Bocas del Palo, la transición energética no se queda en la instalación de tecnología. Se convierte en una herramienta para fortalecer la educación, la cultura, el deporte, la soberanía alimentaria y la vida comunitaria.

Desde la voz de Onesa Montenegro, esta historia muestra que una Comunidad Energética puede ser también una comunidad que lee, que juega, que produce, que se organiza y que cuida su territorio.

La luz que unió generaciones en Adelita de Char y Las Malvinas



Me llamo **Amanda Gómez**, tengo 21 años y soy estudiante de historia. Mis tardes las paso cuidando a mi tía, una mujer de 90 años que ha echado sus raíces aquí, en el barrio Adelita de Char, en Barranquilla. Para ella, el pasado siempre fue una lucha contra el costo de la vida. Recuerdo que la energía era tan cara que solo nos permitíamos encender el aire acondicionado en la noche, lo estrictamente necesario para poder dormir un poco. Nuestra casa siempre fue un refugio de sombras para evitar que el recibo de la luz nos quitara lo del sustento económico.

Mi tía ha pasado casi toda su vida asentada en este lugar, viendo cómo el barrio crecía a paso lento. Yo, como joven barranquillera, veo en mi ciudad una oportunidad para un futuro más prometedor. Mientras ella representa la sabiduría de quien ha resistido, yo busco las formas de mejorar su calidad de vida; por eso, ahora que la energía será más barata, soñamos con invertir esos ahorros en remodelar nuestra casa para que ella esté más cómoda en su vejez.

El cambio llegó de una forma que nos sorprendió a todos. El Gobierno del presidente Gustavo Petro invirtió más de 4.800 millones de pesos en un proyecto de "canchas solares" justo aquí, en nuestro sector. Lo que antes era un parque de pura piedra y arena, hoy es un espacio moderno con protección contra el sol. No solo se trata de deporte; estas canchas son en realidad pequeñas centrales que capturan la luz del día para aliviar el bolsillo de unas 100 familias de los barrios de Las Malvinas y Adelita de Char.



¡Ver la transformación ha sido increíble! Ahora paso por el parque y me sorprende ver ensayos de comparsas en el día; la gente se ha tomado el espacio para la recreación y el deporte porque ya no tienen que huirle al sol.

Mi tía mira por la ventana y sonríe. Ella, que vivió décadas bajo una luz costosa y escasa, ahora ve cómo su sobrina camina hacia un futuro donde la energía es para todos. En Adelita de Char, la historia ya no solo se lee en los libros; se escribe cada día bajo el brillo de estas nuevas canchas que nos devuelven la alegría de vivir en comunidad.

La cosecha de la luz en el campo del Valle del Cauca

En las montañas y llanuras del Valle del Cauca, donde la tierra es fértil y el trabajo nunca se detiene, la vida ha estado marcada por el esfuerzo constante. Aquí, cada jornada empieza temprano, cuando el sol apenas asoma, y durante años, también terminaba con él.

Belarmino Tenorio lo sabe bien. Su historia está hecha de trabajo, de disciplina y de una relación profunda con el campo. Como muchos en su territorio, aprendió a construir su vida con lo que tenía a la mano, adaptándose a las condiciones, incluso cuando estas no siempre eran favorables.



Porque hubo un tiempo en el que la energía no era constante. En zonas rurales, la electricidad llegaba con limitaciones, y con ella, también lo hacían las posibilidades. El día se organizaba alrededor de lo que alcanzaba a hacerse antes de que todo se apagara.

Pero el cambio comenzó a sentirse.

Con la llegada de soluciones de energía solar en distintas zonas rurales del departamento, muchas familias empezaron a vivir una transformación silenciosa pero profunda. Hoy, comunidades que antes dependían de velas o lámparas cuentan con electricidad limpia y continua, lo que mejora las condiciones de vida, el trabajo y la educación.

En un territorio que además se consolida como líder en energías renovables en Colombia, la apuesta por el sol no solo responde a una necesidad técnica, sino a una visión de futuro.

Y eso es lo que empieza a cambiarlo todo.

Para Belarmino, la energía además de ser un servicio esencial, es una herramienta. Una que permite aprovechar mejor el tiempo, fortalecer su trabajo y pensar en nuevas posibilidades para su familia y su entorno. Lo que antes se detenía, ahora continúa.



Hoy, cuando cae la noche en el Valle, ya no todo se apaga.

La luz permanece como una señal de avance, de dignidad y de transformación, y en medio de ese paisaje donde el campo sigue latiendo con fuerza, historias como la de Belarmino empiezan a contarse distinto.

Porque el futuro, cuando se ilumina, también se trabaja, y en este territorio, ya empezó a hacerse realidad.



Una luz ahora ilumina a quienes nunca dejaron de cuidar la vida

En lo profundo del departamento del Guaviare, allí donde la densidad del verde es abrumadora y el murmullo de la naturaleza se confunde con el latir de los corazones, se encuentra Puerto Cachicamo. Este municipio alejado, a cuatro horas de San José del Guaviare, ha sido testigo de historias que se entretajan en la penumbra, pero que ahora, gracias a un resplandor recién descubierto, están destinadas a brillar con un nuevo destello.

Por mucho tiempo, la energía ha sido esquivo en este territorio. **Calixto Rodríguez**, quien es conocido como el guardián de la salud porque es el único enfermero y propietario de la droguería en el territorio, es testigo de las inclemencias de un pueblo que contaba con menos de doce horas del servicio de energía.

“Acá, desde que yo llegué, siempre ha habido una planta, diésel.

Anteriormente, aquí nos daban un subsidio por Zonas No Interconectadas, pero hubo unos malos manejos y nos quitaron los subsidios”,

relata este hombre tranquilo, paciente y líder innato que, pese a la penumbra que por mucho tiempo permaneció en su tierra, ha sido portador de luz y vida a través de sus manos, protagonistas de la mayoría de nacimientos de la nueva generación de Puerto Cachicamo, tanto así que se atreve a decir que, más o menos, al 70% de los jóvenes menores de 20 años, les ha “mochado el ombligo”.

Y no es para menos, pues para llegar a un hospital se necesitan cuatro horas de camino, así que Calixto, sin dudarlo, ofrece sus conocimientos, brindando los primeros auxilios. Lo hace con tanto fervor que, antes de resolver sus asuntos personales, la prioridad en su diario vivir son sus vecinos, cueste lo que le cueste...

“

Hubo una vez un parto que casi me vale 9 millones de pesos. Yo era jurado de votación y resulta que, a las 6 de la mañana, llegó una chica con trabajo de parto y me tocó atenderla, pues no había cómo sacarla del municipio y ya estaba en un expulsivo. Entonces, yo tenía que estar en la sala de mesa de votación a las 7 de la mañana y, pues aquí con un chinito naciendo, pues yo atendí el partico. Después me llamaron a decirme que me tocaba pagar 9 millones de pesos por no haber asistido como jurado,

recordó este hombre que, además del pavor que tenía de ser acreedor de una sanción, tuvo que atender el nacimiento del niño con la escasez de la energía.

Afortunadamente, gracias a la intervención de la comunidad y con el argumento del suceso de una situación urgente, Calixto se salvó de la multa. Hoy el niño tiene más de un año y goza de buena salud.

Así como este hombre de 60 años ha sido testigo de la vida, hoy sus ojos y los de toda la comunidad pueden ver cómo la energía, por primera vez, no se escapa de Puerto Cachicamo. El Instituto de Planificación y Promoción de Soluciones Energéticas, bajo el liderazgo del Ministerio de Minas y Energía, implementó el sistema fotovoltaico centralizado de 120 kW que permite el suministro de energía eléctrica las 24 horas del día, fortaleciendo el desarrollo económico y social de más de 144 hogares del territorio. Para Calixto, la llegada de este sistema se convierte

en una evolución para su vida y su labor: “tantas cositas que hay acá de primeros auxilios. Entonces, eso sí me sirve, para mí es un gran beneficio y, pues bueno, cuando no esté trabajando, tengo mi televisor prendido y estoy mirando mis películas”.

Puerto Cachicamo está escribiendo una nueva historia, donde la energía de la gente es el hilo conductor de un futuro más brillante, convirtiéndose en un testimonio vivo de la resiliencia humana ante la oscuridad, un lugar donde la esperanza y el desarrollo florecen con el resplandor de la energía.



El futuro más allá del atardecer



En el corazón de Guainía, donde los ríos son caminos y la selva lo cubre todo, está Carpintero. Un territorio donde la distancia no se mide en kilómetros, sino en el tiempo que tarda la vida en llegar. Aquí, durante años, la noche caía con un peso distinto: no solo traía oscuridad, también detenía los días.

Johan Piñeros lo ha visto desde siempre. Creció entendiendo que en su comunidad todo dependía de la luz del sol. Las actividades terminaban temprano, las oportunidades también. No era una elección: era la única forma de vivir en un lugar históricamente aislado, donde la energía parecía una promesa lejana.



Pero incluso en medio de ese aislamiento, la vida nunca dejó de moverse. Las comunidades siguieron construyendo, enseñando, sembrando, resistiendo desde lo cotidiano, con la certeza de que su territorio tenía más para dar.

Y un día, la luz llegó para quedarse.

Con la instalación de una central energética basada en paneles solares, Carpintero empezó a transformarse. Por primera vez, la electricidad no dependía de unas pocas horas ni de condiciones inciertas: se volvió constante, diaria, parte de la vida. Un sistema híbrido con más de doscientos paneles permite hoy energía continua para la comunidad.

Lo que antes se apagaba al caer la tarde, ahora permanece. Las casas siguen encendidas, los espacios se amplían, el tiempo se estira. Pero el cambio más profundo no está solo en la luz: está en lo que esa luz permite imaginar.

Porque en Carpintero, como lo cuenta Johan, la energía no solo ilumina. Abre caminos. Hace posible estudiar de noche, fortalecer el trabajo comunitario, pensar en un futuro que antes parecía distante.

Y así, en medio de la selva y los ríos interminables, la historia empieza a escribirse de una forma distinta, no desde el abandono, sino desde la posibilidad.

Porque en lugares como este, donde todo parecía detenido, la transformación no llega haciendo ruido. Llega como llega la luz: en silencio, pero para quedarse.

La energía que le quitó la última palabra a la noche

En la frontera donde Colombia se abre hacia el horizonte infinito del Vichada, está Casuarito. Un lugar donde el viento levanta la tierra y el tiempo parece avanzar más lento, como si todo dependiera de la distancia. Durante años, aquí la vida estuvo marcada por una ausencia silenciosa: la de la energía.

Cuando caía la noche, el pueblo se apagaba. No había mucho más por hacer. Las jornadas terminaban temprano, los negocios también. La oscuridad no solo cubría las casas, también limitaba las posibilidades.

José Castillo creció entendiendo esa realidad. Comerciante en un territorio de frontera, aprendió a trabajar con lo que había, a sostener su oficio incluso cuando todo parecía restringido por el tiempo. Porque en Casuarito, vender, conservar productos o simplemente mantener un ritmo constante era un desafío diario.

Pero algo empezó a cambiar.

La llegada de una central de energía híbrida, con más de 800 paneles solares que capturan la intensidad del sol del Vichada, transformó la vida de la comunidad. Por primera vez, la energía dejó de ser intermitente para convertirse en una presencia constante, capaz de sostener el día y también la noche.

Lo que antes se detenía al anochecer, ahora continúa. Los comercios pueden mantenerse abiertos por más tiempo, los alimentos se conservan, las rutinas se amplían. Pero el cambio más profundo no está en lo visible, sino en lo posible.

Porque, como lo reconoce José, la energía no solo mejora el presente: abre un camino. Un impulso para el desarrollo, para el trabajo, para imaginar un futuro distinto en un territorio que durante décadas estuvo desconectado.

Hoy, en Casuarito, la noche ya no significa límite.

La luz permanece encendida como una señal de que algo cambió para siempre. Y en medio del polvo, del calor y de la frontera, el pueblo empieza a escribirse distinto: ya no desde la ausencia, sino desde la oportunidad.

Porque hay lugares donde la transformación no llega haciendo ruido.

Llega, simplemente, cuando por fin se enciende la luz.



Una luz para tejer el futuro



Las manos de **Dainy Luz Amaya** nunca han dejado de tejer historias. En la comunidad El Milagro, en Albania, La Guajira, cada manta y cada bordado representan la memoria, la dignidad y las raíces del pueblo Wayuu. Pero durante años, cuando llegaba la noche, la oscuridad obligaba a guardar las telas y apagar los sueños antes de tiempo. Sin energía, las jornadas terminaban temprano, pues continuar el trabajo artesanal después del atardecer era casi imposible.

En su hogar, las tradiciones siempre han ocupado un lugar esencial. Desde pequeña, Dainy aprendió junto a su mamá el arte de coser, bordar y crear mantas Wayuu, piezas que representan la identidad, la dignidad y la belleza de su cultura. Cada diseño guarda significados ancestrales y mantiene vivas las raíces de su comunidad. Sin embargo, continuar ese legado en medio de la oscuridad diaria era un desafío constante.

Todo comenzó a cambiar con la llegada de la energía a la comunidad. La luz transformó las rutinas familiares y abrió nuevas oportunidades para el emprendimiento que sostiene a su hogar. Las máquinas de coser comenzaron a funcionar durante más horas, permitiendo aumentar la producción de mantas y mochilas tejidas. Las noches dejaron de ser un límite y se convirtieron en tiempo para crear, aprender y compartir en familia.

Hoy, Dainy acompaña a su mamá en cada puntada y continúa fortaleciendo un oficio que ha pasado de generación en generación. La energía no solo iluminó su casa: también impulsó sus sueños, fortaleció su economía familiar y permitió preservar las tradiciones Wayuu desde el territorio.



Ahora, mientras las luces permanecen encendidas en El Milagro, las manos de esta familia siguen tejiendo historias, cultura y futuro para las nuevas generaciones.

La energía para sembrar memoria y cosechar futuro



En lo profundo de la selva del Guainía, donde el río es el único camino y el silencio tiene sonido propio, está Chatare. Llegar no es fácil: horas de navegación y luego una caminata entre árboles que parece no terminar nunca. Durante años, ese aislamiento no solo marcó la distancia, también definió la forma de vivir.

Isaac Gaitán ha sido testigo de ese tiempo lento. Maestro de la única escuela de la comunidad, enseña más que materias: enseña memoria. Entre cuadernos y relatos, transmite a sus estudiantes algo que no está en los libros: el valor del territorio, de las raíces y del cacao, ese fruto que ha resistido incluso cuando todo lo demás parecía fallar.

Porque en Chatare, el cacao no es solo cultivo, es herencia. Viene desde su abuelo, uno de los fundadores del lugar, quien lo sembró durante décadas como una forma de permanecer en medio de la selva. Y hoy, Isaac continúa esa historia, asegurándose de que no se pierda.

Pero hubo un tiempo en que todo se detenía demasiado pronto. Cuando caía la noche, la oscuridad imponía sus límites. No había cómo transformar lo que la tierra daba, ni cómo conservarlo. El esfuerzo quedaba a medias, como si siempre faltara algo. Hasta que llegó la luz.

La instalación de sistemas de energía solar cambió la vida en la comunidad. Por primera vez, la electricidad se volvió constante, permitiendo transformar el cacao, conservar los alimentos y ampliar las posibilidades de aprendizaje en la escuela.

Lo que antes era solo cosecha, ahora es un proceso y eso que terminaba al atardecer, ahora puede continuar.

En medio del cambio, Isaac sigue enseñando. Pero ahora sus palabras tienen otro alcance, ya no se trata de conservar lo que fueron, sino de construir lo que pueden llegar a ser.

En Chatare, la energía no solo encendió bombillos, encendió una historia que se estaba esperando.

Una donde la tradición no se pierde, sino que se transforma.
Donde el conocimiento ancestral y la tecnología caminan juntos.
Y donde, por primera vez en mucho tiempo, el futuro no se siente tan lejano.

Una isla que decidió no apagarse



Dayana Medrano Molina nació en Caño Ratón, en las Islas del Rosario. Creció en una familia de ocho hermanos, viendo de cerca el reto que significa ser mujer en un territorio donde, durante mucho tiempo, el embarazo temprano parecía el único destino posible. Mientras el mundo admiraba las Islas del Rosario como uno de los destinos turísticos más emblemáticos del Caribe colombiano, pocos conocían la realidad de las más de mil personas que habitan allí, una comunidad que por años vivió sin acceso permanente a agua potable, internet, servicios de salud y energía.

Antes, la única esperanza para iluminar las noches era una planta de diésel prestada por un vecino. Funcionaba apenas unas horas, hasta donde alcanzaba un combustible cada vez más costoso. Cuando llegó la pandemia, ese pequeño motor también se apagó y la comunidad quedó sumida en la oscuridad, una muestra más del abandono que durante décadas había enfrentado.

Pero Dayana decidió que su historia sería distinta. Impulsada por su familia y por el deseo de transformar el futuro de su comunidad, estudió Derecho gracias a una beca y, con apenas 22 años, asumió la representación legal del Consejo Comunitario de Orika.

No fue un camino sencillo. En un escenario tradicionalmente liderado por adultos, abrirse paso como una mujer joven significó enfrentar prejuicios y resistencias. Aun así, estaba convencida de que una comunidad que vive del turismo y de la pesca necesitaba una voz capaz de exigir condiciones dignas para su gente.

En 2020, el Consejo Comunitario presentó una solicitud al Instituto de Planificación y Promoción de Soluciones Energéticas (IPSE). Dayana apenas comenzaba su liderazgo cuando recibieron una noticia que pocos esperaban: el proyecto para llevar energía a la comunidad había sido aprobado.

El proceso no estuvo exento de obstáculos. Hubo momentos de incertidumbre, dificultades y largas gestiones. Sin embargo, su formación como abogada le permitió convertir la necesidad de la comunidad en una causa respaldada por la ley. A través de una acción de tutela y de una intensa movilización en medios de comunicación y redes sociales, logró que la realidad de Orika deje de ser invisible para el país.

Hoy, la llegada de la energía limpia está transformando la vida en Isla Grande. La comunidad ya no es ese lugar que se apagaba cuando el último turista abandonaba la isla.

Ahora participa activamente en la construcción de su propio desarrollo, desde la formulación de los proyectos hasta su ejecución.

Dayana reconoce que este cambio ha sido posible gracias al esfuerzo colectivo de quienes creyeron en el territorio y aportaron para hacerlo realidad. Su historia también demuestra que el liderazgo no depende de la edad, sino de la convicción. En Orika, la luz dejó de ser una promesa para convertirse en el reflejo de una comunidad que decidió escribir un futuro diferente.

La historia que empezó a moverse con el sol



La historia de **Diego González** se ha escrito en la playa de Guachalito; un conocedor de plantas y hombre de familia, su vida y la de su familia era un sacrificio constante antes de que el sol les diera su fuerza. Su padre iluminaba las noches con lámparas de petróleo y pescaba de esa misma manera. Para que la comida no se perdiera, les tocaba ahumar la carne y el pescado.

Luego llegaron unas plantas pequeñas de gasolina, y después máquinas de diésel que rugían muy fuerte. Eran motores que se dañaban rápido y el pago del petróleo era un peso enorme en el bolsillo. Solo teníamos luz de 4 a 5 horas al día; a las 10 u 11 de la noche, el mundo volvía a quedar en silencio y a oscuras.

Su vida es la caña y su orgullo es ser maestro vichero. La familia González ha crecido viendo cómo el viche es más que una bebida; es su herencia ancestral. Sin embargo, el proceso siempre fue lento y artesanal. Para sacar el jugo de la caña, podían durar un día entero moliendo a mano o usando esos ruidosos motores de diésel que contaminaban su paz. Dependían de eso para que el turista se "amañara" y para conservar lo producido.

A pesar de estar muy lejos de la ciudad, finalmente sienten que les están cumpliendo. Con el proyecto de la central híbrida en Guachalito, han recibido un beneficio que parece un milagro de la naturaleza. Ya no son solo cables; son 160 paneles solares que capturan la energía de arriba para que él pueda mover su trapiche. Ver esta planta innovadora en el pueblo les hace sentir que su tradición ahora tiene un aliado que no hace ruido y que respeta la selva.

Hoy, su destilería ha dado un salto hacia el futuro sin perder su alma. La llegada de esta energía limpia le ha permitido agilizar sus procesos: ahora usa un motor eléctrico para la molienda y dejó atrás el humo del diésel.

Diego asegura que *“Estoy muy feliz. Ver mi proyecto de viche crecer con energía que nace de la propia tierra es la mayor recompensa. En Guachalito, la caña ahora se muele con luz limpia, y el sabor de nuestra historia es más dulce que nunca”*.

El sabor de una tierra que volvió a encenderse



Con la llegada de la energía, el restaurante Son Delicias, un emprendimiento que nació del tesón de una mujer aguerrida, se convierte en una oportunidad para la generación de empleo en Barrancominas, Guainía.

En Barrancominas, territorio del departamento del Guainía que nació el 1 de diciembre de 2019 y se convirtió en el municipio 1.103 de Colombia, surgen historias de personas que, a pesar de la carencia en servicios públicos elementales y las fatídicas cicatrices que dejó la violencia, soñaron con salir adelante para seguir forjando un futuro en la tierra del sol naciente.

Uno de estos relatos de resiliencia es el de **Gladys Muñoz**, una mujer que fue criada en esta zona y que, desde muy pequeña, activó los ojos de la fe

para creer que las circunstancias que empañaban la paz de Barrancominas no determinaban su futuro ni el sueño de ser una constructora de desarrollo para la región. Por esta razón, ella se determinó a construir lo que tanto imaginó: un restaurante que, además de entregar lo mejor de su sazón en los diferentes platos, diera oportunidades de empleo para los habitantes del municipio.

“También inicié mi negocio porque, la verdad, no me gusta ser empleada y pues dije, me voy a venir y voy a sacar un préstamo en el banco y voy a montar algo propio. Aquí estoy con mi restaurante que se llama Son Delicias”, expresó Gladys con una sonrisa que refleja la satisfacción del deber cumplido. Aunque también ha sido un reto para ella, ya que los inicios no son fáciles y se unen al estrés de lograr una rentabilidad que, por un tiempo, se vio empañada por la carencia de la energía en el territorio.

“La energía era más apagada que prendida. Era un dilema, porque muchas veces me tocaba sacar una planta alquilada”, aseguró esta mujer que no se dejó vencer por la falta del servicio público y, más aún, porque en ella estaba la esperanza de que las cosas cambiarían en su territorio.

¡Y así fue! Como parte de la Transición Energética Justa y con el objetivo de llevar energía a las Zonas No Interconectadas de Colombia, el Instituto de Planificación y Promoción de Soluciones Energéticas, bajo el liderazgo del Ministerio de Minas y Energía, entregó oficialmente la central de energía híbrida en Barrancominas, Guainía, conformando así una nueva Comunidad Energética en el país que beneficia a 405 familias, quienes ahora cuentan con un suministro eléctrico continuo las 24 horas, contribuyendo al desarrollo social y económico de la región.

“Mejor dicho, la falta de energía era un dilema para todo, pero ya la vida es más fácil”,

dijo Gladys, quien ahora está generando más empleo en el territorio, gracias a su restaurante y a su empeño incansable de aportar al progreso de una tierra que tiempos atrás se sumergía en las tinieblas y hoy resplandece en la luz de la paz.

La energía para una generación que quiere llegar más lejos



En medio del azul profundo del Caribe, donde el viento y el mar marcan el ritmo de la vida, se levanta la Institución Educativa Islas del Rosario. Allí, entre aulas abiertas y miradas llenas de sueños, **Mauricio González Luna** lidera un propósito claro: que los jóvenes de la isla tengan un futuro que trascienda sus fronteras. Son cerca de 280 estudiantes, desde preescolar hasta grado once, los que cada día llegan a la escuela con la esperanza de construir un camino distinto. Durante años, ese camino ha estado lleno de retos.

En la isla, la energía eléctrica solo llegaba durante la noche, de seis de la tarde a seis de la mañana, todo debía adaptarse a ese horario: lavar, cargar un celular, ver televisión o simplemente tener luz. Durante el día, la desconexión era total. Para los estudiantes, esto significaba estudiar en

condiciones limitadas; hacer tareas sin ventilación suficiente, sin acceso constante a información, sin herramientas tecnológicas que en otros lugares son cotidianas.

Aun así, la escuela resistía, no solo eso: avanzaba. Mauricio lo dice con orgullo: ya hay primeros logros. Algunos jóvenes han logrado ingresar a la universidad, abriendo camino para los que vienen detrás. Y en las tardes, después de la jornada académica, los estudiantes de grados décimo y once se quedan voluntariamente a reforzar sus conocimientos, preparándose para las pruebas Saber.

No lo hacen por obligación, sino por convicción. El punto de inflexión llegó en diciembre pasado. Con la entrega del proyecto de energía solar, en un momento que contó con la presencia del presidente Gustavo Petro, la historia de la escuela y de la isla empezó a cambiar. Lo que antes era limitado comenzó a expandirse, lo que antes dependía de horarios empezó a fluir de manera constante. Por primera vez, la institución pudo contar con un sistema energético propio, continuo y sostenible. Los ventiladores empezaron a girar también en la jornada de la tarde, transformando el ambiente de aprendizaje. Las aulas se volvieron más cómodas, más habitables. Y con ello, creció también la motivación de los estudiantes. La energía no solo trajo bienestar físico, sino nuevas posibilidades.

Los jóvenes comenzaron a interesarse por la tecnología, por el uso eficiente de los recursos, por entender cómo funciona la energía que ahora alimenta su escuela. Uno de ellos ya dio el siguiente paso: hoy estudia ingeniería de sistemas, inspirado en estas nuevas oportunidades y con el sueño de aportar soluciones para su territorio. Pero el impacto va más allá de las aulas. La isla, que apuesta por un turismo sostenible y de bajo impacto, encuentra en la energía solar una aliada para su desarrollo. Desde guías turísticos hasta emprendimientos locales, la visión es clara: crecer sin perder la esencia, generar ingresos sin afectar el entorno. Mauricio lo resume en una sola palabra: progreso. Progreso para los estudiantes que hoy pueden aprender en mejores condiciones. Progreso para las familias que ven nuevas oportunidades. Progreso para una isla que avanza, iluminada no solo por el sol, sino por el futuro que está construyendo.

Cuando la energía se volvió comunidad



Lorenzo Rojas Rubianos camina su comunidad con la memoria clara de cómo eran las noches antes de la energía. Como Gobernador de Pueblo Nuevo, en el resguardo Emberá Dodibá, ha visto de cerca lo que significa vivir con lo justo: velas que se consumen rápido, lámparas que apenas alcanzan, y plantas eléctricas que dependen de un combustible que no siempre es fácil de conseguir.

Para él, la oscuridad no era solo la falta de luz, era tener que detener la vida cuando caía la noche. Era no poder conservar los alimentos, organizar el hogar con tranquilidad o compartir en comunidad sin limitaciones. Cada familia de cuatro, cinco o seis personas vivía esa misma realidad, donde iluminarse implicaba gastar y adaptarse constantemente, sabiendo las limitaciones y el estilo de vida que tienen las comunidades indígenas.

Por eso, cuando llegaron los paneles solares, Lorenzo no lo vio solo como un proyecto, lo entendió como un cambio profundo en la forma de vivir. La energía empezó a estar ahí, todos los días, sin interrupciones. Las plantas de energía dejaron de sonar, las velas dejaron de ser necesarias y la noche dejó de ser un límite.

Hoy, cuando habla de lo que más ha cambiado, la tecnología no es lo primero que menciona. Habla de la tranquilidad. De poder guardar los alimentos en una nevera, de ver a las familias más organizadas, de sentir que su comunidad puede aprovechar mejor su tiempo y sus recursos. La luz también trajo tranquilidad y permitió que las actividades continuaran después del atardecer, algo que antes parecía imposible.

Lorenzo lo dice con sencillez, pero con convicción: ahora viven distinto. Y ese “distinto” no es menor. Es vivir con más bienestar, con menos preocupaciones y con más posibilidades para todos. Porque en Pueblo Peña, la energía no llegó solo a las casas. Llegó a la comunidad entera, fortaleciendo lo que siempre ha sido su mayor riqueza: la vida compartida y sus tradiciones.



Donde antes había incertidumbre, hoy hay futuro



Soy **Adriana González**. Durante muchos años trabajé en la minería con incertidumbre, en Puerto Asís, Putumayo, este ha sido el sustento de mi familia, pero no siempre fue fácil, antes de la formalización, todo era más difícil; no había organización clara, la producción era limitada y siempre estaba esa preocupación de no poder crecer ni hacer las cosas como uno quisiera.

Siempre he pensado en mi familia y en mi comunidad. La minería no es solo mi trabajo, es lo que nos permite progresar y salir adelante, pero, cuando uno no está formalizado, siente que está estancado, que no puede avanzar, ni aportar todo lo que quisiera al territorio.

Después de años de lucha, de insistir y de no rendirme, logré recibir mi título de formalización y el contrato de concesión. Ese momento fue el más importante para mí, porque significó empezar de nuevo, pero esta vez haciendo las cosas bien y con tranquilidad.

Hoy puedo decir que la formalización cambió mi vida, ahora trabajamos de manera organizada, más segura, hemos mejorado la producción y

vemos más oportunidades de crecimiento. Pero más allá de eso, lo más valioso es poder trabajar tranquila, con la seguridad de que estoy haciendo las cosas correctamente.

La legalización ha sido lo mejor que nos ha pasado, porque no solo me beneficia a mí, sino a muchas personas que dependen de esta actividad. Esto nos permite aportar al desarrollo del territorio, generar oportunidades y servirle a la gente.

Hoy sigo trabajando con más compromiso que nunca, para mí, la minería con propósito es una forma de construir futuro y ahora sé que hacerlo de manera legal es el camino para lograrlo.

El murmullo del río también cuenta nuestra historia

Soy **Edwin Alexander Úsuga Taborda** y crecí viendo la minería desde niño, a orillas del río Cauca. Mi historia empezó acompañando a mi papá, que trabajaba en el barequeo. Yo salía del colegio y me iba directo a llevarle el almuerzo, pero me quedaba mirando, viendo cómo movía la batea, cómo separaba el material, cómo buscaba el oro. Ahí fue donde empezó todo para mí.

Desde los 10 años ya sabía lo que era encontrar oro, poco a poco fui aprendiendo la técnica, entendiendo el río, el terreno y el trabajo. La minería se volvió parte de mi vida. Crecí haciéndolo todo; barequeo, catanguero, perforaciones, aprendiendo desde abajo, como nos toca a muchos.

Pero no todo ha sido fácil, con el tiempo empezaron a llegar grandes empresas, y eso trajo muchas dificultades. Había momentos en los que uno sentía que todo el esfuerzo se perdía, túneles que nos habían tomado hasta un año construir, de un momento a otro se veían afectados o intervenidos. Eso golpea, porque detrás de cada túnel hay trabajo, tiempo y el sustento de una familia.

Por eso también asumí un rol como vocero. Sentía que alguien tenía que hablar, representar a los pequeños mineros, defender este oficio que es el sustento de tantas personas. No era solo por mí, era por todos los que han vivido de esto desde siempre.

Con el tiempo, empezamos a ver que había otro camino: la formalización, al principio no fue fácil entenderlo, pero poco a poco nos dimos cuenta de que era la manera de organizarnos, de tener reglas claras y de poder trabajar con estabilidad.

Hoy la minería es diferente, hay más orden, más control y más conciencia. Ya no usamos mercurio, trabajamos de una forma más responsable con

el medio ambiente y con nosotros mismos. Y eso también es un cambio importante, porque entendimos que este trabajo tiene que ser sostenible.

La formalización no solo cambió mi vida, cambió la de muchos, hoy somos más de 400 beneficiarios que hacemos parte de este proceso. Familias enteras que ahora tienen una visión distinta, más estable, más organizada.

Yo, sigo siendo ese niño que miraba a su papá trabajar en el río, pero ahora con más experiencia, más responsabilidad y otra forma de ver la minería. Entendí que sí se puede hacer bien, que sí se puede avanzar, y que cuando uno se organiza, no solo protege su trabajo, también protege su futuro.



La oportunidad que tardó 27 años en llegar



Soy **Flor Alicia Acero Colmenares**, minera de Jericó, Boyacá. Llevo más de 20 años trabajando con el carbón, un oficio que no solo me ha dado sustento, sino que también ha sido parte de mi vida y de mi historia desde finales de los años noventa.

En este territorio, la minería es una de las principales formas de salir adelante, aquí muchas familias vivimos de esto, y en mi caso, siempre ha sido el motor de mi hogar. Pero no ha sido un camino fácil, durante años trabajé con muchas dificultades, tratando de hacer las cosas bien, pero sin las condiciones óptimas para crecer ni para sentir tranquilidad.

Fueron casi 27 años buscando una oportunidad real de formalizar mi trabajo, años tocando puertas, haciendo trámites, insistiendo, esperando respuestas hasta que al fin lo logré. Hubo momentos duros, incluso procesos que no salieron como esperaba, pero nunca dejé de creer que podía lograrlo. Sabía que formalizarme no era solo por mí, sino por mi familia, por mi comunidad y por todas las personas que dependen de esta actividad.

Recuerdo que en 2018 inicié formalmente el proceso para regularizar mi labor minera, con acompañamiento institucional. Desde ahí, empezó un camino largo, lleno de aprendizajes, pero también de paciencia.

El momento más importante llegó cuando logré firmar mi contrato de concesión como titular minera para la explotación de carbón metalúrgico en Jericó, mi pueblo. Ese paso significó que, después de tantos años, ya no estaba esperando una oportunidad: ya la tenía en mis manos. Hoy cuento con un título minero propio, con una proyección de largo plazo y la posibilidad de trabajar de manera legal y organizada.

La formalización no es solo un documento. Para mí ha significado dignidad. Es poder decir que lo que hago lo hago bien, con reglas claras, con responsabilidad y pensando en el futuro.

Claro, el proceso no ha sido perfecto. Como muchos pequeños mineros, también he enfrentado retos incluso después de formalizarme, especialmente en temas de comercialización y trámites necesarios para operar plenamente. Pero, aun así, el cambio es enorme. Ya no estoy en el mismo punto de antes.

Hoy mi trabajo tiene otra mirada. Hay más organización, más proyección y más oportunidades. Ya no es solo el día a día: es pensar en crecer, en generar empleo, en aportar al desarrollo de mi territorio.

Para mí, la minería con propósito es una forma de vida y la formalización es el camino para hacerla sostenible, para que lo que construimos hoy también les sirva a las futuras generaciones.

Después de tantos años de lucha, puedo decir que todo esto valió la pena. Porque cuando uno logra hacer las cosas bien, no solo mejora su vida, también mejora la vida de quienes están alrededor.



Donde el legado encontró un nuevo camino

Yo soy **Henry Mosquera Rentería**, minero de Nóvita, Chocó. Vengo de una familia minera, de esas en las que el oficio no se aprende en un salón, sino observando y haciendo. Desde niño crecí viendo a mis padres trabajar con la batea, metidos en el agua, sacando el material, separando el metal y vendiéndolo para sostener el hogar.

Así era nuestra minería: completamente artesanal, hecha con las manos, con el conocimiento heredado de generación en generación y con mucho esfuerzo. Para nosotros, este oficio siempre ha sido más que un trabajo; es la forma en la que hemos vivido durante toda la vida.

Pero con el tiempo empezaron las dificultades. Al no estar formalizados, ejercer la minería se volvió cada vez más complejo. Había incertidumbre, falta de garantías y muchas barreras que no nos permitían avanzar. Uno sentía que, aunque sabía trabajar, no tenía las herramientas ni las oportunidades para crecer.

Fueron años difíciles, en los que mantenerse en la actividad significaba resistir. Resistir los cambios, las limitaciones y la sensación de estar haciendo las cosas sin el respaldo necesario, casi improvisando.

Todo empezó a cambiar cuando surgió la posibilidad de formalizarnos, con el acompañamiento de entidades como la Agencia Nacional de Minería. Al principio fue un proceso nuevo, lleno de aprendizajes, pero poco a poco entendimos que ese era el camino.

Hoy puedo decir que la formalización nos ha traído beneficios reales. Uno de los más importantes ha sido la seguridad social. Saber que nuestro trabajo ahora también nos protege y que tenemos acceso a condiciones más dignas cambia por completo la manera en que vivimos este oficio.

Además, se nos han abierto nuevas puertas. Hoy hay más oportunidades, más organización y más posibilidades de crecer, tanto como mineros como comunidad. Ya no se trata solo de trabajar para el día a día; ahora también podemos pensar en el futuro.

La minería sigue siendo parte de lo que somos, pero hoy la vivimos de una manera diferente: con más responsabilidad, más organización y una visión más amplia de todo lo que podemos lograr.

Y lo más importante es que este cambio no ha sido solo para mí. También lo ha sido para mi familia, para otras familias mineras y para todo el municipio de Nóvita. Porque cuando se hace minería con propósito, también se contribuye al desarrollo del territorio.

Sigo trabajando como me enseñaron mis padres, pero ahora con algo que antes no tenía: la tranquilidad de saber que vamos por el camino correcto.



El sueño que aprendió a esperar



Soy **José Edgar Sánchez**, minero de Sativanorte, Boyacá. Llevo 14 años detrás de un mismo sueño: poder formalizar mi trabajo y hacer minería de manera legal, tranquila y con futuro.

No ha sido un camino fácil. Han sido años de insistir, de preguntar, de hacer trámites y de esperar respuestas que muchas veces no llegaban. En todo este tiempo hubo momentos en los que pensé que no lo iba a lograr, pero nunca dejé de intentarlo. Porque para mí, la minería no es solo un trabajo; es el sustento de mi familia y de muchas otras personas.

Aquí, en el territorio, de esta actividad dependen muchas vidas. En mi caso, alrededor de 80 personas se benefician directa e indirectamente de lo que hacemos. Por eso, cada esfuerzo que uno hace no es solo por uno mismo, sino por todos.

Recuerdo muy bien el 20 de marzo. Ese día significó un antes y un después en mi vida. Después de 14 años de lucha, me convertí en el primer minero en lograr un contrato de formalización asociado al Banco de Áreas. Cuando me dieron la noticia, no pude contenerme: lloré.

Lloré porque fueron muchos años esperando ese momento. Lloré por todo lo que significaba: la tranquilidad, la estabilidad y la oportunidad de hacer las cosas bien. Fue como quitarme un peso de encima, como empezar de nuevo, pero esta vez con respaldo.

Hoy mi vida es diferente. La formalización me dio orden, me dio claridad y me dio esperanza. Ahora puedo trabajar con más seguridad, con una visión de largo plazo y con la certeza de que lo que estoy haciendo es correcto, sostenible y seguro.

Pero lo más importante es que este logro no es solo mío. Es de mi familia, de las personas que trabajan conmigo y de toda una comunidad que también sueña, como yo, con salir adelante a través de una minería bien hecha.

Yo sigo trabajando como siempre, pero ahora con una tranquilidad que no tenía antes. Porque, después de tantos años, por fin puedo decir que lo logré. Y sí, todavía se me hace un nudo en la garganta cuando lo pienso.



Cuando miles de sueños encontraron el mismo camino

Soy **José Elio Corrales** y represento a ASOMACHOC (Asociación de Mineros Agroambientales del Chocó), una asociación que reúne a miles de mineros en el departamento. Mi historia no es solo mía, es la historia de todo un territorio que ha vivido de la minería por generaciones.

En Chocó, la minería no es una opción: es la base de la vida. Aquí, cerca del 82 % de la población depende de esta actividad para subsistir. Por eso, hablar de minería es hablar de familias, de comunidades enteras y de un modo de vida heredado de nuestros antepasados.

Durante años trabajamos en medio de muchas dificultades. La falta de formalización hacía que todo fuera más complejo: no había garantías, no había estabilidad y, muchas veces, tampoco reconocimiento. Aun así, la gente seguía trabajando, porque de esta actividad depende todo.

Nuestro proceso de formalización no fue corto. Fueron 16 años de lucha, de insistir, de organizarnos como asociación, de tocar puertas y de no rendirnos. Sabíamos que lograrlo no solo iba a cambiar nuestras vidas, sino también las de miles de personas. Y así fue.

Hoy podemos decir que hemos avanzado en cinco municipios del Chocó: Atrato, Lloró, Yuto, Quibdó, Medio Atrato y Río Quito. Este proceso ha permitido beneficiar a cerca de 7.400 mineros, hombres y mujeres que hoy pueden trabajar de una manera diferente.

La formalización nos dio algo que antes no teníamos: tranquilidad. Poder trabajar sin miedo, con reglas claras, con acompañamiento y con seguridad nos permitió organizarnos mejor, fortalecer la actividad y proyectarnos hacia el futuro.

Pero, más allá de lo técnico, lo que realmente cambió fue la vida de la gente. Hoy hay más estabilidad, más oportunidades y una visión distinta de lo que significa ser minero en el Chocó.

Para mí, como representante, lo más valioso es ver ese cambio en las comunidades. Ver cómo las personas recuperan la esperanza, cómo se sienten parte de un proceso y cómo entienden que sí es posible hacer las cosas bien.

Esto no ha sido fácil, pero ha valido la pena. Porque, cuando la minería se formaliza, no solo se ordena una actividad: se transforma todo un territorio.



El camino que aprendió a sostener el futuro

Soy **José Luis Saldana Rieta**, minero de Apartadó, Antioquia. Mi historia en la minería ha estado ligada al trabajo con gravas y arenas, una actividad que durante años ha sido el sustento de mi familia y de muchas otras en el territorio.

Desde 2012 inicié el proceso de legalización. En ese momento no imaginaba lo largo que iba a ser el camino. Han sido años de insistir, de hacer trámites, de aprender y de no rendirme, incluso cuando las cosas parecían no avanzar.

Porque, cuando uno depende de este trabajo, no puede simplemente parar. Hay familias detrás, hay responsabilidades, hay un día a día que seguir sosteniendo. En mi caso, alrededor de 20 familias se benefician directa e indirectamente de esta actividad, y eso hace que cada esfuerzo tenga aún más sentido.

Antes de la formalización, todo era incierto. No había claridad, ni estabilidad, ni muchas garantías para proyectarse hacia el futuro. Uno trabajaba, sí, pero sin la tranquilidad de estar haciendo las cosas con respaldo.

El proceso no ha sido fácil, pero ha valido la pena. Poco a poco he visto cómo la legalización va abriendo camino, cómo el trabajo se va organizando y cómo empiezan a aparecer nuevas oportunidades.

Hoy miro hacia atrás y entiendo que cada año de lucha fue necesario. La formalización no solo representa un título; representa la posibilidad de hacer las cosas bien, de trabajar con orden y de construir algo que pueda sostenerse en el tiempo.

Para mí, lo más importante es la estabilidad que esto trae. Poder trabajar con tranquilidad, saber que estoy avanzando por el camino correcto y que lo que hago también aporta al desarrollo del territorio.

Sigo en este proceso con la misma convicción con la que empecé: que la minería bien hecha sí puede transformar vidas. No solo la mía, sino también la de todas las familias que dependen de este trabajo.



El niño que volvió con el futuro entre las manos

Soy **Luis Ángel Lozano Rivas**, minero de Nóvita, Chocó. Vengo de una familia minera, de esas en las que uno aprende viendo a los mayores trabajar con la batea, en el río, con paciencia y conocimiento. Así crecimos nosotros.

Desde muy pequeño empecé a acercarme a este oficio. Tenía unos siete años cuando, después de salir del colegio, me iba para la mina. Era algo normal en ese entonces: estudiar en la mañana y, en la tarde, acompañar a la familia y aprender, poco a poco, cómo se hacía el trabajo. Así crecimos los niños aquí, entre el estudio y la minería.

Con los años fui entendiendo mejor el oficio. La minería se volvió parte de mi vida, no solo como trabajo, sino también como herencia. Pero también fui viendo las dificultades. Trabajar sin formalización hacía que todo fuera más complicado: no había estabilidad, ni una organización clara, ni muchas oportunidades para avanzar.

Aun así, nunca dejamos de trabajar. Porque de esta actividad depende la vida de muchas familias.

El cambio llegó con la formalización. Cuando obtuve mi título minero, sentí que todo empezaba a tomar otro rumbo. No fue solo un documento; fue un cambio profundo en nuestra forma de trabajar.

Hoy todo es más organizado. Hay más claridad en lo que hacemos, en cómo lo hacemos y hacia dónde vamos. La operación es distinta, más estructurada, con mejores condiciones y con una visión de futuro.

También hemos sentido el acompañamiento. El Gobierno y entidades como la Agencia Nacional de Minería han sido fundamentales en este proceso, porque han ayudado a que los pequeños mineros tengan más oportunidades, a que podamos hacer las cosas bien y seguir creciendo.

Ahora trabajo con otra tranquilidad. Siento que lo que hago tiene respaldo, que estoy construyendo algo más estable para mi familia y que este oficio, que aprendí desde niño, puede tener un futuro mejor.

Sigo siendo ese niño que iba a la mina después del colegio, pero ahora con más experiencia y con una certeza: que la formalización sí cambia la vida.





La luz que nació en el socavón

Soy **Sergio Alberto Valencia Guevara**, minero tradicional de Marmato, Caldas. Llevo 16 años trabajando aquí. Actualmente estoy en la mina San Pedro, en todo el socavón, como decimos nosotros. Este ha sido mi oficio, el que me ha permitido sostener a mi familia y salir adelante en un municipio donde la minería es parte de la vida misma.

Trabajar dentro de la mina no es fácil. Son jornadas extenuantes, en condiciones exigentes, donde cada día implica esfuerzo y disciplina. Pero uno lo hace porque sabe que de ahí depende todo: la casa, la comida y el bienestar de los suyos.

Durante mucho tiempo, como muchos mineros tradicionales de Marmato, trabajamos sin las condiciones que realmente necesitábamos para crecer. Había conocimiento, había experiencia, pero faltaban oportunidades para organizarnos mejor, tener más garantías y proyectar nuestro trabajo a largo plazo.

En el cerro El Burro, donde muchos de nosotros desarrollamos nuestra actividad, la minería ha sido, históricamente, el sustento de cientos de familias. Sin embargo, también ha sido un camino difícil, lleno de retos y de incertidumbre.



Por eso, cuando empezamos a ver un interés real por la formalización, sentimos que algo podía cambiar. La llegada de entidades como la Agencia Nacional de Minería ha sido clave en este proceso. No ha sido un cambio de un día para otro, ni ha sido fácil, pero, poco a poco, hemos ido avanzando.

Hoy puedo decir que hay un camino. Que ya no estamos solos. Que contamos con acompañamiento, herramientas y una intención clara de fortalecer la pequeña minería. Gracias a ese proceso, más de 116 familias del territorio pueden verse beneficiadas, y eso cambia por completo la forma en que uno mira el futuro.

Para mí, lo más importante es la esperanza que ha nacido de todo este proceso. Saber que podemos trabajar mejor, de una manera más organizada, con respaldo y con la certeza de que lo que hacemos tiene un valor reconocido.

La formalización no solo mejora el trabajo; también mejora la vida. Nos permite pensar en crecer, imaginar un futuro mejor, hacer las cosas bien y dejarles algo más estable a nuestras familias.



Yo sigo trabajando todos los días, como lo he hecho durante años. Pero ahora lo hago con otra mentalidad, con la tranquilidad de saber que el esfuerzo de hoy puede construir un mejor mañana para los míos y para toda la comunidad minera de Marmato.

El oficio que dejó de ser invisible

Soy **Miguel Antonio Holguín Vidales** y represento a la sociedad minera Los Gómez, en Buriticá, Antioquia, una comunidad donde la minería no es solo un trabajo: es una herencia que pasa de generación en generación.

Aquí crecimos viendo a nuestros mayores trabajar con lo que había: batea, pala y mucho esfuerzo. Así empezó todo. Era una minería completamente artesanal, hecha con las manos, con sacrificio, con paciencia y con la esperanza de sacar lo suficiente para sostener a la familia. En ese entonces no había muchas opciones, y la minería era nuestra forma de vivir.

Con el tiempo, las cosas fueron cambiando. La minería en Buriticá evolucionó: llegaron nuevas formas de trabajo, más organización y más conocimiento. Pero, para nosotros, los pequeños mineros, el camino no fue fácil. Durante más de 15 años buscamos la manera de formalizarnos, de poder trabajar de forma legal, sin miedo y sin escondernos.

Y es que, en un territorio como este, donde históricamente ha habido informalidad y muchas dificultades sociales, formalizarse no es solo un trámite: es una lucha. Muchos mineros tradicionales hemos tenido que resistir, insistir y adaptarnos en medio de grandes cambios para la minería del municipio.

Hoy represento a una sociedad conformada por cerca de 100 mineros activos. No es solo mi historia; es la historia de muchas familias que dependen de esta actividad. Detrás de cada uno de nosotros hay un hogar, una necesidad y un sueño de salir adelante.

El momento en que empezamos a avanzar en la formalización marcó un antes y un después. Pasar de una minería artesanal e informal a una minería organizada, con acompañamiento y dentro de la legalidad, cambió nuestra manera de ver el futuro.

Ahora el trabajo tiene otro sentido. Ya no se trata solo del día a día, sino de construir algo que pueda sostenerse en el tiempo. Hay más orden, más claridad y más oportunidades para crecer. También entendimos la importancia de hacer las cosas bien, de cuidar el entorno y de trabajar con responsabilidad.

Para mí, lo más importante de este proceso ha sido la tranquilidad. Poder decir que estamos haciendo las cosas correctamente, que aportamos al desarrollo del territorio y que no estamos solos en este camino.

La formalización nos devolvió la dignidad. Nos permitió dejar de ser casi invisibles y empezar a ser reconocidos por lo que somos: mineros que quieren hacer las cosas bien.

Hoy seguimos adelante, con más aprendizaje y más compromiso. Porque, si algo tengo claro, es que la minería con propósito no solo transforma la vida de una persona, sino la de toda una comunidad.



El cuaderno que abrió un futuro

En el municipio de Uribia, corazón del departamento de La Guajira, el sol no espera a nadie. Tampoco espera **Yolisaida Carrillo, madre de Geilimar y Jeider José**, quien a las cinco de la mañana ya recorre las calles polvorientas empujando su carrito de comida ambulante. Vende chorizos y alitas picantes con una sonrisa que esconde el cansancio de un día que aún no ha terminado, porque Yolisaida no regresará a casa sino hasta las tres de la madrugada.

Esta familia de tres es un retrato de resiliencia y de escasez al mismo tiempo. Yolisaida es madre cabeza de hogar para quien no hay un segundo ingreso, no hay una red de apoyo económico sólida. Cada peso que entra, sale en arriendo, alimentación, servicios y transporte. En ese equilibrio frágil y cotidiano, los útiles escolares —cuadernos, lápices, una maleta decente— eran un lujo que sencillamente no cabía en el presupuesto mensual.

“Hay meses en que tengo que escoger entre pagar el servicio de agua o comprarles lo que necesitan para el colegio. Eso me parte el alma, porque yo sé lo importante que es el estudio para ellos.”

Geilimar, con 17 años y una determinación que supera su edad, llegaba al colegio Alfonso López con cuadernos prestados, hojas sueltas y un esfero que se compartía con su hermano Jeider José de 15 años, quien aunque todavía no sabe con certeza qué quiere estudiar, tiene claro algo fundamental: que la educación es el único camino que su familia puede tomar hacia una vida mejor.

La falta de materiales escolares no es solo un problema logístico: es una barrera emocional y académica que golpea la autoestima de los niños y jóvenes. Geilimar lo vivió en carne propia. Tomar apuntes en hojas arrugadas, no tener con qué organizar sus aprendizajes, sentir vergüenza cuando la profesora pedía presentar los cuadernos... todo eso pesaba en silencio sobre su ánimo y su rendimiento.

A pesar de todo, ella no abandonó su sueño. Quiere ser ingeniera de sistemas, y por eso, además de las clases regulares de grado undécimo, toma cursos extracurriculares de tecnología en su misma institución. Necesita tomar notas, necesita organizar sus apuntes, necesita herramientas. Sin ellas, el sueño seguía siendo eso: un sueño lejano.

Fue un día como otro en el Alfonso López, hasta que no lo fue más. La Agencia Nacional de Hidrocarburos, en el marco de su programa de responsabilidad social con los municipios de los territorios donde opera, llegó hasta Uribia con una promesa concreta: kits escolares para los estudiantes que más los necesitaban.

Geilimar recibió su kit con una mezcla de sorpresa e incredulidad. Adentro encontró una maleta resistente, siete cuadernos, un termo, una caja de colores, una cartuchera, cartulinas, lápices, esferos, borradores, reglas y escuadras. Todo lo que una estudiante de bachillerato necesita. Todo lo que ella no había podido tener.

“Cuando abrí la maleta y vi todo lo que había adentro, sentí que alguien sí nos estaba viendo. Que no éramos invisibles. Ese día llegué a la casa llorando de alegría y mi mamá también lloró”.

Para Yolisaida, la noticia fue un alivio que no supo cómo agradecer. El dinero que habría necesitado para comprar esos materiales sirvió para cubrir otros gastos urgentes del hogar: la alimentación de la semana, el pago de servicios, los pasajes del colegio.



El cambio fue inmediato y profundo. Con sus siete cuadernos, Geilimar organizó por primera vez en el año escolar cada una de sus materias: Matemáticas, Español, Ciencias, Historia, Inglés, Informática y un cuaderno adicional que reservó para sus apuntes de los cursos extracurriculares de sistemas. Tener un espacio propio para cada conocimiento fue, en sus palabras, "como tener orden por primera vez en la cabeza".

La cartuchera con lápices, esferos y borradores le dio autonomía: ya no tenía que pedirle prestado a nadie, no tenía que interrumpir su concentración buscando con quién compartir un bolígrafo. Las reglas y escuadras, herramientas que ella nunca había tenido, le permitieron hacer con precisión los diagramas y esquemas que exigen los cursos de tecnología. La caja de colores y las cartulinas le abrieron la puerta a presentaciones más creativas y completas.

Pero quizás el impacto más visible fue en su actitud. Geilimar llegó al colegio con la maleta nueva al hombro y algo cambió en su porte, en su seguridad. Sus compañeros lo notaron. Sus profesores también. Una estudiante que ya era brillante comenzó a brillar con más fuerza.

"El kit no me dio solo útiles. Me dio confianza. Me sentí igual que mis compañeros, y eso hace una diferencia enorme cuando uno está en un salón de clases".

Jeider José, su hermano, también recibió su kit y la transformación en él fue notoria. El joven que pasaba las tardes jugando fútbol en las canchas de tierra del barrio, llegó al estudio con renovado entusiasmo. Por primera vez habló con su hermana sobre qué carrera le podría gustar. La semilla del proyecto de vida empezó a germinar.

Para Yolisaida, el kit escolar representó un alivio económico concreto y medible. Estima que los materiales incluidos en los kits de sus dos hijos habrían costado, en el mercado local de Uribí, entre 150.000 y 180.000 pesos por niño. Un total que supera los 300.000 pesos que, en un mes difícil, puede significar la diferencia entre poner una olla de comida completa o no.

Con ese dinero liberado, Yolisaida pudo abastecerse mejor de insumos para su puesto de comida ambulante: más chorizos, más alitas, mejor sazón. Un pequeño capital de trabajo que le permitió vender un poco más y atender mejor a sus clientes habituales. Su sueño de tener algún día un negocio estable y propio sigue vivo, y estas pequeñas victorias lo alimentan.

“No es solo un kit. Es saber que alguien se preocupó por mis hijos cuando yo no podía. Eso no tiene precio, pero también tiene un valor real que yo siento en mi bolsillo cada mes”.



Geilimar Urdaneta sigue estudiando en la institución educativa Alfonso López. Este año, el último de bachillerato, es crucial para ella: sueña con presentar las pruebas Saber 11 con el mejor puntaje posible y acceder a una beca o un crédito condonable del ICETEX para estudiar Ingeniería de Sistemas en una universidad pública.

Sus cuadernos están llenos de apuntes ordenados, de esquemas en regla, de ideas subrayadas con diferentes colores. Su cartuchera sigue completa. Su maleta, bien cargada. Y en su corazón, la certeza de que el futuro se construye exactamente así: con

pasos pequeños, con herramientas concretas, con el apoyo de quienes deciden ver a los que la vida ha puesto en condición de vulnerabilidad.

“Quiero ser ingeniera para ayudar a mi mamá, para que ella no tenga que madrugar tanto, para que tengamos una casa propia. Yo sé que puedo lograrlo. Ahora sé que no estoy sola en ese camino”.

La historia de Geilimar es la historia de miles de jóvenes en La Guajira y en los municipios petroleros y gasíferos de Colombia: territorios donde la riqueza del subsuelo no siempre se traduce en oportunidades para sus habitantes. La Agencia Nacional de Hidrocarburos, con iniciativas como los kits escolares, está poniendo a rodar una cadena de dignidad que empieza con una maleta y un cuaderno, y puede terminar con una profesional que transforma su familia, su comunidad y su región.



Cuando la educación no encuentra barreras



En un hogar humilde de La Guajira, **Fernanda Martínez** de 11 años crece rodeada de amor y determinación. Su familia, cinco personas unidas por lazos inquebrantables y por la convicción compartida de que la educación es el camino para un futuro mejor.



Su madre, Libenys Valencia, de 37 años, es ama de casa, teje mochilas, practica el croché y el punto de cruz, convirtiendo sus manos en una fuente de ingresos extra en el hogar. En un buen mes puede llegar a hacerse hasta 300.000 pesos, cifra que, aunque pequeña frente a las necesidades del hogar, lleva consigo toda la dignidad de quien trabaja con amor.

Su padre, Alex Martínez, ingeniero de sistemas de 50 años, lleva dos años buscando una oportunidad en su campo profesional sin éxito, por lo que ha tenido que realizar otras actividades como la prestación del servicio de transporte informal y acarreo, aportando lo que puede a una canasta familiar que mes a mes exige cerca de tres millones de pesos.

Su hermana Alejandra Isabella, de 15 años, cursa grado 11 con la mirada puesta en la medicina. Su hermano José Ulises, el mayor, con 18 años estudia ingeniería de sistemas en la Universidad de La Guajira en Riohacha, pero la distancia no es solo geográfica: la familia no puede costear su sostenimiento, por lo que vive con su abuelita Clara Martínez, quien asume los gastos de su nieto para aliviar, aunque sea un poco, la carga de sus padres.

Fernanda nació con artrogriposis múltiple congénita (AMC), una condición que produce contracturas articulares rígidas desde el nacimiento, afectando en su caso principalmente la movilidad de sus piernas. Desde que tiene memoria, una silla de ruedas ha sido su compañera de vida, el vehículo desde el que ha explorado el mundo, hecho amigos y construido sueños.

Pero quien espera encontrar en Fernanda una niña opacada por su condición se lleva la más grata de las sorpresas. Fernanda es luminosa, es de las estudiantes que sus maestros recuerdan por su dedicación, y de las compañeras que sus amigos buscan por su alegría contagiosa. Asiste puntualmente a sus controles médicos, y su familia guarda la esperanza de que con cirugías futuras pueda llegar a caminar. Pero mientras ese día llega, ella no espera: estudia, sueña y avanza.

“Quisiera ser psicóloga o arquitecta. Sé que lo voy a lograr porque mis papás siempre me apoyan y porque estudiar es la manera de salir adelante.”

En el contexto de una familia donde cada peso cuenta, los útiles escolares representan un rubro que puede desestabilizar la economía mensual. Para los Martínez, la llegada del año escolar no era solo motivo de entusiasmo: era también una fuente de ansiedad silenciosa. ¿Cómo costear los cuadernos, la mochila, los colores, los lápices, las cartulinas? ¿Cómo garantizar que Fernanda llegara al salón de clases con todo lo necesario para aprender en igualdad de condiciones?

Libenys recuerda con particular nitidez un detalle que parece pequeño pero que resume mejor que nada la situación: el jugo de Fernanda. Sin un recipiente apropiado, su madre le enviaba las bebidas en bolsas plásticas o vasos desechables. Inevitablemente, esos recipientes se volcaban dentro de la mochila, mojando cuadernos y dañando materiales que ya de por sí escaseaban. Era una imagen cotidiana, menor en apariencia, pero que encerraba toda la fragilidad de una economía familiar al límite.

Fue en ese contexto de esfuerzo y escasez cuando la Agencia Nacional de Hidrocarburos llegó al municipio de Manaure en el departamento de La Guajira, con una iniciativa que, para muchas familias como la de Fernanda, marcó un antes y un después. El programa de kits escolares, diseñado para llegar a los niños más vulnerables de los territorios donde opera la ANH, puso en manos de Fernanda un conjunto completo de herramientas para su vida académica: una mochila resistente, siete cuadernos, un termo, una caja de colores, una cartuchera, cartulinas, lápices, bolígrafos, borradores, reglas y escuadras.

Ese día, Fernanda estaba radiante. La emocionó cada uno de los elementos del kit, pero fue el termo el que la hizo brillar con más fuerza. “*Ese termo le cambió los días en el colegio*”, cuenta Libenys con voz entrecortada por la gratitud. Ya no más bolsas que se derraman, ya no más cuadernos mojados, ya no más preocupación por un detalle que, para otros, podría parecer trivial, pero que para esta familia significaba una pequeña batalla más en una guerra cotidiana de recursos limitados.

“Ese día Fernanda llegó a casa feliz, abrazando su mochila como si fuera un tesoro. Para mí, como mamá, verla así no tiene precio.”

El kit escolar de la ANH representó para la familia Martínez Valencia un respiro económico concreto y medible. Los kits completos de útiles escolares pueden superar fácilmente los 150.000 a 200.000 pesos en el mercado, una cifra que para este hogar equivale a más de la mitad de los ingresos mensuales generados por las manualidades de Libenys. Al recibir el kit, esa carga desapareció, y ese dinero pudo destinarse a otros gastos urgentes del hogar.

Pero el impacto fue mucho más allá de lo económico. Fernanda llegó a clases ese año con los mismos materiales que cualquier otro niño. Con una mochila nueva que se acomodaba bien en su silla de ruedas, con cuadernos limpios, secos y suficientes, con colores que le permiten expresar su creatividad e instrumentos de geometría para aprender con precisión. La equidad, ese principio que tanto se invoca y tan poco se practica, se hizo tangible ese día en la vida de una niña de La Guajira.

Para una estudiante con una condición física que ya le impone barreras propias, contar con las herramientas adecuadas no es un lujo: es una necesidad fundamental. La ANH, al garantizar este kit, no solo entregó materiales escolares; contribuyó a eliminar una barrera más en el camino educativo de Fernanda.



Fernanda todavía no sabe exactamente qué será cuando sea grande. A veces imagina diseñando espacios accesibles para personas como ella, ciudades donde nadie se quede por fuera. Otras veces se ve escuchando a otros, ayudando a entender las emociones que tantas veces no encuentran palabras. Psicóloga o arquitecta: ambas vocaciones dicen mucho de quién es ella. Ambas hablan de una niña que quiere construir y sanar.

Sus padres, con todo lo que les falta, le sobra algo esencial: la convicción de que la educación es el camino. Esa es la mayor herencia que pueden dejarle, y Fernanda la recibe con los brazos abiertos, con sus cuadernos listos, su termo lleno y su mochila bien cargada de sueños.



La Agencia Nacional de Hidrocarburos, a través de su programa de kits escolares, no solo llevó materiales a los municipios: llevó el mensaje de que el Estado ve a sus niños, que los territorios importan, y que cada niño colombiano merece las mismas oportunidades de aprender, crecer y soñar.

“Mientras haya un cuaderno en blanco y alguien que crea en ti, el futuro siempre es posible”.

El calor que transforma vidas

En Yaguará, municipio enclavado en el corazón del Huila, donde el calor llega sin aviso y el río Magdalena marca el ritmo de los días, **Ramón Hoyos** ha construido su vida kilómetro a kilómetro. Esposo y padre de un niño pequeño. Ramón se ha ganado el sustento durante años manejando su vehículo por las veredas y calles del municipio, ofreciendo servicios de transporte y acarreos a quienes necesitan mover carga de un lugar a otro.

Sus ingresos oscilan entre un millón quinientos mil y dos millones cuatrocientos mil pesos mensuales, una cifra que, en un hogar de tres personas con dos adultos mayores dependientes —sus padres, quienes superan los noventa años—, exige una administración minuciosa y sacrificios cotidianos. Cada peso tiene un destino asignado antes de llegar a sus manos: mercado, salud, transporte escolar, y el sustento de sus padres, que no cuentan con ingresos propios.

Durante años, la cocina de la familia Hoyos funcionó con leña. Era lo que había, lo que conocían, lo que sus vecinos también usaban. En las mañanas, cuando la esposa de Ramón encendía el fogón para preparar el desayuno antes de llevar al niño al colegio, una nube espesa de humo invadía el pequeño espacio donde cocinaban. La madera húmeda tardaba en prender; la seca, en cambio, consumía más de lo calculado y había que salir a buscarla con frecuencia.

Lo que nadie nombraba en voz alta, pero que todos sentían, eran las consecuencias sobre la salud: tos frecuente, ojos irritados, y el pequeño del hogar que llegaba al colegio con la ropa impregnada de ese olor a humo que lo acompañaba durante toda la jornada escolar. El niño, en plena etapa de aprendizaje, enfrentaba un obstáculo invisible: cansancio por las noches mal descansadas, afectaciones respiratorias leves que se repetían con las temporadas, y la imposibilidad de hacer tareas en un espacio donde el humo no dejaba concentrarse. Para Ramón, cada enfermedad del niño significaba también un día de trabajo perdido: alguien tenía que acompañarlo al médico, y ese alguien era él.

El gasto en leña, aunque pareciera pequeño, se acumulaba mes a mes. Y la búsqueda, el tiempo invertido en conseguirla, era un recurso que tampoco estaba sobrando en esa casa.

“Uno se acostumbra a lo que toca, pero en el fondo sabe que así no debería ser. El humo le afectaba al niño, le afectaba a mi esposa, y uno no podía hacer nada”.

En marzo de 2025, la Agencia Nacional de Hidrocarburos llegó a Yaguará con una promesa concreta: setenta y cinco estufas ecoeficientes para las familias que más lo necesitaban. Ramón Hoyos fue uno de los beneficiarios. Cuando los funcionarios de la ANH y la Alcaldía Municipal llegaron a su barrio Ramón no sabía muy bien qué esperar. Había escuchado hablar del programa, pero dudaba. Las promesas en los territorios a veces llegan y a veces no.

Esta vez llegaron. La estufa ecoeficiente fue instalada en su cocina, y con ella llegó también algo que Ramón no había pedido pero que necesitaba: una explicación detallada de cómo usarla, cuánto combustible consumía, qué diferencia hacía frente al fogón de leña. Por primera vez en mucho tiempo, la familia vio su cocina sin humo.

El cambio fue inmediato y visible. La esposa de Ramón pudo cocinar sin cubrirse los ojos, sin esperar que la madera cogiera temperatura, sin salir a buscar leña cuando el tiempo no acompañaba. El desayuno del niño se preparaba en minutos, sin humo, sin demoras. El pequeño comenzó a llegar al colegio con la ropa limpia, sin ese olor que lo delataba.

Pero el impacto más profundo se sintió en las noches. Con las afectaciones respiratorias reduciéndose, el niño dormía mejor. Llegaba descansado al colegio, podía concentrarse y aprender. Las tareas escolares, que antes se hacían en medio del humo y la tos, comenzaron a completarse en un ambiente más limpio y tranquilo. La maestra del niño notó la diferencia. Ramón también.

Para una familia donde cada peso cuenta, el ahorro en leña representó además un respiro económico real. Ese dinero, pequeño pero constante, empezó a redirigirse: útiles escolares adicionales para el niño, un medicamento que antes se postergaba, una contribución extra para los padres de Ramón.

“Uno no sabe lo que valía eso hasta que lo tiene. Ahora la cocina es diferente. El niño está mejor, mi esposa está mejor. Y cuando ellos están bien, uno puede trabajar con más tranquilidad”.



En Yaguará, donde la temperatura promedio ronda los 36 grados y las familias rurales cargan con múltiples responsabilidades simultáneas, una estufa ecoeficiente puede parecer un objeto pequeño, pero en la historia de Ramón Hoyos es mucho más que eso: es el eslabón que conecta la salud del hogar con el rendimiento escolar de su hijo, la economía doméstica con la posibilidad de ahorrar, el presente con una proyección de futuro más estable.

Ramón sigue manejando sus rutas de acarreo por el municipio. Sus padres siguen dependiendo de él. El niño sigue creciendo. Pero algo cambió en esa casa desde que llegó la estufa: hay menos tos, menos preocupaciones, más tiempo útil. Y en una familia que vive ajustada, esas mejoras no son detalles: son la diferencia entre sobrevivir y poder, por fin, aspirar a algo más.

La Agencia Nacional de Hidrocarburos, a través de su Estrategia Territorial de Hidrocarburos, entregó 75 estufas ecoeficientes en Yaguará, Huila, en marzo de 2025, transformando la calidad de vida de familias como la de Ramón Hoyos.

Donde el mar encuentra esperanza

Las comunidades costeras lo saben mejor que nadie, cuando el mar cambia, también cambia la vida de quienes dependen de él.

Los pescadores sienten cuando las especies desaparecen. Las familias perciben cuándo el agua ya no tiene la misma calidad. Las regiones costeras enfrentan cada vez con más fuerza los impactos de la contaminación, el aumento de la temperatura, los micro plásticos y las consecuencias del cambio climático sobre los ecosistemas marinos.

Por eso, proteger el ambiente no es solamente una tarea científica. También es una manera de proteger la vida, la seguridad alimentaria, la economía local y el futuro de miles de personas que dependen del mar y de los cuerpos de agua para subsistir.

En Colombia, esa misión ha unido durante más de 15 años a instituciones nacionales, científicos y organismos internacionales en torno a un mismo propósito, utilizar la ciencia y las tecnologías nucleares con fines pacíficos para entender mejor los ecosistemas y cuidar del ambiente.

Uno de los protagonistas de esa historia ha sido el INVEMAR. Gracias al trabajo articulado entre el Ministerio de Minas y Energía, a través del Grupo de Asuntos Nucleares (GAN), y el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), Colombia ha fortalecido capacidades científicas y tecnológicas para monitorear la contaminación marina, estudiar los efectos del cambio climático y proteger los ecosistemas costeros del país.

“Esto que está sucediendo hoy es un hito”, explica Facundo Deluchi, representante del OIEA. “Refleja un largo período de cooperación exitosa entre Colombia y el organismo internacional en el monitoreo del ambiente marino costero”.

Durante años, investigadores colombianos han trabajado silenciosamente en laboratorios, costas y ecosistemas marinos aplicando técnicas isotópicas y nucleares para entender fenómenos ambientales que afectan directamente a las comunidades.

Estas tecnologías permiten, por ejemplo, rastrear contaminantes, estudiar la presencia de microplásticos, analizar sedimentos marinos y comprender cómo han evolucionado ciertos impactos ambientales a lo largo del tiempo.

También ayudan a fortalecer respuestas frente a desafíos globales como el cambio climático, la acidificación de los océanos y los contaminantes emergentes. Y detrás de cada análisis científico hay algo profundamente humano, comunidades que necesitan ecosistemas sanos para vivir.

“Hoy tenemos el laboratorio de calidad ambiental marina más importante no solo de Colombia, sino de la región”, afirma Francisco Arias Isaza, director general de INVEMAR. “Y eso ha sido posible gracias al fortalecimiento de capacidades humanas, técnicas y científicas construido durante años de cooperación”.



Ese trabajo, hoy recibe uno de los reconocimientos más importantes a nivel internacional. El OIEA designó al INVEMAR como Centro Colaborador para la región, una distinción que reconoce el liderazgo científico de Colombia en aplicaciones nucleares para el monitoreo y protección ambiental.

Este nombramiento convierte al instituto en un referente para América Latina y el Caribe, capaz no solo de recibir cooperación internacional, sino también de transferir conocimiento, formar expertos y apoyar a otros países en el desarrollo de capacidades ambientales.

“INVEMAR ya no es solamente un aliado del OIEA”, señala Deluchi. “Es un referente regional para expandir estas capacidades y desarrollos a otros Estados miembros”.

Desde el Ministerio de Minas y Energía, el Grupo de Asuntos Nucleares ha sido clave para fortalecer esta articulación con el OIEA y consolidar el acceso de Colombia a cooperación técnica, formación especializada y tecnologías aplicadas al ambiente.

Gracias a estas alianzas, hoy el país cuenta con capacidades científicas que benefician no solo a investigadores y autoridades ambientales, sino también a pescadores, comunidades costeras y habitantes de regiones que dependen directamente de ecosistemas sanos.

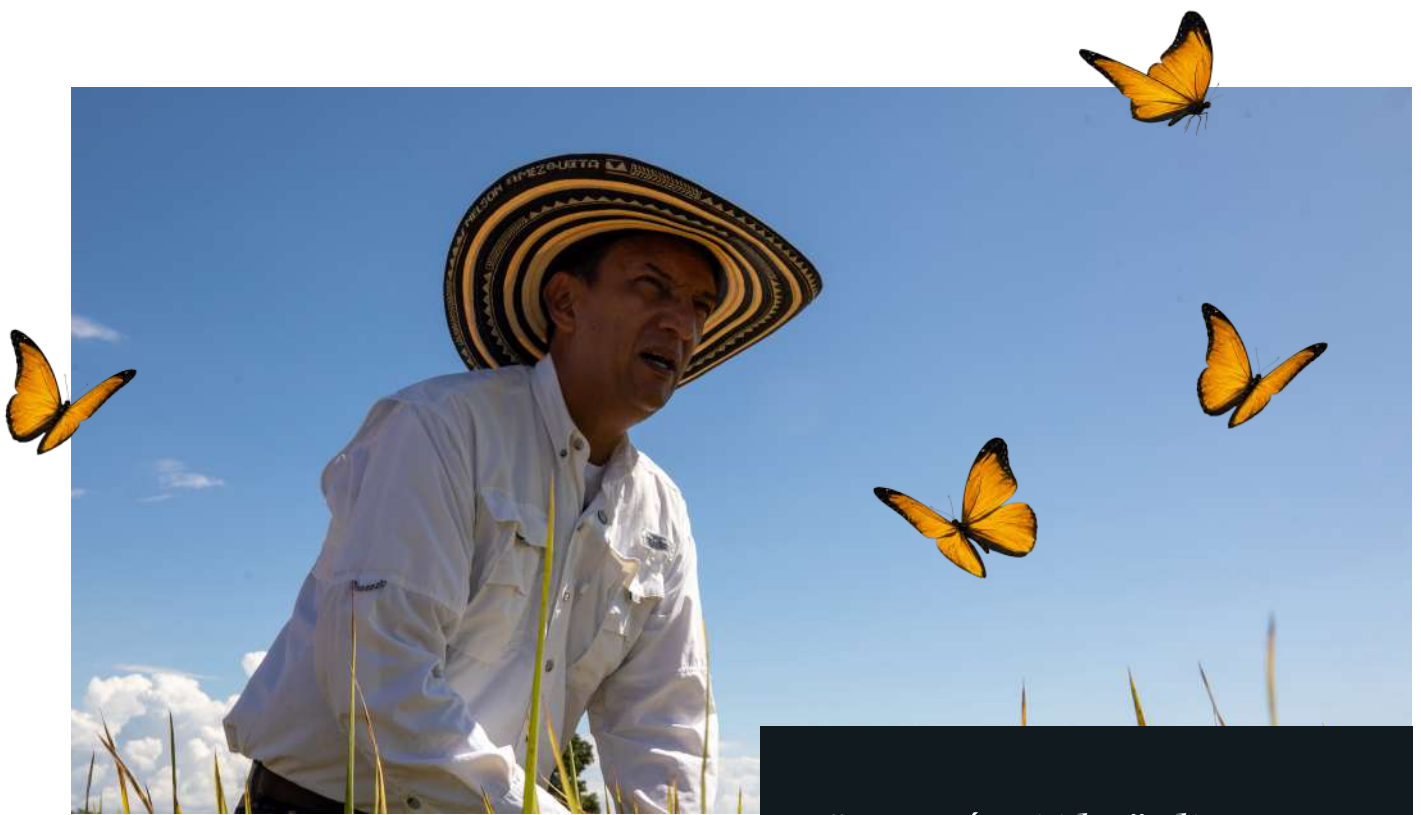
Porque cuando se protege el mar, también se protege el alimento de miles de familias. Cuando se entiende mejor la contaminación, se pueden tomar decisiones para cuidar la salud y los territorios.



Este reconocimiento también refleja algo más profundo, que Colombia ha demostrado que las técnicas nucleares pueden ser herramientas aliadas para proteger la vida y los ecosistemas.

Porque lejos de los imaginarios asociados al miedo, estas tecnologías hoy ayudan a cuidar mares, proteger especies, monitorear contaminantes y fortalecer decisiones ambientales basadas en evidencia científica.

Y cuando la ciencia trabaja de la mano con las comunidades, el conocimiento se convierte en esperanza para las generaciones que vienen. Hoy, desde Colombia, las técnicas nucleares también están ayudando a construir un futuro más sostenible para la región y el planeta.



La semilla de un mejor mañana

En Colombia, el arroz hace parte de la vida diaria. Está en el almuerzo de millones de familias, en las cocinas populares, en los hogares campesinos y en la mesa de quienes encuentran en este alimento una base fundamental para su nutrición.

Pero detrás de cada grano de arroz hay mucho más que un cultivo. Hay ciencia, innovación, trabajo campesino y años de investigación que buscan garantizar que el país pueda seguir produciendo alimentos de calidad, fortalecer su seguridad alimentaria y mejorar las condiciones de quienes viven del campo.

En laboratorios, cultivos y molinos, cientos de personas trabajan todos los días para lograrlo. Una de ellas es Daniela Rivera, empresaria agrícola de Ibagué y creadora de “La Reserva de la Hacienda”, el primer arroz en Colombia con denominación de origen. Daniela conoce cada etapa del proceso productivo: desde el cultivo hasta la comercialización. Por eso, cuando escuchó por primera vez que en la producción de arroz se utilizan técnicas nucleares, su reacción fue la misma que la de muchas personas.

“No tenía ni idea”, dice entre risas. “La palabra nuclear suena fuerte, uno la relaciona con otras cosas, con algo peligroso”.

Y es precisamente ahí donde comienza una de las mayores transformaciones alrededor del uso pacífico de las técnicas nucleares, entender que también pueden utilizarse para producir mejores alimentos, fortalecer los cultivos y beneficiar a millones de personas.

En Colombia, estas técnicas son utilizadas desde hace décadas en el desarrollo de nuevas variedades de arroz más resistentes, productivas y adaptadas a las necesidades del campo colombiano.

A través de procesos científicos especializados, investigadores de Fedearroz trabajan sobre semillas de arroz utilizando irradiación controlada para generar cambios positivos en características clave de las plantas.

Gracias a ello, hoy es posible obtener variedades con mejor calidad culinaria, ciclos de cultivo más cortos, mayor productividad, mejor aprovechamiento de la luz y mayor resistencia a enfermedades o condiciones adversas.

“Las técnicas nucleares son una herramienta muy importante para la seguridad alimentaria del país”, explica Nelson Amézquita, vinculado al proceso de mejoramiento genético del arroz. “Nos permiten generar nuevos materiales y semillas que aportan enormemente a la producción de alimentos para todos los colombianos”.

Gracias a la cooperación entre el Ministerio de Minas y Energía, a través del Grupo de Asuntos Nucleares (GAN), el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), universidades y el gremio arrocero, Colombia ha fortalecido durante más de 25 años capacidades científicas para desarrollar tecnologías aplicadas al agro.

Ese trabajo conjunto ha permitido que laboratorios especializados, como los de biotecnología de Fedearroz, incorporen herramientas innovadoras para acelerar el desarrollo de nuevas variedades de arroz.

Una de esas técnicas es el cultivo de anteras, un proceso biotecnológico que permite obtener plantas completas a partir de la parte masculina de la flor del arroz. Aunque parece algo complejo, el objetivo es profundamente humano y cotidiano, producir mejores cultivos en menos tiempo y garantizar alimentos de calidad para el país.

“Lo que buscamos es obtener tipos de arroz con alta pureza genética y características que beneficien al sector arrocero”, explica Leidy Ávila, coordinadora de laboratorio de Fedearroz. “Que tengan buen rendimiento, resistencia a enfermedades y buena calidad culinaria y molinera”.



Muchas de esas semillas previamente han pasado por procesos de irradiación controlada dentro de programas científicos apoyados por técnicas nucleares.

Luego, son evaluadas cuidadosamente para identificar cuáles pueden convertirse en nuevas variedades que ayuden a los agricultores a producir más y mejor.

Y aunque para muchos estos procesos ocurren lejos de la cotidianidad, sus efectos llegan directamente a la mesa de millones de personas. Porque cuando un cultivo es más resistente, el campesino pierde menos. Cuando una planta produce más, mejora la rentabilidad de las familias agrícolas.

Daniela lo resume desde la experiencia de quien vive el arroz todos los días, *“Uno entiende entonces que la ciencia también está trabajando para el campo. Y eso es muy valioso”*.

En Colombia, el Ministerio de Minas y Energía, a través del Grupo de Asuntos Nucleares (GAN), como Oficina Nacional de Enlace ante el OIEA, impulsa la cooperación técnica y el fortalecimiento de capacidades para la aplicación pacífica de técnicas nucleares en sectores estratégicos como la agricultura, la salud y el ambiente.

Gracias a estas alianzas entre el Gobierno nacional, la comunidad científica, las universidades y el sector productivo, hoy el país avanza en tecnologías que no solo fortalecen el agro colombiano, sino que también ayudan a garantizar alimentos de calidad para millones de hogares.

Porque detrás de cada plato de arroz hay mucho más que un cultivo, hay ciencia puesta al servicio de la vida, hay campesinos que trabajan la tierra con esperanza y un país entero que, muchas veces sin saberlo, también se alimenta gracias al uso pacífico de las técnicas nucleares.



La ciencia al servicio de la esperanza

Cada día, miles de personas en Colombia se despiertan enfrentando una de las batallas más difíciles de sus vidas, el cáncer.

Detrás de cada diagnóstico hay familias enteras sosteniéndose entre el miedo y la esperanza. Hay madres, padres, hijos y pacientes que esperan una oportunidad, un tratamiento oportuno, un diagnóstico preciso o simplemente la posibilidad de seguir viviendo.

En esa lucha silenciosa, la ciencia y la cooperación internacional se han convertido en una esperanza real para miles de personas.

Desde hace décadas, Colombia ha venido fortaleciendo sus capacidades médicas y científicas para enfrentar el cáncer a través del uso pacífico de técnicas nucleares aplicadas a la salud. Y buena parte de ese camino se ha construido gracias al trabajo articulado entre el Ministerio de Salud, el Ministerio de Minas y Energía, el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) y el Instituto Nacional de Cancerología.

La doctora Carolina Wiesner Ceballos, directora general del Instituto Nacional de Cancerología, lo resume con claridad, *“Para el diagnóstico y tratamiento del cáncer se utilizan isótopos radiactivos, y gracias a esta relación histórica con el OIEA y las entidades del Estado, hemos fortalecido capacidades que hoy benefician directamente a los pacientes”*.

Ese trabajo conjunto ha permitido durante más de 15 años el fortalecimiento de equipos médicos, formación de talento humano especializado, asistencia técnica y el desarrollo de una radiofarmacia hospitalaria capaz de utilizar radioisótopos para el diagnóstico y tratamiento de patologías oncológicas.

Pero detrás de esos términos técnicos hay algo profundamente humano, vidas que pueden salvarse a tiempo, tratamientos más seguros y pacientes que encuentran nuevas posibilidades en medio de la enfermedad.

La historia del Instituto Nacional de Cancerología con las aplicaciones nucleares en salud comenzó hace más de siete décadas. Ya en 1950, el instituto utilizaba aplicaciones con yodo para cáncer de tiroides y otras técnicas pioneras para la época. Sin embargo, fue a partir de la cooperación internacional impulsada desde los años setenta y, especialmente, con la consolidación de la radiofarmacia en 1990, cuando Colombia fortaleció significativamente sus capacidades médicas y de seguridad para el uso de estas tecnologías.

Hoy, ese recorrido histórico tiene un nuevo reconocimiento internacional. En 2026, el OIEA designó al Instituto Nacional de Cancerología como Centro ANCLA para la región, una distinción que reconoce la experiencia, la capacidad técnica y el liderazgo que Colombia ha construido en medicina nuclear y tratamiento oncológico.

Este reconocimiento convierte al instituto en un referente para América Latina y el Caribe en formación, transferencia tecnológica y fortalecimiento de capacidades médicas.

“Ya no estamos simplemente en un proceso nacional”, explica Facundo Deluchi, representante del OIEA. “Ahora estamos construyendo una relación con un aliado estratégico de la región”.

Ser Centro ANCLA significa que Colombia no solo recibe cooperación internacional, también comparte conocimiento, experiencia y entrenamiento con otros países.

Significa que médicos, especialistas y profesionales de la salud de la región podrán fortalecer sus capacidades gracias a la experiencia desarrollada en Colombia.

Y significa, sobre todo, que miles de pacientes podrán beneficiarse de mejores diagnósticos, tratamientos más seguros y tecnologías de avanzada para enfrentar el cáncer.

El Ministerio de Minas y Energía, a través del Grupo de Asuntos Nucleares (GAN), y su función de Oficina Nacional de Enlace ante el OIEA, ha sido clave para consolidar esta articulación institucional y científica que hoy posiciona al país como referente regional.

“Ya no solo requerimos cooperación, también damos cooperación con nuestra experiencia”, afirma Juan Pablo Parra, coordinador del GAN. “Tenemos grandes profesionales, grandes equipos y toda la voluntad de aportar a la sociedad y a sus habitantes”.

Detrás de cada equipo médico, de cada radiofármaco y de cada avance científico, existe una apuesta colectiva por salvar vidas. Porque las técnicas nucleares aplicadas a la salud no hablan de miedo ni de destrucción, hablan de esperanza, de médicos que hoy cuentan con mejores herramientas para tratar a sus pacientes, de instituciones que trabajan juntas para cerrar brechas en salud y de miles de personas que, en medio de la incertidumbre del cáncer, encuentran una oportunidad más para seguir adelante.



Cuando la ciencia camina el campo



Cada madrugada, antes de que salga el sol, cientos de campesinos colombianos ya están trabajando la tierra. Mientras muchas ciudades aún duermen, ellos cosechan, seleccionan, cargan bultos, recorren kilómetros y llegan a plazas de mercado y centrales de abasto para garantizar algo esencial, que nunca falten alimentos en la mesa de millones de familias.

Detrás de cada papa, cada legumbre y cada cosecha, hay historias de esfuerzo silencioso, manos marcadas por el trabajo y generaciones enteras que han aprendido a vivir del campo.

En plazas de mercado y centros de comercialización, personas como Ingrid conviven todos los días con esos productos que llegan directamente desde las fincas colombianas. Lleva años trabajando con legumbres certificadas y conoce de cerca el cuidado que requieren los cultivos para llegar en buenas condiciones al consumidor.

Por eso, cuando escuchó por primera vez que en Colombia se utilizan técnicas nucleares en la agricultura, la palabra le generó sorpresa.

“Cuando uno escucha nuclear piensa en cosas malas... en accidentes, en algo peligroso”, reconoce.

Pero poco a poco entendió que, lejos de ser algo negativo, estas técnicas hacen parte de herramientas científicas que ayudan a proteger la salud de las personas, mejorar los cultivos y fortalecer la producción agrícola del país.

En Colombia, instituciones como el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) utilizan técnicas nucleares e isotópicas para identificar residuos de plaguicidas y pesticidas en los alimentos, monitorear la calidad de los cultivos y ayudar a los productores a detectar problemas que afectan sus cosechas.

Gracias a estas aplicaciones, es posible identificar si un alimento es seguro para el consumo humano, estudiar enfermedades o afectaciones en los cultivos y encontrar soluciones que permitan mejorar la productividad sin poner en riesgo la salud ni el ambiente.

“Eso ayuda bastante al agricultor”, dice Ingrid después de conocer cómo funcionan estas tecnologías. “La palabra sigue impresionando, pero entender para qué sirve cambia mucho las cosas”.

Ese mismo sentimiento lo comparte don Carlos, campesino y comerciante de papa desde hace más de 20 años. Al escuchar que las técnicas nucleares también ayudan a prolongar la vida útil de la papa, su primera reacción fue de preocupación.

“Hoy en día todo tiene químicos”, dice con honestidad. “Entonces uno piensa que nuclear es más químico todavía”.

Pero la realidad es distinta. Las técnicas nucleares utilizadas en la agricultura no consisten en agregar químicos a los alimentos. Por el contrario, permiten desarrollar procesos seguros y controlados para conservar mejores productos como la papa, evitar pérdidas postcosecha y facilitar su transporte y exportación.

Gracias a estas aplicaciones, productos agrícolas pueden mantenerse frescos por más tiempo, reduciendo desperdicios y mejorando las oportunidades económicas para productores y comercializadores.

“Eso sí no lo sabía”, admite don Carlos. “Yo sabía que la papa se procesaba para exportarla y que aguantara más tiempo, pero no sabía que eso tenía que ver con técnicas nucleares”.

En el campo colombiano, donde gran parte de la economía depende de las cosechas, lograr que los alimentos duren más tiempo y lleguen en mejores condiciones significa menos pérdidas, mejores ingresos y más estabilidad para las familias campesinas.

Rosario, otra comerciante que ha dedicado gran parte de su vida al negocio de la papa, también reaccionó con desconfianza al escuchar por primera vez la palabra “nuclear”.

“Uno cree que eso es malo”, dice entre risas tímidas. Sin embargo, al conocer que estas técnicas ayudan a fortalecer los cultivos, mejorar la calidad de los alimentos y garantizar procesos más eficientes para la producción y exportación agrícola, su percepción comenzó a cambiar.



Porque detrás de estas aplicaciones no hay armas ni riesgos para las personas. Hay ciencia al servicio de la vida. Hay investigadores, agrónomos, técnicos y campesinos trabajando juntos para proteger los alimentos, fortalecer la seguridad alimentaria y garantizar que productos de calidad lleguen a millones de hogares.

En Colombia, el Ministerio de Minas y Energía, a través del Grupo de Asuntos Nucleares (GAN), como Oficina Nacional de Enlace ante el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), impulsa la cooperación técnica y el fortalecimiento de capacidades para el uso pacífico de las técnicas nucleares en sectores estratégicos como la agricultura, la salud, el ambiente y la industria.

Gracias a este trabajo articulado y al respaldo técnico del OIEA, el país continúa fortaleciendo herramientas científicas que permiten mejorar cultivos, optimizar procesos agrícolas y proteger la inocuidad de los alimentos.

Pero más allá de la tecnología, esta es una historia sobre el valor del campo colombiano. Sobre hombres y mujeres que trabajan todos los días para alimentar al país.

Sobre campesinos que, incluso sin saberlo, hoy también son beneficiarios de la ciencia y de tecnologías que buscan proteger sus cosechas, reducir pérdidas y dignificar su trabajo.

Porque cuando las técnicas nucleares se usan con fines pacíficos, también ayudan a sembrar bienestar, proteger la economía rural y garantizar algo tan esencial como el alimento de millones de personas.



Guardianes de un territorio vivo



Durante décadas, la Ciénaga Grande de Santa Marta ha sido mucho más que un cuerpo de agua para las comunidades de pescadores del Magdalena. Es su hogar, su alimento, su memoria y su forma de entender la vida. Pero también es un ecosistema herido.

A comienzos de los años noventa, la ciénaga atravesó una de las peores crisis ambientales de su historia. Las mortandades masivas de peces, el deterioro del agua y la presión sobre los recursos naturales pusieron en riesgo no solo el equilibrio ambiental del sistema, sino también el futuro de cientos de familias que dependían de él.

En medio de esa realidad nació, hace más de 27 años, la Asociación de Pescadores Artesanales de la Isla del Rosario, en Pueblo Viejo, Magdalena. Lo que comenzó como una apuesta por encontrar nuevas formas de sustento, terminó convirtiéndose en una historia de transformación ambiental y comunitaria.

“Nosotros nacimos viendo que la piscicultura podía ser una buena opción para mejorar nuestros ingresos”, recuerda Héctor Rodríguez Anchila, presidente de la asociación. “Pero con el tiempo vivimos una evolución muy grande: pasamos de ser pescadores extractivos, a productores, luego a trabajar en gestión de residuos sólidos y ahora hablamos de restauración y conservación”.

Sus palabras reflejan una transformación profunda. Hace tres décadas, pensar en pescadores hablando de conservación ambiental parecía improbable. Hoy, esta comunidad no solo protege la ciénaga, sino que también se convirtió en defensora activa de sus ecosistemas y divulgadora de conocimiento ambiental.

Ese cambio no ocurrió solo. Fue posible gracias al trabajo conjunto con diferentes aliados y, especialmente, con el acompañamiento constante del INVEMAR, institución que durante años ha trabajado de la mano con las comunidades para entender, monitorear y proteger la Ciénaga Grande de Santa Marta.

“Si las cosas hubieran seguido como estaban en la década de los noventa, hoy la ciénaga no existiría”, explica una de las investigadoras de INVEMAR. “Todo lo que hacemos busca que el sistema mejore y que las comunidades puedan apropiarse de esa información para cuidar mejor su territorio”.

Detrás de muchas de esas investigaciones existe una herramienta poco conocida por gran parte de la sociedad, pero fundamental para comprender y proteger los ecosistemas, las técnicas nucleares aplicadas al ambiente.

A través de estas tecnologías, los investigadores pueden identificar toxinas producidas por proliferaciones masivas de algas que afectan la salud del agua, los peces y las personas. Mediante técnicas nucleares como el RBA (Receptor Binding Assay o Ensayo de Unión a Receptores), se detecta si existen sustancias peligrosas en la ciénaga, permitiendo activar alertas tempranas y prevenir riesgos para las comunidades y el consumo de alimentos.

Pero ese no es el único aporte. Las técnicas nucleares también permiten identificar de qué están compuestos los microplásticos que contaminan

el ecosistema y afectan la fauna marina. Gracias a estos análisis, hoy es posible comprender mejor cómo los residuos llegan al agua, cómo se degradan y qué impactos generan sobre la vida y la salud humana.

Incluso, mediante el estudio de núcleos de sedimento, capas acumuladas durante décadas en el fondo del mar, los científicos pueden reconstruir la historia de la contaminación ambiental del territorio, identificando desde cuándo comenzaron a aparecer determinados contaminantes y cómo han evolucionado en el tiempo.

“Las técnicas nucleares no tienen nada que ver con violencia ni con algo negativo”, explica el investigador de INVEMAR. “Todo lo contrario: nos ayudan a entender mejor el sistema y a protegerlo”.

Ese conocimiento científico no se queda en laboratorios. Regresa a la comunidad, y ahí está una de las razones por las cuales la relación entre INVEMAR y los pescadores ha logrado mantenerse durante tantos años, fortaleciendo la confianza.



“Aquí muchas instituciones han venido, toman muestras y nunca más vuelven”, cuenta Luis. “Pero ellos sí regresan. Nos socializan los resultados y eso hace que uno pueda entender qué está pasando y cómo actuar”.

Gracias a esa información, la comunidad ha podido identificar nuevas amenazas ambientales, encender alertas frente al impacto de los residuos, los microplásticos y fortalecer procesos de educación ambiental dentro y fuera del territorio, en especial, en colegios de la zona.

Hoy, los pescadores ya no solo hablan de pesca. Hablan de restauración, de conservación y de sostenibilidad. Hablan de cómo proteger el agua para las próximas generaciones.



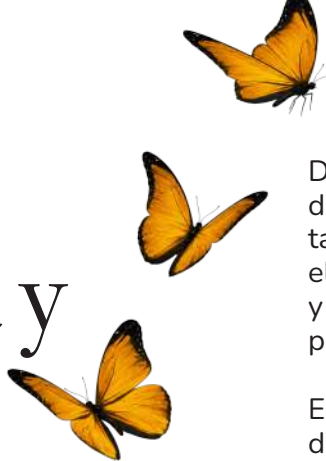
Esta experiencia demuestra cómo la ciencia, el conocimiento comunitario y el uso pacífico de las técnicas nucleares pueden trabajar juntos para cuidar la vida y los ecosistemas.

En Colombia, el Ministerio de Minas y Energía, a través del Grupo de Asuntos Nucleares (GAN), como Oficina Nacional de Enlace ante el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), impulsa la cooperación y el fortalecimiento de capacidades para la aplicación pacífica de técnicas nucleares en sectores como el ambiente, la salud, la agricultura y la seguridad alimentaria.

Gracias a este trabajo articulado con instituciones como INVEMAR y el respaldo técnico del OIEA, hoy Colombia avanza en herramientas científicas que permiten comprender mejor sus ecosistemas, proteger los cuerpos de agua y fortalecer la resiliencia ambiental de las comunidades.

Porque cuidar la ciénaga no es solo proteger un paisaje. Es proteger la vida, la memoria y el futuro de quienes han aprendido que conservar también es una forma de resistir.

Entre la esperanza y la ciencia



La vida de **Ana Silviana Ramírez** cambió el día en que escuchó una palabra que ya había marcado profundamente la historia de su familia: “cáncer”.

Pero esta vez no era una hermana, ni una hija, ni un ser querido. Era ella.

Después de años viendo cómo el cáncer tocaba una y otra vez a las mujeres de su familia, Ana sentía miedo. Un miedo silencioso que cargaba desde hacía tiempo y que se hacía más fuerte cada vez que recordaba a su hija, quien también falleció a causa de esta enfermedad.

“Yo le pedía mucho a Dios que no me fuera a dar esto... porque ya había pasado por una experiencia muy dura con mi hija. Pero, aun así, me dejó en las mejores manos”, cuenta con la voz entrecortada, pero con una serenidad que solo nace después de atravesar el dolor y encontrar esperanza.

Todo comenzó con señales que parecían pequeñas, pero que ella decidió escuchar. Aunque en algún momento recibió mensajes tranquilizadores, algo dentro de Ana le decía que debía seguir insistiendo. Después de más de diez años sin menstruar, aparecieron nuevamente los sangrados, acompañados de dolores intensos y un profundo agotamiento. Entonces llegaron los exámenes, la cirugía y finalmente el diagnóstico, cáncer de endometrio.

Desde ese momento comenzó una nueva etapa de su vida. Una etapa marcada por el miedo, pero también por la valentía. El amor de su familia y el acompañamiento de médicos, especialistas y tecnologías que hoy permiten que miles de pacientes tengan una segunda oportunidad.

El caso de Ana se trata en el hospital Universitario de Caldas. Un hospital que, además de atender pacientes con diferentes patologías, brinda un acompañamiento humano a pacientes y familiares en este proceso. Dentro de las instalaciones de este centro médico, se encuentran galerías de arte, de fotografía y bibliotecas.

Es un espacio que cuenta con diferentes zonas verdes a lo largo y ancho de sus pasillos, con el fin de permitirle al paciente y a sus acompañantes sentir un ambiente diferente al de un hospital convencional, frío, sin emoción, sin sentimiento, porque además de medicamentos y tratamientos, estos pacientes también necesitan amor y confianza. Necesitan de un personal médico sensible, capaz de sostener y de contener en momentos de dificultad.

“Me he sentido súper bien aquí. Como en familia. He tenido muchos ángeles en este camino”, dice mientras sonríe, agradecida porque está cada vez más cerca de terminar su tratamiento.

Ana recibió radioterapia externa y posteriormente braquiterapia, una técnica avanzada de medicina nuclear que permite llevar la radiación directamente al lugar donde se necesita tratar el cáncer, protegiendo al mismo tiempo órganos sanos y reduciendo riesgos para el paciente.

A diferencia de la radioterapia convencional, donde la radiación se dirige desde una máquina fuera del cuerpo, la braquiterapia utiliza fuentes radiactivas en condiciones completamente controladas para actuar desde el interior del organismo, de forma precisa y segura. Gracias a este tipo de aplicaciones pacíficas de las técnicas nucleares, hoy es posible combatir distintos tipos de cáncer con tratamientos más efectivos, personalizados y menos invasivos.

“Ya casi termino. Hoy terminé la braquiterapia y sigo con lo otro... pero voy bien”, cuenta con alivio y esperanza.

Historias como la de Ana reflejan cómo la ciencia, la medicina y la cooperación internacional pueden transformar vidas.

Pero más allá de la tecnología, esta historia también deja un mensaje profundamente humano, la importancia de escuchar al cuerpo, acudir a controles médicos y actuar a tiempo. En la familia de Ana, varias mujeres han enfrentado distintos tipos de cáncer, motivo por el cual ahora avanzan en estudios genéticos que les permitan comprender mejor lo que ocurre y proteger a las nuevas generaciones.



En Colombia, el Ministerio de Minas y Energía, a través del Grupo de Asuntos Nucleares (GAN), trabaja como Oficina Nacional de Enlace ante el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), impulsando el acceso y fortalecimiento de aplicaciones nucleares con fines pacíficos en sectores como la salud, la agricultura, el ambiente y la industria.

Gracias a este trabajo articulado y al apoyo técnico del OIEA, el país continúa fortaleciendo capacidades médicas, tecnologías y conocimientos especializados que hoy permiten que pacientes como Ana tengan acceso a tratamientos seguros, modernos y con altos estándares de calidad.

“Eso me parece muy importante... que se corte esa cadena”, dice con firmeza.

Hoy, Ana no solo celebra haber llegado al final de una etapa difícil. También celebra la vida. La posibilidad de seguir abrazando a su familia, de seguir soñando y de contar su historia para que otras personas entiendan que detrás de las técnicas nucleares aplicadas en salud no hay miedo, sino ciencia, esperanza y nuevas oportunidades para vivir.

Cuando Kay decidió quedarse



En las tierras áridas de La Guajira, donde el viento recorre los cardones y el horizonte parece fundirse con el cielo, se encuentra la comunidad de Ware Waren. Allí, durante generaciones, la vida ha seguido el ritmo de Kay, el sol. Con su llegada comenzaban las labores del día; con su partida, el territorio se sumía en la oscuridad y todo debía esperar hasta el amanecer.

Así vivían **Sulimar del Carmen Jusayu y su madre**. Mujeres Wayuu, tejedoras por herencia, cuidadoras de la tierra, cultivadoras y criadoras de chivos. Sus manos conocían el lenguaje de los hilos y sus días transcurrían entre los tejidos que guardan la memoria de su pueblo. Pero cuando el sol desaparecía, también terminaba su jornada. La falta de electricidad las obligaba a guardar las agujas, y una mochila Wayuu tardaba muchos más días en terminarse porque solo podían trabajar con la luz natural.

Las limitaciones no terminaban allí. Sin una nevera para conservar los alimentos, la carne debía secarse al sol para evitar que se dañara, mientras los gatos rondaban constantemente en busca del sustento de la familia. Las noches transcurrían

entre el sonido de los grillos, el viento golpeando la rancharía y una oscuridad que parecía detener el tiempo.

Sin embargo, Sulimar y su madre nunca dejaron de caminar su territorio. Recorrieron las rancharías escuchando a las familias, identificando las necesidades de la comunidad y construyendo soluciones desde el trabajo colectivo de las mingas y la fuerza de las mujeres. Junto a cerca de 400 personas distribuidas en 67 comunidades, compartían un mismo sueño: que algún día la luz también llegara a sus hogares.

Poco antes de que ese anhelo se hiciera realidad, ocurrió un hecho que la comunidad recuerda con emoción. Mientras conversaban sobre el proyecto que estaba por llegar, un gallo se acercó y se sentó justo en medio de la reunión. Para el pueblo Wayuu aquello no fue una casualidad. Era una señal de buen augurio, un anuncio de que algo bueno estaba por llegar y permanecería en el territorio.

Y así fue.

La instalación de los paneles solares permitió capturar la fuerza de Kay para que la luz permaneciera incluso cuando se ocultaba. La energía llegó sin alterar la tranquilidad del desierto, integrándose con respeto a la vida de la comunidad y transformando profundamente su cotidianidad.

Las noches cambiaron para siempre. Sulimar y su madre pudieron seguir tejiendo bajo la luz de una bombilla, aumentando su producción y fortaleciendo una tradición que ha pasado de generación en generación. Los niños comenzaron a cargar sus dispositivos para estudiar y acercarse a nuevos conocimientos. La lavadora redujo horas de esfuerzo bajo el intenso calor y devolvió tiempo para compartir en familia.

Hoy, cuando Sulimar contempla el horizonte junto a su madre, siente que la dignidad floreció en Ware Waren. El mismo sol que durante siglos marcó el inicio y el final de cada jornada ahora permanece en sus hogares, acompañando los tejidos, los aprendizajes y los sueños de las nuevas generaciones.



Pero uno de los cambios más significativos llegó con el frío. Por primera vez, las neveras permitieron conservar los alimentos durante varios días y mantener agua fresca en medio del desierto. Aquello que antes era imposible también abrió nuevas oportunidades: muchas familias comenzaron a vender agua fría y bolis, generando ingresos adicionales que fortalecieron su economía.

La energía no solo iluminó las viviendas. También hizo posible que la comunidad aprovechara mejor su tiempo, protegiera sus alimentos, fortaleciera sus oficios y encontrara nuevas formas de sostenerse sin renunciar a su identidad.

Porque en Ware Waren, donde cada saludo celebra la vida, Kay ya no solo calienta la tierra. Ahora también ilumina el camino de un pueblo que encontró en su propia fuerza la energía para seguir tejiendo su futuro.

Cuando la noche dejó de poner límites



Alba Nelly Hurtado no suele hablar de fechas exactas, pero sí de los años. Lleva más de cincuenta construyendo, junto a su esposo, la casa donde levantaron su hogar en Piendamó, Cauca. Cada pared, cada espacio y cada mejora han sido fruto del trabajo constante y de una vida dedicada a sacar adelante a su familia. Allí vio crecer a sus hijos, aprendió a resolver con lo que tenía y también a acostumbrarse a que, cuando caía la noche, la vida se detuviera un poco.

Porque no era solo la ausencia de electricidad. Era terminar el día antes de tiempo, caminar con cuidado dentro de la casa, dejar conversaciones inconclusas y posponer pequeños momentos cotidianos. Durante años solicitó apoyo para contar con energía, pero la respuesta nunca llegó. Y así, entre el trabajo, la familia y la paciencia, transcurrieron las décadas.

Sus hijos crecieron y emprendieron su propio camino. Después llegaron los nietos y, más tarde, un bisnieto. La casa se llenó de nuevas generaciones, pero las noches seguían siendo las mismas. Hasta que un día dejaron de serlo.

Con la instalación de los paneles solares, Alba Nelly sintió que algo cambió de verdad. No habla de ese cambio en términos técnicos, sino desde lo más sencillo y valioso de la vida cotidiana. Dice que su casita cambió por completo. Ahora puede encender la luz sin pensarlo, prolongar una conversación, preparar los alimentos con calma y compartir más tiempo con su familia, sin que la oscuridad imponga el final del día.

Lo que ocurrió en su casa también estaba ocurriendo en muchas otras. Sin imaginarlo, Alba Nelly pasó a formar parte de un grupo de 370 familias de Piendamó que recibieron soluciones solares fotovoltaicas gracias al Gobierno del presidente Gustavo Petro y al Ministerio de Minas y Energía. Detrás de cada panel instalado había una historia distinta, pero un mismo anhelo: dejar atrás décadas de espera. Lo que durante años pareció imposible terminó iluminando hogares enteros y demostrando que, cuando una transformación llega al territorio, no cambia únicamente una vivienda; cambia la vida de cientos de familias al mismo tiempo.

Hoy, el hogar se siente diferente: más vivo, más tranquilo y abierto al encuentro. Y la transformación no llegó solo a su familia. Varios de sus vecinos también recibieron energía, haciendo que la alegría dejara de ser individual para convertirse en una experiencia compartida.

Alba Nelly contempla ese cambio con serenidad y con la certeza de que representa mucho más que un servicio. Sabe que la energía será un legado para sus hijos, sus nietos y su bisnieto. Aunque todavía quedan mejoras por hacer en la vivienda, la luz llegó para quedarse y abrir nuevas oportunidades. Para ella, la energía significa progreso, tranquilidad y esperanza; una herencia que iluminará el camino de las generaciones que vienen.

Cuando las noches volvieron a descansar

En la vereda Siria, en Astrea, Cesar, el calor no terminaba cuando caía el sol. Al contrario, parecía quedarse atrapado entre las paredes de la casa. Las noches transcurrían entre el aire inmóvil, los mosquitos y un sueño que nunca llegaba por completo. Para **Vilma Lengua Díaz** y su familia, descansar era un desafío cotidiano.

Cada amanecer comenzaba con el cansancio acumulado de la noche anterior. Aun así, había que salir a trabajar en el campo. El cuerpo seguía el ritmo de las obligaciones, aunque nunca alcanzara a recuperarse del todo. En casa no había ventilador, ni nevera, ni licuadora. Todo debía consumirse en el momento. La panela raspada reemplazaba los jugos naturales y el agua fría era un lujo que pocas veces podían disfrutar.

Las noches también eran silenciosas. Sin televisión ni otros equipos eléctricos, la oscuridad llegaba temprano y con ella terminaba el día. Para Vilma, que compartía el hogar con su hija, la mayor preocupación no era solo la incomodidad, sino no poder ofrecerle un lugar donde descansar mejor, crecer con bienestar y disfrutar de una vida más tranquila.

Con el paso del tiempo comprendió que el verdadero problema no era únicamente el calor. Era el agotamiento constante. Dormir mal afectaba el ánimo, reducía la energía para trabajar y hacía más difíciles incluso las tareas más sencillas de cada día.

Todo comenzó a cambiar con la llegada de la solución energética solar.

Lo que para otros podría parecer simplemente la instalación de unos paneles, para Vilma significó recuperar las noches. Por primera vez, un ventilador empezó a mover el aire dentro de la casa, alejando el calor y disminuyendo la presencia de los mosquitos. Dormir dejó de ser una lucha para convertirse, al fin, en un verdadero descanso.



Y cuando cambiaron las noches, también cambiaron los días.

Cada mañana la familia empezó a levantarse con más energía y mejor ánimo para trabajar, estudiar y realizar las labores del hogar. La cocina también encontró un nuevo ritmo. La licuadora permitió preparar jugos naturales; la nevera hizo posible conservar los alimentos y mantener agua fría durante el día, mejorando la alimentación y el bienestar de toda la familia. La televisión, por su parte, abrió un espacio para compartir, conversar y disfrutar juntos al finalizar la jornada.

La electricidad no solo llevó nuevos electrodomésticos a la vivienda. También transformó la forma de vivir. Hizo más llevaderas las altas temperaturas, mejoró el descanso, fortaleció la salud y devolvió tiempo de calidad a una familia que durante años había aprendido a convivir con las limitaciones.

Hoy, cuando cae la noche sobre la vereda Siria, la oscuridad ya no significa incomodidad. Es el momento en que el ventilador sigue girando, el agua permanece fría y el hogar se convierte, por fin, en un lugar para descansar.

Porque hay cambios que no siempre se miden en grandes obras, sino en las pequeñas cosas que transforman la vida todos los días. Para Vilma y su familia, la energía solar hizo posible algo tan sencillo y valioso como dormir bien. Y cuando el descanso regresa, también regresan la fuerza, la esperanza y la posibilidad de vivir cada nuevo día de una manera diferente.

Donde el río ruge y el sol ilumina la dignidad



Los hijos del agua que atraparon al sol. En el Alto Baudó, donde la selva chocoana es un manto verde impenetrable y los ríos son las únicas venas por las que transita la vida, el tiempo solía medirse entre el vaivén de las canoas y el eco de los motores de gasolina. Para los más de trescientos miembros de la comunidad indígena Embera Dodibá, la noche siempre había sido un territorio difícil. Depender de plantas eléctricas comunales significaba someterse al costo del combustible y al ruido ensordecedor que rompía la paz de la selva. Si el dinero escaseaba, las luces se apagaban y los alimentos se perdían en el calor húmedo del olvido.

La vida de este pueblo estaba marcada por la intermitencia. Elicio Forastero, gobernador de la comunidad de Puerto Peña, lo recordaba bien:

la incertidumbre de quedarse a oscuras en la mitad de la nada era una constante. Sin embargo, el destino de estas tierras apartadas dio un vuelco definitivo cuando el cielo se convirtió en su principal aliado.

A través de un esfuerzo por llevar dignidad a los rincones más profundos del país, llegaron al territorio más de un centenar de paneles solares. Estos sistemas, instalados directamente en los hogares rurales, empezaron a capturar la luz del sol del pacífico para transformarla en tranquilidad las veinticuatro horas del día. La llegada de esta solución silenciosa y limpia no solo reemplazó el humo y el gasto del ACPM, sino que encendió un abanico de posibilidades antes impensables.

Hoy, el paisaje del Alto Baudó es el mismo, pero el día a día de su gente es completamente distinto. Las familias ya no temen que la comida se dañe; ahora cuentan con refrigeración constante, los dispositivos electrónicos los mantienen comunicados con el resto del mundo y los niños pueden estudiar o jugar bajo un foco seguro cuando el sol se oculta tras los árboles.

Para garantizar que esta luz no sea un milagro pasajero, un sistema tecnológico vigila desde la distancia, en tiempo real, que la energía nunca deje de fluir, anticipándose a cualquier daño en el corazón de la selva. Los Embera Dodibá ya no están solos en la penumbra.

En el Alto Baudó, el progreso por fin dejó de ser una promesa de asfalto y se convirtió en una realidad de luz limpia, recordándole a la Colombia profunda que la dignidad también viaja por el río.

Donde la luz también aprendió a tejer



En el corazón verde del Guaviare, donde la selva respira profundo y los ríos parecen guardar la memoria de generaciones enteras, se encuentra Miraflores. Durante muchos años, este rincón de la Amazonía fue conocido por las huellas que dejó el conflicto: caminos que dejaron de recorrerse, conversaciones que se hicieron en voz baja y sueños que aprendieron a esperar.

Pero la vida, incluso en los lugares más golpeados, siempre encuentra una manera de abrirse camino.

María Medellín lo sabe bien. Antes de aprender a tejer fibras, aprendió a resistir. Como muchos habitantes de Miraflores, creció entre la incertidumbre, viendo cómo el miedo marcaba el ritmo de los días. Sin embargo, un día entendió que aferrarse al pasado era otra forma de permanecer detenido. Decidió volver a la tierra, a los saberes que siempre habían estado allí, esperando el momento de renacer.

Tomó las fibras con sus manos y comenzó a entrelazarlas con paciencia. Primero fueron hilos dispersos; después, figuras llenas de vida. Sin darse cuenta, mientras tejía canastos, mochilas y artesanías, también iba remendando su propia historia.

Cada una de sus creaciones guarda mucho más que la destreza de un oficio. En ellas habitan la memoria de un territorio que decidió levantarse, la dignidad de quien encontró una nueva oportunidad y la esperanza silenciosa de una comunidad que aprendió a mirar hacia adelante. Sus tejidos ya no hablan del dolor; hablan de la fuerza para transformarlo.

Esa transformación encontró un nuevo impulso cuando el sol comenzó a escribir otra historia sobre Miraflores.

La instalación de un sistema de energía solar, conformado por más de mil paneles que hoy capturan la energía del sol amazónico, cambió la vida cotidiana del municipio. Lo que antes dependía de horas limitadas de electricidad se convirtió en un servicio constante que abrió nuevas posibilidades para las familias, los pequeños negocios, los estudiantes y los artesanos.

Para María, el cambio fue inmediato. Ya no tenía que apresurar su trabajo antes de que cayera la noche. La luz permanecía encendida el tiempo suficiente para terminar una pieza más, organizar sus materiales o simplemente compartir con su familia sin que la oscuridad interrumpiera el día. Aquellas horas que antes se perdían ahora se transformaban en tiempo para producir, aprender y vivir.

La energía no solo iluminó las casas. También iluminó las oportunidades.

Hoy, en Miraflores, las noches ya no llegan con el mismo silencio de antes. La luz acompaña las conversaciones, prolonga el trabajo de quienes viven de sus manos, fortalece los emprendimientos y devuelve tranquilidad a una comunidad que durante demasiado tiempo tuvo que acostumbrarse a las limitaciones.

Entre las fibras que María sigue entrelazando y los paneles solares que cada mañana reciben la primera luz del amanecer, Miraflores continúa escribiendo una historia distinta. Una historia donde la paz no es solamente la ausencia del conflicto, sino la posibilidad de construir un futuro con dignidad.

Porque, al final, reconstruir un territorio también significa aprender a transformar las heridas en oportunidades, la oscuridad en esperanza y la fuerza del sol en la energía que hoy impulsa una nueva vida para toda una comunidad.

Donde la noche dejó de detener la vida



Llegar a Oyucos nunca ha sido sencillo. La trocha serpentea entre las montañas de Sotará y recuerda, a cada paso, que hay lugares donde la distancia no solo se mide en kilómetros, sino también en las oportunidades que tardan en llegar.

Allí ha vivido siempre **Don Cornelio Espinoza**. Durante años aprendió a organizar su vida alrededor de una certeza: cuando caía la noche, todo debía detenerse. La oscuridad envolvía su casa y el silencio ocupaba cada rincón. Sin electricidad, el día terminaba mucho antes de lo que marcaba el reloj.

Las labores del hogar debían hacerse antes del atardecer. Preparar los alimentos, ordenar la casa o realizar cualquier actividad dependía por completo de la luz del sol. Cuando este desaparecía, la vivienda quedaba sumida en la oscuridad. No había una lámpara que encender, ni un televisor que acercara las noticias del país, ni un equipo de sonido que llenara de música las noches. La conexión con el mundo parecía tan lejana como el camino que conducía hasta la vereda.

Don Cornelio se había acostumbrado a vivir así, como tantas familias de Oyucos. Sin embargo, todo cambió cuando la energía solar llegó hasta su hogar.

La instalación del sistema fotovoltaico transformó por completo la manera de vivir la noche. Por primera vez, la luz iluminó la cocina, las habitaciones y los espacios donde antes solo había oscuridad. La casa dejó de apagarse con el atardecer y comenzó a acompañar el ritmo de quienes la habitaban.

Con la electricidad llegaron cambios que, aunque parecen cotidianos, transformaron profundamente su calidad de vida. Preparar los alimentos se volvió más sencillo, desplazarse dentro del hogar dejó de ser una dificultad y cada espacio pudo aprovecharse con mayor tranquilidad. La batería del sistema proporciona energía durante toda la noche, brindándole una sensación de seguridad que antes no conocía.

Pero hubo algo que llenó especialmente de alegría a Don Cornelio. Encender el televisor y conocer lo que ocurre en Colombia y en el mundo le permitió sentirse nuevamente conectado. El equipo de sonido, por su parte, devolvió la música a un hogar donde durante años solo se escuchaba el viento y el silencio de la montaña.

La energía no solo iluminó una vivienda. También cambió la forma de vivir el tiempo. Las noches dejaron de ser horas perdidas para convertirse en momentos de encuentro, de información, de tranquilidad y de compañía.

Don Cornelio suele decir que todo lo que llegó con la energía cabe en una sola palabra: “bendición”. Y esa bendición ya no pertenece únicamente a su familia. Hoy son varias las viviendas de Oyucos que comparten la misma transformación y descubren que el desarrollo también puede abrirse camino por una trocha.

El camino hacia la vereda sigue siendo el mismo. Las montañas continúan rodeando el paisaje y la distancia permanece intacta. Pero cuando el sol se oculta, algo ha cambiado para siempre. En Oyucos, la luz permanece encendida y, con ella, también continúan la vida, las conversaciones y la esperanza de toda una comunidad.

El día en que Cumaribo encendió la esperanza, el sol se quedó para siempre



Hay personas que han visto pasar casi toda la historia de un territorio. **Marcelino Sosa** es una de ellas. Líder indígena de Cumaribo, Vichada, lleva cerca de ochenta años caminando estas tierras, cuidando las tradiciones de su pueblo y soñando con un futuro en el que las nuevas generaciones pudieran vivir con más oportunidades, sin dejar atrás su identidad.

Durante décadas aprendió a convivir con una realidad que parecía inmodificable. La energía era intermitente y escasa. Algunas noches había luz y otras no. Las actividades debían ajustarse al tiempo que duraba el servicio, y muchas oportunidades se apagaban antes de empezar. Para quienes vivían en este extenso territorio, aquello terminó por convertirse en parte de la rutina.

Pero un día esa historia comenzó a cambiar.

La llegada del sistema de energía más grande construido por el Instituto de Planificación y Promoción de Soluciones Energéticas para las Zonas No Interconectadas (IPSE) transformó la vida de Cumaribo. Más de **1.300 familias** comenzaron a contar con energía permanente, haciendo posible algo que durante años parecía inalcanzable: que la vida cotidiana pudiera continuar sin que la oscuridad marcara el final de cada jornada.

Marcelino observa ese cambio con la serenidad de quien ha esperado mucho tiempo para verlo. Para él, la luz no solo ilumina las casas. También fortalece a las comunidades indígenas, abre oportunidades para las familias campesinas y permite que los niños estudien, que los pequeños negocios crezcan y que los proyectos comunitarios encuentren nuevas posibilidades.

Dice que la energía representa la fuerza para seguir construyendo comunidad. Desde su visión como autoridad indígena, significa dignidad, bienestar y futuro; una oportunidad para que dos maneras de comprender el mundo —la indígena y la occidental— caminen juntas hacia un mismo propósito: mejorar la vida de quienes habitan este territorio.



Hoy, Cumaribo es reconocido como el primer Municipio Energético de Colombia. Lo que antes parecía una meta lejana es ahora una realidad que impulsa el trabajo de las familias, fortalece la economía local y permite que muchas personas permanezcan en su tierra con nuevas oportunidades para salir adelante.

Marcelino también cree que este cambio puede acercar al país a un futuro más tranquilo. Después de vivir los años más difíciles de la violencia, ve en estas transformaciones una forma de construir paz desde los territorios: creando oportunidades, fortaleciendo las comunidades y demostrando que el desarrollo también puede nacer del respeto por quienes han habitado estas tierras desde siempre.

Cada mañana, cuando el sol vuelve a salir sobre la inmensidad de Cumaribo, Marcelino sabe que ya no ilumina un territorio que espera el cambio. Ahora alumbra un lugar donde ese cambio empezó a hacerse realidad y donde la esperanza, por fin, encontró cómo quedarse.

La luz que devolvió el silencio a la selva en Guachalito



A sus 87 años, **Marciano González Ruiz** ha visto cambiar muchas cosas, pero nunca imaginó que el cambio más grande llegaría cuando el mismo sol que durante toda la vida calentó su piel comenzara también a iluminar las noches de Guachalito.

Nació en Panguí, pero fue en este rincón del Chocó, donde el mar abraza la selva, donde construyó su historia. Allí creció, formó su familia, trabajó como pescador, cazador y agricultor, y aprendió que vivir en comunidad era la mayor riqueza que podía tener. En Guachalito todos se conocen, se cuidan y comparten la vida como una gran familia, donde las mujeres sostienen buena parte de la fuerza y la tradición del pueblo.

Durante décadas, la llegada de la noche significaba volver a las mismas dificultades. La electricidad dependía de motores que funcionaban apenas unas horas. Cada jornada terminaba con una caminata entre el barro para apagarlos y evitar que siguieran consumiendo un combustible costoso, transportado por río con grandes esfuerzos. El ruido constante de las máquinas rompía la tranquilidad de la selva y el humo hacía parte del paisaje cotidiano. La luz alcanzaba apenas para lo indispensable.

Aquella realidad también limitaba el futuro de la comunidad. Conservar el pescado era difícil, atender a los visitantes requería un esfuerzo enorme y los pequeños negocios debían adaptarse al poco tiempo que había electricidad. Aunque Guachalito posee una riqueza natural que atrae a viajeros de todas partes, muchas oportunidades se quedaban a oscuras.

Fue entonces cuando el Instituto de Planificación y Promoción de Soluciones Energéticas para las Zonas No Interconectadas (IPSE) hizo realidad un cambio que durante años parecía imposible. En medio de la selva y frente al Pacífico, instaló un sistema de energía compuesto por 160 paneles solares, una obra pensada para que la comunidad dejara atrás la dependencia de los motores y pudiera contar con energía de manera permanente. Lo que para muchos era un proyecto, para los habitantes de Guachalito significó la posibilidad de vivir con mayor tranquilidad, fortalecer su economía y abrir un nuevo capítulo para el territorio.

Marciano pensaba que ya había visto todo lo que la vida podía ofrecerle. Sin embargo, después de más de quince años sin volver al lugar donde

antes solo crecía la maleza, encontró una escena que jamás imaginó. Allí donde antes no había nada, ahora el sol trabajaba para su comunidad. Los 160 paneles solares parecían extenderse sobre la tierra como un nuevo amanecer, llevando una energía que cambió la forma de vivir de todo el pueblo.



Desde entonces, Guachalito comenzó a escribir una historia distinta. Las posadas y los restaurantes pueden recibir visitantes durante todo el día, el pescado se conserva en mejores condiciones, el trapiche funciona con mayor facilidad y el turismo encontró un nuevo impulso. La comunidad ya no depende del ruido permanente de los motores para desarrollar sus actividades y la selva volvió a escucharse. El canto de las aves, el sonido del mar y la cumbancha recuperaron el lugar que durante años ocupó el estruendo de las máquinas.

Lo que más emociona a Marciano no es lo que cambió para él, sino lo que ahora será posible para quienes vienen detrás. Saber que sus nietos podrán estudiar, aprender idiomas, convertirse en guías turísticos y construir su futuro sin abandonar su territorio le devuelve la esperanza. La energía no solo iluminó las casas; fortaleció la economía local, impulsó el turismo, abrió nuevas oportunidades para las familias y permitió que la comunidad siguiera creciendo sin renunciar a su identidad.

Cada tarde, cuando el sol comienza a esconderse sobre el Pacífico, Marciano contempla el mar con una sonrisa serena. Después de casi nueve décadas de vida, siente que la naturaleza le devolvió un regalo inesperado: el mismo sol que siempre acompañó sus jornadas de trabajo ahora también ilumina las noches de Guachalito y el porvenir de toda una comunidad.



Tejer el futuro sin soltar las raíces, los hilos que cruzaron fronteras

En Cumaribo, el municipio más extenso de Colombia, ubicado en Vichada, la historia también puede contarse entre las fibras de una palma. Allí crece el Cumare, una especie nativa de la Amazonía cuya resistencia, flexibilidad y durabilidad han acompañado durante generaciones el trabajo de los pueblos indígenas. Entre sus hilos, **Tito Sánchez** ha tejido mucho más que artesanías: ha entrelazado la memoria, la identidad y el orgullo de su territorio.

Conoce cada rincón de la tierra donde nació y también el origen de su nombre. En la lengua de sus ancestros, explica, Cumare significa: la Casa de Kumare, y de esa palabra surgió Cumaribo, un territorio que conserva la fuerza de sus raíces y el legado de quienes han hecho del tejido una forma de mantener viva su cultura.

La vida de Tito siempre estuvo ligada al Cumare. Con el paso de los años se convirtió en uno de los impulsores de una asociación que hoy reúne a 47 artesanos dedicados a elaborar chinchorros, canastos, bolsos, fruterías, portavasos y otras piezas que reflejan el conocimiento heredado de sus mayores. Cada creación es el resultado de horas de trabajo paciente y de una tradición que se resiste a desaparecer.

Su mayor anhelo nunca fue únicamente vender más artesanías. Lo que realmente buscaba era que las nuevas generaciones siguieran encontrando en el tejido una razón para sentirse orgullosas de su cultura y que las manos de los artesanos de Cumaribo fueran reconocidas mucho más allá de las fronteras del municipio.

Durante mucho tiempo, ese sueño encontró un obstáculo difícil de superar. La energía era limitada y el acceso a internet resultaba inestable. Dar a conocer su trabajo fuera del territorio era complicado y las oportunidades de comercializar sus productos eran escasas. Sus tejidos guardaban un enorme valor, pero pocas personas podían conocer las historias que llevaban entre sus fibras.

Esa realidad comenzó a cambiar con la llegada de la nueva central de generación de energía, la más grande construida por el IPSE para brindar servicio continuo las 24 horas del día.

Con energía permanente también llegó una conexión estable a internet, y con ella una nueva oportunidad para la asociación de artesanos. Las redes sociales se convirtieron en una vitrina desde la cual comenzaron a mostrar sus productos, compartir el significado de cada pieza y recibir pedidos desde distintos lugares de Colombia.

Los hilos del Cumare empezaron entonces a recorrer caminos que antes parecían imposibles.

La transformación no se limitó al crecimiento de las ventas. La energía continua fortaleció el trabajo colectivo de la asociación, abrió nuevas posibilidades para las actividades productivas y reafirmó el valor de una tradición que hoy encuentra en la tecnología una aliada para permanecer viva.

Tito comprende que preservar la cultura no significa quedarse inmóvil. Por el contrario, significa encontrar nuevas formas de compartirla sin perder su esencia. Cada pedido que llega desde otra región del país representa una oportunidad para que más personas conozcan el trabajo de los artesanos de Cumaribo y el legado de los pueblos indígenas que habitan este territorio.

Hoy, mientras sus manos siguen entrelazando las fibras del Cumare, también ayudan a tejer un futuro distinto para su comunidad. Uno en el que la tradición y la innovación avanzan de la mano, demostrando que la energía puede iluminar mucho más que un territorio: puede abrir caminos para que la cultura permanezca, se fortalezca y cruce fronteras sin dejar atrás sus raíces.

Porque en Cumaribo, cada artesanía cuenta una historia. Y gracias a la energía, esas historias hoy pueden viajar mucho más lejos de donde nacieron.



Donde antes había humo, hoy hay luz.

El regreso a Guamanga trajo consigo una nueva forma de cocinar, iluminar las noches y reconstruir la vida en familia.

Volver a Guamanga no fue una decisión fácil para **Aurelio Mesa** y su familia. Después de haber sido desplazados por el conflicto armado en los Montes de María, regresar significaba enfrentarse otra vez a la tierra que un día tuvieron que abandonar, pero también a los recuerdos y a las dificultades de empezar de nuevo.

Hace cinco años tomaron esa decisión. Regresaron a esta vereda rural de Carmen de Bolívar con la esperanza de reconstruir su vida y recuperar, poco a poco, lo que la violencia les arrebató.

Pero volver también fue reencontrarse con la realidad de un territorio aislado, donde durante años vivir sin energía eléctrica hizo que cada actividad cotidiana fuera más difícil. Llegar hasta allí no es sencillo. Como lo cuenta don Aurelio, son cerca de tres horas hasta Carmen de Bolívar y, cuando el arroyo crece, muchas veces solo se puede pasar en animales.

Ese aislamiento marcaba la vida de toda la familia.

En su casa, cocinar era una de las tareas más duras. El fogón de leña llenaba la cocina de humo, impregnaba las paredes y hacía pesado el ambiente. Preparar cada comida significaba pasar largas horas entre calor, incomodidad y humo constante, afectando la salud de quienes compartían ese espacio.

Y cuando llegaba la noche, la oscuridad lo detenía todo. *“Aquí cuando son las siete de la noche, tiene uno que acostarse porque no queda nada más que hacer”*, recuerda Aurelio.

Sin luz, las noches eran cortas y silenciosas. Incluso algo tan simple como cargar un celular se convertía en una tarea complicada. Para hacerlo, debían recorrer largas distancias, así que el teléfono permanecía apagado la mayor parte del tiempo y solo se usaba cuando era realmente necesario.

Durante años, esa fue su rutina.

Hasta que llegó una oportunidad que empezó a cambiarlo todo.

Con la iniciativa Estufas que Transforman Montes de María: Cero Humo, la familia recibió una estufa ecoeficiente con dispositivo termoelectrónico, una tecnología que no solo reemplazó el fogón tradicional, sino que transformó la vida dentro de su hogar. El cambio fue inmediato.



La cocina dejó de ser un lugar lleno de humo para convertirse en un espacio más seguro y digno. Cocinar ya no significa exponer la salud de la familia ni soportar largas horas en medio de la contaminación del fogón de leña.

Pero además, esa misma estufa comenzó a generar energía limpia a partir del calor.

Por primera vez, la familia pudo encender bombillos en la noche, extender sus actividades después de caer el sol y cargar sus celulares sin salir de la vereda. Lo que antes era oscuridad, aislamiento y dificultad, comenzó a convertirse en bienestar, tranquilidad y conexión.

Hoy, en medio de las montañas de Guamanga, Aurelio y su familia saben que reconstruir la vida también significa encontrar nuevas formas de habitar el presente.

Porque después de haber perdido tanto, la llegada de una solución sencilla pero transformadora les recordó algo importante: que incluso en los lugares más apartados, la energía limpia también puede abrir caminos para empezar de nuevo.



El sancocho, el tintico y el cambio que llegó al fogón

En la cocina de Ángela María, donde por años el fuego reunió a la familia, una nueva estufa permitió conservar la tradición mientras el humo dejaba de ser parte del hogar.

Su lugar en el mundo está en la cocina.

Allí transcurre buena parte de su vida, entre ollas, fogones y alimentos que se convierten en una forma de amor. En ese espacio se cocina lo cotidiano: el ñame, la yuca, el arroz y todo lo que acompaña los días de su familia. Pero también se cocinan los momentos importantes, esos que reúnen a hijos y nietos alrededor de la mesa.

Cuando ellos anuncian su llegada, la cocina se convierte en el centro de la casa. Ángela organiza grandes ollas de sancocho con gallina criolla o de hueso, donde nunca faltan el plátano, la yuca, el ñame y, como ella dice, “un arroquito por el lado”. Y si alguno de sus nietos tiene un gusto especial, siempre encuentra la manera de consentirlo, preparando algo distinto solo para él.



Con una sonrisa que hace sentir a cualquiera como en casa, **Ángela María Gamarra Carmona** se presenta con orgullo y con ese humor que parece acompañarla siempre. Habla de sí misma enumerando los títulos que más valora: madre de diez hijos, abuela y hasta “viceabuela”, como ella misma bautizó entre risas su papel de bisabuela. Pero más allá de su familia numerosa, Ángela ocupa un lugar central en su hogar: es quien sostiene la rutina diaria, quien cuida de todos y quien lleva, como ella misma reconoce, el mando de la casa.

Al final de la jornada, cuando las conversaciones se alargan y la tarde empieza a caer, llega otro ritual que para ella es sagrado: el tintico hecho en estufa de leña. El café hierve despacio mientras el fuego mantiene vivo ese ambiente de hogar que durante años ha reunido a toda la familia.

Pero detrás de esa tradición también existía una realidad silenciosa.



Durante generaciones, cocinar con leña significó convivir con humo constante, hollín, calor intenso y aire pesado dentro de la vivienda. Era parte de la costumbre, sí, pero también una condición que afectaba la salud y el bienestar de quienes habitaban ese espacio.

Así fue hasta que su historia comenzó a cambiar con la llegada de Estufas que Transforman Montes de María: Cero Humo, una iniciativa liderada por FENOGE que busca reemplazar los fogones tradicionales por estufas ecoeficientes, reduciendo el humo dentro de los hogares rurales y mejorando la calidad de vida de las familias.

El cambio se sintió de inmediato.

Hoy Ángela María sigue preparando sus sancochos, calentando su tintico y reuniendo a sus hijos y nietos alrededor de la cocina, pero ahora lo hace en un ambiente más limpio, más seguro y más saludable. La esencia de su hogar sigue siendo la misma: el sabor campesino, la tradición familiar y el fuego como punto de encuentro.

La diferencia es que ese fuego ahora cuida mejor. Ya no llena la casa de humo ni pone en riesgo la salud de quienes más ama. Y así, entre el aroma del café recién hecho y el hervor lento del sancocho, la tradición sigue viva, intacta, pero respirando distinto.

Porque a veces transformar no significa cambiar lo esencial, sino encontrar una manera más limpia y digna de conservarlo.





Energía

